

José María Iraburu

Por obra del Espíritu Santo

Fundación GRATIS DATE
Pamplona 2007, 2ª edición.

Introducción

El Espíritu Santo es la más ignorada de las tres Personas divinas. El Hijo se nos ha manifestado hecho hombre, y hemos visto su gloria (Jn 1,14). Y viéndole a Él, vemos al Padre (14,9). Pero ¿dónde y cómo se nos manifiesta el Espíritu Santo?

Por otra parte, la misión del Hijo es glorificar –manifestar y dar a amar– al Padre: «yo te he glorificado sobre la tierra» (17,4). Y la misión del Espíritu Santo es justamente la de glorificar al Hijo –darle a conocer y a amar por el ministerio de los apóstoles y de toda la Iglesia–: «él me glorificará» (16,14). Pero ¿quién se encarga de glorificar al Espíritu Santo?

Aquella ignorancia de los primeros cristianos efesios, «ni hemos oído nada del Espíritu Santo» (Hch 19,2), viene a ser ya una precaria *tradición* entre los cristianos hasta el día de hoy.

Es algo evidente, sin embargo, que *la vida espiritual cristiana es la vida producida por el Espíritu Santo* en los fieles de Cristo. Y que no podremos, por tanto, entenderla bien sino conociendo bien quién es el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, *Dominum et vivificantem*, y cómo es su continua acción en los cristianos.

Las primeras investigaciones de la teología se orientaron en seguida hacia el misterio de la Trinidad, y produjeron altísimas obras tanto en el Oriente como en el Occidente. Pensemos en los escritos de Ireneo (+200), Hilario (+367), Atanasio (+373), Basilio (+379), Agustín (354-430), etc.

Y la acción del Espíritu Santo en los cristianos, tema central de la espiritualidad antigua, halla su más precisa exposición, concretamente, en Santo Tomás de Aquino, cuando enseña su doctrina sobre los hábitos (*STh* I-II,49-54), las virtudes (ib. 55-67), y muy especialmente sobre *los dones del Espíritu Santo* (ib. 68). En su enseñanza, y en la que da directamente sobre el Espíritu Santo (I, 36-38) y la gracia (I-II, 109-113), hallamos la más profunda exposición teológica de la vida espiritual cristiana.

Con Santo Tomás, es preciso destacar en la doctrina de los dones del Espíritu Santo a otros tres grandes dominicos: el portugués Juan de Santo Tomás (1589-1644), el papa italiano León XIII (1810-1903), con su encíclica sobre el Espíritu Santo *Divinum illud munus*, y el español Juan González Arintero (1860-1928).

Ellos muestran, con otros muchos autores, que *la vida espiritual cristiana alcanza su perfección solamente cuando llega a ser mística, es decir, cuando en ella predomina el ejercicio habitual de los dones del Espíritu Santo*. Esta doctrina teológica enseña claramente que, si todos los cristianos estamos llamados a la santidad, todos –sacerdotes, religiosos o laicos– estamos llamados a la vida mística. Y que la vida mística, por tanto,

entra en el desarrollo normal de la vida cristiana de la gracia.

Hoy la Iglesia reconoce la veracidad de esta enseñanza con tan gran seguridad que la incluye en su *Catecismo* oficial: *los dones del Espíritu Santo* «completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben» (n. 1831). Según eso, las virtudes cristianas solo pueden hallar su perfección cuando la persona, por los dones del Espíritu Santo, llega a participar de la vida sobrenatural al *modo divino*.

Sin embargo, siendo ésta la verdad, conviene repetir hoy lo que el dominico Menéndez-Reigada decía en 1948 al introducir la edición española de la obra de Juan de Santo Tomás:

Con frecuencia los teólogos «tratan muy a la ligera las cuestiones referentes a los dones, tal vez porque no se han dado exacta cuenta de la importancia máxima que tienen, lo mismo en el orden especulativo, para la verdadera ciencia teológica, que en el orden práctico, para formarse una idea exacta de lo que es o debe ser la vida cristiana» (15).

La ignorancia de los dones del Espíritu Santo, y en general de la vida sobrenatural en su forma pasiva-mística, implica un desconocimiento de la verdadera vida cristiana. Si nosotros tratáramos de explicar qué y cómo es una rosa a una persona que desconociera esta flor, y le describiéramos con todo cuidado cómo es un botón de rosa, que apunta en un tallo, o un capullo apenas abierto, no lograríamos comunicarle el conocimiento de lo que de verdad es una rosa; para eso sería preciso que le describiéramos esta flor en su estado de pleno desarrollo. Del mismo modo sucede con la vida cristiana. Quien sólo la conoce por las descripciones de su fase ascética inicial, ignora lo que la vida cristiana es en plenitud.

En este breve estudio desarrollo algunos temas que con José Rivera (+1991) ya escribí hace unos años en la *Síntesis de Espiritualidad Católica* (Fundación GRATIS DATE, Pamplona 1999^o: habitación 37-47, gracia, virtudes y dones 93-102).

Que estas páginas sean un homenaje a aquellos grandes maestros de la escuela dominicana que más han brillado en la doctrina de los dones del Espíritu Santo.

Dedico este librito con todo amor a la Virgen María, la llena de gracia, la *Rosa mystica* plenamente florecida «por obra del Espíritu Santo».

1

La revelación del Espíritu Santo

1

Sagrada Escritura

Es de fe que «por la grandeza y hermosura de las criaturas, mediante la razón, se llega [es posible llegar] a conocer al Creador de ellas» (Sab 13,5; +Rm 1,19-20; *Vaticano I*: Dz 1806/3026).

Puede la razón, con sus propias luces, llegar a conocer que Dios existe, que es único, bueno, omnipotente, providente, etc. Pero nunca, sin la Revelación divina, podrá alcanzar a conocer el misterio de las tres Personas divinas.

La revelación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se realiza únicamente en Jesucristo.

Antiguo Testamento

En la Revelación divina que Israel recibe no se manifiesta en Yavé el misterio de la distinción eterna de Tres Personas divinas. La expresión «Espíritu Santo» se usa tres veces (Is 63,10-11.14; Sal 50,13).

Y así como en muchas ocasiones la antigua Escritura habla de Dios en modo antropomórfico, y así alude a la mano de Dios, a su boca, a su brazo, también habla, y con no poca frecuencia, del Espíritu de Dios, del Espíritu de Yavé (*ruah Yavé*): es decir, de su aliento vital. En el hombre, como en los animales, la respiración, el aliento, es la vida. Y en un sentido semejante se habla del Espíritu de Yavé; pero no, por supuesto, como Persona divina.

La Escritura antigua suele hablar del Espíritu divino en cuanto *fuerza vivificante* de la creación entera, ya desde su inicio (Gén 1,2; 2,7). Más aún: el Espíritu divino se revela innumerables veces como *acción salvadora* de Yavé entre los hombres. Es, en efecto, el Espíritu de Yavé el que *impulsa* a Sansón (Jue 13,25), *establece* y asiste a los jueces (Jue 3,10; 6,34) o a los reyes (1Sam 10,16), *ilumina* sobrenaturalmente a José (Gén 41,38; 42,38), a Daniel (Dan 4,5; 5,11), *asiste* con su prudencia a Moisés y a los setenta ancianos (Núm 11,17.25-26,29), y sobre todo, *inspira* a los profetas (Is 48,16; 61,1; Ez 11,5).

En todos estos casos, el Espíritu divino es *dado* a ciertos hombres elegidos, aunque todavía en escasa medida. Por otra parte, desde el fondo de los siglos, anuncia la Escritura que, en la plenitud de los tiempos, Dios estable-

cerá un Mesías, en el que residirá con absoluta plenitud el Espíritu divino (Is 11,1-5; 42,1-9). Y también revela que, a partir de este Mesías, el Espíritu divino será difundido entre todos los hombres (Is 32,15; 44,3): «Yo les daré otro corazón, y pondré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su cuerpo su corazón de piedra, y les daré un corazón de carne, para que sigan mis mandamientos, y observen y practiquen mis leyes, y vengan a ser mi pueblo y sea yo su Dios» (Ez 11,19; +36,26-27; Zac 12,10; Joel 3,1-2).

Nuevo Testamento

La revelación plena de la Trinidad divina, y por tanto del Espíritu Santo, va a producirse en nuestro Señor Jesucristo. Es en los Evangelios donde el Espíritu divino se revela muchas veces en cuanto *distinto* del Padre y del Hijo. Hemos de ver todo esto más detenidamente en el capítulo próximo; pero aquí expongo brevemente los rasgos principales de la revelación del Espíritu Santo en el evangelio.

Es el Espíritu Santo el que encarna al Hijo divino en las entrañas de María (Lc 1,35). Es Él quien desvela este misterio a Isabel (Lc 1,41), a Zacarías (1,67), a Simeón (2,25-27).

Es el Espíritu Santo quien, en las orillas del Jordán, al mismo tiempo que se oye la voz del Padre, desciende en figura de paloma sobre el Hijo encarnado (3,22). Padre, Hijo y Espíritu Santo, por primera vez, se manifiestan en formidable epifanía como Personas divinas distintas.

Es el Espíritu Santo quien conduce a Jesús al desierto, para que luego, saliendo de él, inicie su ministerio como Profeta enviado por el Padre (Lc 4,1). Es Él quien alegra a Cristo, mostrándole la predilección del Padre por los pequeños (10,21). Por Él hace Jesús milagros admirables, revelando su condición mesiánica de Enviado de Dios (Mt 12,28).

En la última Cena, Jesús anuncia a sus discípulos que, una vez vuelto al Padre, vendrá sobre ellos el Espíritu divino: recibirán «el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre» (Jn 14,26). Tres Personas distintas, las tres divinas e iguales en eternidad, santidad, omnipotencia...

Poco después, en la cruz redentora, «Cristo se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios por el Espíritu eterno» (Heb 9,14). Es en el fuego del Espíritu Santo, en la llama del amor divino, en el que Cristo ofrece al Padre el holocausto redentor de su vida. La *epiclesis* eucarística nos lo recuerda cada día.

Y en seguida, en Pentecostés, nace la Iglesia, que, como Jesús, nace «por obra del Espíritu Santo» (+Hch 2). Él es, con los apóstoles, el protagonista de la evangelización: «lentos del Espíritu Santo, hablaban la Palabra de Dios con libertad» (4,31).

Los hombres que acogen con fe el Evangelio de Cristo vuelven a nacer, esta vez «del agua y del Espíritu» (Jn 3,5). Y son bautizados «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19): tres distintas Personas divinas, en un solo Dios verdadero.

En adelante, pues, toda la vida sobrenatural cristiana será explicada en clave trinitaria. Los que viven en Cristo, iluminados y movidos por el Espíritu Santo, éstos son los hijos de Dios (+Rm 8,10-14). Y ellos se saludan entre sí en el nombre divino de la Trinidad:

«La gracia del Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2Cor 13,13).

2

Magisterio y teología

Tradición doctrinal

En el árbol inmenso de la sabiduría cristiana, lo primero que ha de afirmarse es la raíz de todo, el tronco, las ramas fundamentales que de él brotan: la Trinidad eterna, la Encarnación histórica del Hijo. Y así fue: la predicación antigua de los Padres, igual que los primeros Concilios, trata continuamente del formidable misterio trinitario, de la divinidad de Jesucristo, de la condición también divina del Espíritu Santo.

Esa luminosidad maravillosa de la fe de la Iglesia primera procede precisamente de aquí, de que ella está centrada en lo que realmente es el centro del misterio cristiano: la santísima Trinidad, la Encarnación del Hijo divino, la efusión maravillosa del Espíritu Santo... Esto es lo que predica la Iglesia primitiva, pues es lo que lleva en su corazón, y «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12, 34).

Con gran frecuencia, sí, y al mismo tiempo con toda profundidad y sencillez, los antiguos Pastores de la Iglesia, en un lenguaje a un tiempo preciso y asequible a los fieles, predicaban la fe en la Trinidad, la fe que nos salva. Y sobre esta fe escribían maravillosos tratados *De Trinitate*, como el de San Hilario (+367) o el de San Agustín (+430), decisivo éste para la tradición católica posterior.

La primera contemplación de los Padres va entendiendo que nuestro Señor Jesucristo es *revelación del Hijo* divino eterno. Y que al mismo tiempo, por su encarnación y su cruz, es Él la suprema *revelación del Padre*: «quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14,9). Y que el mismo Cristo es la *revelación del Espíritu Santo*: «yo os enviaré de parte del Padre el Espíritu de verdad, que procede del Padre» (15,26).

Recordemos aquí el venerable símbolo de la fe *Quicumque*, llamado *atanasiano* –modernamente atribuido a San Ambrosio (+397) o a San Fulgencio de Ruspe (+532)–. Mediante ese texto grandioso, la fe de la Iglesia en la santísima Trinidad queda integrada para siempre en las liturgias de Oriente y Occidente:

«La fe católica es que veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas, ni separar la sustancia. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad.

«Cual el Padre, tal el Hijo, tal el Espíritu Santo.

«Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

«Y sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno, como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso.

«Igualmente omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente.

«Así, Dios es el Padre, Dios es el hijo, Dios el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios. Así, Señor es el Padre, Señor el Hijo, Señor el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres señores, sino un solo Señor [...]

«El Padre por nadie fue hecho, ni creado ni engendrado. El Hijo fue por solo el Padre, no hecho ni creado, sino *engendrado*. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no fue hecho, ni creado, ni engendrado, sino que *procede*.

«...Y en esta Trinidad nada es antes ni después, nada mayor o menor; sino que las tres personas son entre sí coeternas y coiguales. De suerte que en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad.

«El que quiera, pues, salvarse, así ha de sentir de la Trinidad» (Dz 39-40/75-76).

Por esta fe en el misterio de la santísima Trinidad, muchos antiguos cristianos sufrieron prisión o destierro, destituciones o exilios, confiscación de bienes o muerte. Ellos sabían bien que en el árbol de la sabiduría cristiana esa fe en la Trinidad es la raíz de donde brota y fructifica el árbol entero.

El Padre, principio sin principio

«*Creo en un solo Dios, Padre* todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible». *Creo en Dios Padre*, origen único de todo cuanto existe, eterno y omnipotente, infinitamente bueno y santo, que no tiene principio y que es principio de todo, pues de Él proceden eternamente el Hijo y el Espíritu Santo, y de los Tres procede el mundo, por creación admirable.

«Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en el que no se da mudanza ni sombra de alteración» (Sant 1,17).

La generación del Hijo

«*Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo* único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero.

«Engendrado, no creado, consustancial al Padre, por quien todo fue hecho; que, por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre» (*Credo, Nicea* 325: Dz 54/125).

–*El Hijo del Padre*. Como los primeros discípulos, nos preguntamos también nosotros acerca de la misteriosa *identidad personal* de Jesús: «¿quién es éste?» (Mc 4,41)... Éste, en palabras del ángel Gabriel, «será reconocido como Hijo del Altísimo, será llamado Santo, Hijo de Dios» (Lc 1,32.35). Y en palabras de Simón Pedro: él es «el Mesías, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16,16).

Cuando los Apóstoles dicen que Jesús es *el Hijo de Dios* quieren decir que Jesús es «la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra...; todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia. Él es también la Cabeza del cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el primogénito de los muertos, para

que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1,15-20; +Flp 2,5-9; Heb 1,1-4; Jn 1,1-18).

«En Cristo habita la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2,9). La unión existente entre Dios y Jesús no es sólo una unión de mutuo amor, de profunda amistad, una *unión de gracia*, como la hay en el caso del Bautista o de María, la Llena de gracia. Es mucho más que eso: es una *unión hipostática*, es decir, personal, en la persona. Así lo confiesa el concilio de Calcedonia (a.451):

Jesucristo es «el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente y el mismo verdaderamente hombre... Engendrado por el Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María la Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad» (Dz 148/301).

Cristo Jesús es, pues, *el hombre celestial* (1Cor 15,47), y Él es consciente de que es mayor que David (Mt 22,45), anterior a Abraham (Jn 8,58), más sabio que Salomón (Mt 12,42), bajado del cielo (Jn 6,51), para instaurar entre los hombres el Templo definitivo (2,19). Esta condición divina de Jesús, velada y revelada en su humanidad sagrada, se manifiesta en el bautismo (Mt 3,16-17), en la transfiguración (17,1-8), en la autoridad de sus palabras, en la fuerza prodigiosa de sus acciones y milagros. Jesús, en efecto, hizo muchos milagros (Jn 20,30; 21,25).

Y los apóstoles en su predicación atestiguaron con fuerza los milagros de Jesús, para suscitar la fe de los hombres: «Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis»... (Hch 2,22; +10,37-39).

–*Jesucristo es precisamente «el Hijo» de Dios Padre.* Toda la fisonomía de Jesús es netamente filial. Pensemos en la analogía de la filiación humana. El hijo *recibe vida* de su padre, una vida semejante a la de su padre, de la misma naturaleza. Incluso el hijo suele ser *semejante* al padre en ciertos rasgos peculiares psíquicos y somáticos. Al paso de los años, el hijo se *emancipa* de su padre, hasta hacerse una vida independiente –y no será raro que el padre anciano pase a depender del hijo–.

Según esto, ya se entiende que la analogía padre-hijo, que parte de nuestra experiencia humana, resulta muy pobre para expresar la plenitud de filiación del Unigénito divino respecto de su Padre. Esta filiación divina es infinitamente más real, más profunda y perfecta. El Hijo recibe una vida no sólo semejante, sino *una vida idéntica* a la del Padre. Él no solo es semejante, sino que *es idéntico* al Padre. Y por otra parte, el Hijo es eternamente engendrado por el Padre, es decir, *recibe siempre todo* del Padre, en una dependencia filial absoluta, que implica un infinito amor mutuo, y que al paso del tiempo no disminuye en modo alguno.

El Padre ama al Hijo (Jn 5,20; 10,17), y el Hijo ama al Padre (14,31): hay entre ellos una unidad perfecta (14,10). Jesús nunca está solo, sino que está con el Padre que le ha enviado (8,16). El pensamiento del Hijo, su enseñanza, depende siempre del Padre (5,30); y lo mismo su actividad: nada hace el Hijo sino aquello que el Padre le va dando hacer (14,10).

–*El testimonio de los Padres.* Escuchemos únicamente la palabra venerable de uno de los más antiguos Padres de la Iglesia, San Ireneo de Lyon (+200), pastor, teólogo y mártir. Él es *nieto* de los Apóstoles, pues en su juven-

tud es discípulo de San Policarpo de Esmirna (+155), que escucha directamente a aquéllos:

«Nadie puede conocer al Padre sin el Verbo de Dios, esto es, si no se lo revela el Hijo, ni conocer al Hijo sin el beneplácito del Padre...»

«Ya por el mismo hecho de *la creación*, el Verbo revela a Dios creador; por el hecho de la existencia del mundo, revela al Señor que lo ha fabricado; por la materia modelada, al Artífice que la ha modelado y, a través del Hijo, al Padre que lo ha engendrado [...] También el Verbo se anunciaba a sí mismo y al Padre a través de *la ley y de los profetas* [...]. Y el Padre se mostró a sí mismo, hecho visible y palpable en *la persona del Verbo* [...], pues la realidad invisible que veían en el Hijo era el Padre, y la realidad visible en la que veían al Padre era el Hijo...»

«En este sentido decía el Señor: “*Nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*” (Mt 11,27)» (Contra las herejías 4,6: 3.5.6.7).

–*Explicación teológica.* Un gran maestro de espiritualidad, el benedictino dom Columba Marmion (+1923), fiel discípulo de Santo Tomás, expresa así la catequesis teológica tradicional sobre la inefable generación eterna y temporal del Hijo:

«He aquí una maravilla que nos descubre la divina revelación: en Dios hay fecundidad, posee una paternidad espiritual e inefable. Es *Padre*, y como tal, principio de toda la vida divina en la Santísima Trinidad. Dios, Inteligencia infinita, se comprende perfectamente. En un solo acto ve todo lo que es y todo cuanto hay en Él; de una sola mirada abarca, por decirlo así, la plenitud de sus perfecciones, y en una sola Idea, en una Palabra, que agota todo su conocimiento, expresa ese mismo conocimiento infinito. Esa idea concebida por la inteligencia eterna, esa palabra por la cual Dios se expresa a sí mismo, es el Verbo. La fe nos dice también que ese Verbo es Dios, porque posee, o mejor dicho, *es* con el Padre una misma naturaleza divina.»

«Y porque el Padre comunica a ese Verbo una naturaleza no sólo semejante, sino idéntica a la suya, la Sagrada Escritura nos dice que *lo engendra*, y por eso llama al Verbo el *Hijo*. Los libros inspirados nos presentan la voz inefable de Dios, que contempla a su Hijo y proclama la bienaventuranza de su eterna fecundidad: “entre esplendores sagrados, yo mismo te engendré, como rocío, antes de la aurora” (Sal 109,2); “Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias” (Mc 1,11).

«Ese Hijo es perfecto, posee con el Padre todas las perfecciones divinas, salvo la propiedad de “ser Padre”. En su perfección iguala al Padre por la unidad de naturaleza. Las criaturas no pueden comunicar sino una naturaleza *semejante* a la suya: *simili sibi*. Dios engendra a Dios y le da su *propia* naturaleza, y, por lo mismo, engendra lo infinito y se contempla en otra persona que es igual, y tan igual, que entrambos son una misma cosa, pues poseen una sola naturaleza divina, y el Hijo agota la fecundidad eterna; por lo cual es una misma cosa con el Padre: *Unigenitus Dei Filius*... “Yo y el Padre somos una sola cosa” (Jn 10,30).

«Finalmente, ese Hijo muy amado, igual al Padre y, con todo, distinto de Él y persona divina como Él, no se separa del Padre. El Verbo vive siempre en la Inteligencia infinita que le concibe; el Hijo mora siempre en el seno del Padre que le engendra» (*Jesucristo en sus misterios*, 3,1).

La procesión del Espíritu Santo

«*Creo en el Espíritu Santo*, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas» (*Credo*, Nicea).

La fe de la Iglesia, fiel a la enseñanza del mismo Cristo, asegura así que el Espíritu Santo, «procede del Padre» (Jn 15,26). Es en la última Cena, en la cumbre de la Re-

velación evangélica, donde más claramente habla Jesús del Espíritu Santo (14,16-17. 26; 15,26; 16,7-14)

El Concilio XI de Toledo (año 675) explica así la fórmula de nuestra fe católica: «Creemos que el Espíritu Santo, que es la tercera persona de la Trinidad, es un solo Dios e igual con Dios Padre e Hijo; no, sin embargo, engendrado o creado, sino que *procediendo de uno y otro, es el Espíritu de ambos*. Además, este Espíritu Santo no creemos que sea ingénito ni engendrado; no sea que, si le decimos ingénito, hablemos de dos Padres, y si engendrado, mostremos predicar a dos Hijos. Sin embargo, no se dice que sea sólo del Padre o sólo del Hijo, sino Espíritu juntamente del Padre y del Hijo. Porque no procede del Padre al Hijo, o del Hijo procede a la santificación de la criatura, sino que se muestra proceder a la vez del uno y del otro, pues se reconoce ser *la caridad o santidad de entrambos*. Así pues, este Espíritu se cree que fue enviado por uno y otro, como el Hijo por el Padre. Pero no es tenido por menor que el Padre o el Hijo, como el Hijo, por *razón de la carne asumida*, atestigua ser menor que el Padre y el Espíritu Santo» (Dz 277)

–*Explicación teológica*. También aquí dom Columba Marmion nos recuerda la catequesis tradicional de la teología católica sobre la *procesión* del Espíritu Santo:

«No sabemos del Espíritu Santo sino lo que la revelación nos enseña. ¿Y qué nos dice la revelación? Que pertenece a la esencia infinita de un solo Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ése es el misterio de la Santísima Trinidad. La fe aprecia en Dios la unidad de naturaleza y la distinción de personas.

«*El Padre*, conociéndose a sí mismo, enuncia, expresa ese conocimiento en una Palabra infinita, el Verbo, con acto simple y eterno. Y *el Hijo*, que el Padre engendra, es semejante e igual a Él mismo, porque el Padre le comunica su naturaleza, su vida, sus perfecciones.

«El Padre y el Hijo se atraen el uno al otro con amor mutuo y único. ¡Posee el Padre una perfección y hermosura tan absolutas! ¡Es el Hijo imagen tan perfecta del Padre! Por eso se dan el uno al otro, y ese amor mutuo, que deriva del Padre y del Hijo como de fuente única, es en Dios un amor subsistente, una persona distinta de las otras dos, que se llama Espíritu Santo [...]

«El Espíritu Santo es, en las operaciones interiores de la vida divina, el último término. Él cierra –si nos son permitidos estos balbuceos hablando de tan grandes misterios– el ciclo de la actividad íntima de la Santísima Trinidad. Pero es Dios lo mismo que el Padre y el Hijo, posee como ellos y con ellos la misma y única naturaleza divina, igual ciencia, idéntico poder, la misma bondad, igual majestad» (*Jesucristo, vida del alma I*, 6,1).

3

El Espíritu Santo

Las apropiaciones

En la intimidad eterna del Dios único (*ad intra*) todo es común entre las tres Personas, el ser y la vida, la sabiduría y la voluntad, la majestad y la belleza, la santidad y la

omnipotencia. Pero sólo el Padre engendra; sólo el Hijo es engendrado; sólo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Por tanto, en Dios uno y trino «todo es uno, donde no obsta la oposición de relación» personal (*Florenza*, 1441: Dz 703/1330).

Y en lo que mira a las obras exteriores de Dios (*ad extra*), todas las acciones divinas, sean en el orden de la naturaleza o de la gracia, son comunes a las tres Personas divinas, pues la causa de esas operaciones es la naturaleza divina, una e indivisible.

Pues bien, la Iglesia quiere que Dios sea conocido y amado no sólo en la Unidad de su ser sino también en su Trinidad personal. Y por eso, apoyándose en la Revelación y en la Tradición, *atribuye* en su magisterio y en su liturgia ciertas acciones a una de las tres Personas divinas, por la especial afinidad que esa obra tiene con ella.

Y así, siendo *el Padre* el principio sin principio, el origen de las otras dos Personas divinas, iguales a Él en divinidad y eternidad, la Iglesia le atribuye la condición de *Creador*, de origen absoluto de todo lo visible e invisible, aunque bien sabe la Iglesia que la creación es obra de las tres Personas divinas.

Y así la Iglesia, siendo el Hijo la expresión infinita del pensamiento del Padre, su idea eterna, le atribuye la condición de *Sabiduría* divina, *Logos*, *Hijo*, *Verbo* divino, que procede del Padre por generación intelectual.

Y así también, al proceder eternamente el Espíritu Santo del Padre y del Hijo por vía de espiración de amor, la Iglesia identifica esta Persona tercera de la Trinidad divina como *el Amor* de Dios, y a Él atribuye de especial modo toda la obra de la santificación de los hombres.

De este modo la Iglesia, dice León XIII, hace estas atribuciones en el interior del misterio de la Trinidad «con gran propiedad (*aptissime*)» (*Divinum illud* 5). Y la finalidad última de estas apropiaciones, según Santo Tomás, es «para manifestar la fe (*ad manifestationem fidei*)» (*STh I,29,7*).

Pues bien, estas atribuciones se expresan principalmente por los Nombres que la tradición cristiana da a cada una de las tres Personas divinas.

Nombres del Espíritu Santo

Tres nombres fundamentales son propios del Espíritu Santo, y los tres están basados directamente en la Sagrada Escritura: Espíritu Santo, Amor y Don (*STh I,36-38*). Y el examen de cada uno de ellos ha de ayudarnos a profundizar en la identidad misteriosa de esta Persona divina.

1.– *Espíritu Santo*. «Dios es espíritu», dice Jesús (Jn 4,24). Y de Jesús dice San Pablo: «El Señor es Espíritu» (2Cor 3,17). Es, pues, evidente que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, las tres Personas divinas, son *Espíritu*. Y, por supuesto, las tres son *santas*. Sin embargo, el nombre de «Espíritu Santo» es el nombre propio de la tercera Persona divina, pues sólo ella –no el Padre, ni el Hijo– es el término de la espiración de amor, que procede del Padre y del Hijo. Y en Pentecostés, es el Espíritu Santo el *espíritu santificante* que el Padre y el Hijo comunican a los hombres.

2.– *Amor*. «Dios es amor», dice San Juan (1Jn 4,8.16). Las tres Personas divinas son amor, amor eterno e infinito. Sin embargo, si entendemos en su sentido personal el término amor, conviene exclusivamente al Espíritu San-

to. En efecto, el amor entre el Padre y el Hijo es una persona, es el Espíritu Santo.

Que el Espíritu Santo es el amor divino nos viene enseñado por la Revelación (Rm 5,5) y por la tradición teológica y espiritual. San Agustín nos dice: «el amor que procede de Dios y que es Dios, es propiamente el Espíritu Santo» (ML 42,1083). Y el concilio XI de Toledo (a.675), como hemos visto, confiesa como fe de la Iglesia que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y «es la caridad o santidad de ambos» (Dz 277/527). Por eso Santo Tomás enseña que «en lo divino el nombre de amor puede entenderse esencial y personalmente. [Eseñalmente es el nombre común de la Trinidad]. Y personalmente es el nombre propio del Espíritu Santo» (STh I,37,1).

3.– *Don*. Hemos de ver en seguida cómo las tres Personas divinas se entregan al hombre, como don supremo, en el misterio de la inhabitación por gracia. Sin embargo, la Escritura nos revela que el término *don* conviene personalmente al Espíritu Santo, como nombre suyo propio (Jn 4,10-14; 7,37-39; 14,16s; Hch 2,38; 8,17. 20).

Tener en cuenta esto es muy importante para comprender bien la naturaleza de la caridad y su relación ontológica con el Espíritu Santo: «el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido *dado*» (Rm 5,5).

Dice Santo Tomás: «El amor es la razón gratuita de la donación. Por eso damos algo gratis a alguno, porque queremos el bien para él. Lo cual manifiesta claramente que el amor tiene razón de don primero, por el cual todos los otros dones gratuitamente se dan. Por eso, como el Espíritu Santo procede como amor, procede como don primero. Y en ese sentido dice San Agustín que “por el don del Espíritu Santo, muchos otros dones se distribuyen entre los miembros de Cristo”» (STh I,38,2).

En efecto, cuando amamos a una persona, le comunicamos muchos dones: compañía, ayuda, dinero, alimentos, casa, favores, etc. Pero el primer don que le concedemos es el amor que le tenemos: de ese don fontal proceden todos los demás. Por eso, dice bien Santo Tomás que «el amor tiene razón de don primero».

Cristo habla siempre a los hombres del Espíritu Santo como del supremo don divino. En primer lugar, *promete* este don –«el Espíritu de la Promesa» (Gál 3,14)– como un bien gratuitamente comunicado por amor. Y en segundo lugar, enseña Jesús que este don debe ser *pedido*, precisamente porque sólo puede venir a nosotros como don, como un bien *dado*: «si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» (Lc 11,13).

Pedir el Espíritu Santo es, pues, pedir el Amor divino; es pedir el Don supremo, el don primero, el amor, el don fontal del que proceden para nosotros todos los demás dones divinos: la gracia, la filiación, el perdón, las virtudes, los dones del Espíritu Santo, la herencia eterna.

Persona-amor, Persona-don

El papa Juan Pablo II resume, pues, una larga tradición de la Iglesia cuando dice del Espíritu Santo:

«Dios, en su vida íntima, “es amor” (1Jn 4,8.16), amor *esencial*, común a las tres personas divinas. El Espíritu Santo es amor *personal*, como Espíritu del Padre y del Hijo. Por eso “sondea hasta las profundidades de Dios” (1Cor 2,10), como *Amor-don* increado. Puede decirse, pues, que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las personas divinas, y que, por el Espíritu Santo, Dios “existe” como don. El Espíritu Santo es, pues, la *expresión personal* de esta donación,

de este ser-amor (STh I,37-38). Es Persona-amor. Es Persona-don» (enc. *Dominum et vivificantem*10).

Otros nombres

Son otros muchos los nombres que la Escritura, la Tradición y la Liturgia de la Iglesia dan al Espíritu Santo.

Jesús llama al Espíritu Santo el *Paráclito* (Jn 14,16.26; 15,26; 16,7), nombre que puede traducirse como: el *Consolador* que no nos deja huérfanos (14,18), el *Abogado*, que intercede siempre por nosotros (14,16; 16,7; Rm 8,26).

El Espíritu Santo habita plenamente en Jesús (Lc 4,1), está sobre él (4,18). Y ahora, por la inhabitación, «su Espíritu habita en nosotros» (+Rm 8,11). Por eso es el *Espíritu de Cristo*.

El Espíritu Santo es también el *Espíritu Creador*, que ordena en el comienzo el caos informe (Gén 1,2). Y si la creación nace del Amor divino, dice Santo Tomás, «el Espíritu Santo es el principio de la creación» (*Contra Gent.* IV,20). «Envía tu aliento [tu Espíritu] y los creas» (Sal 103,30). Por eso la Iglesia canta en su liturgia: *Veni, Creator Spiritus*.

Él es el *Espíritu de verdad* (Jn 14,17), el *Maestro* que nos «enseña todo», que nos «hace recordar todo» lo que enseñó Cristo (14,26), el Espíritu veraz que nos «guía hacia la verdad completa» (16,13).

Él es la *Virtud del Altísimo*, que viene a María para obrar el misterio de la Encarnación (Lc 1,35); y es igualmente el «poder de lo alto», que viene sobre María y los Apóstoles (24,49).

Es también, por la inhabitación, el dulce *Huésped del alma*, como dice el *Veni, Creator*.

Es, en fin, el *sello de Dios* que nos confirma en Cristo (Ef 1,13; 2Cor 1,21-22).

2

La comunicación del Espíritu Santo

1

Antes de Cristo

Divina presencia creacional

A pesar del pecado de los hombres, Dios siempre ha mantenido su *presencia creacional* en las criaturas. Sin ese contacto entitativo, ontológico, permanente, las criaturas hubieran recaído en la nada. León XIII, citando a

Santo Tomás, recuerda esta clásica doctrina: «Dios se halla presente en todas las cosas, y está en ellas “por potencia, en cuanto se hallan sujetas a su potestad; por presencia, en cuanto todas están abiertas y patentes a sus ojos; por esencia, porque en todas ellas se halla él como causa del ser”» (enc. *Divinum illud munus*: +STh I,8,3).

La criatura, por tanto, nunca *existe o actúa* por sí misma, en forma autónoma, sin vinculación a Dios. Es absurdo pensarlo.

«Realizada la creación, enseña el *Catecismo*, Dios no abandona su criatura a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza» (301). ¿Cómo no va a estar el Creador presente en su criatura? Sin Él, las criaturas quedan inertes, más aún, desaparecen, caen de nuevo en la nada de donde proceden.

Presencia de Dios por la gracia

Pero muy por encima de esta presencia creacional, la Revelación nos descubre otro modo por el que Dios se hace presente a los hombres: la *presencia de gracia*, la presencia de elección y de amor, por la que establece con ellos una profunda amistad deificante. Toda la obra misericordiosa del Padre celestial, es decir, toda la obra de Cristo, se consuma precisamente en *la comunicación del Espíritu Santo a los creyentes*.

Vamos a recordar ahora *la historia sagrada* de este altísimo misterio.

Primeros acercamientos de Dios

La historia de la presencia amistosa de Dios entre los hombres comienza en *Abraham*. Un Dios, todavía desconocido, se le manifiesta varias veces en formidables teofanías y locuciones. Un Dios distante y cercano, terrible y favorable, un Dios fascinante en su grandeza y bondad: «Yo soy El Sadai; anda tú en mi presencia y sé perfecto» (Gén 17,1).

En los tiempos de *Moisés* la presencia de Dios se hace más intensa, y comienza a verse expresada en ciertos signos sagrados. Moisés trata amistosamente con Yavé, que le revela su nombre, y que le habla «cara a cara, como habla un hombre a su amigo» (Ex 3,14; 33,11). Pero todavía el pueblo permanece distante de Yavé; no puede acercársele, ni hacer representaciones suyas (19,21s; 20,4s).

Esta misteriosa lejanía, esta invisibilidad espiritual del Altísimo, resulta muy dura para un pueblo acostumbrado a la idolatría. Y Yavé condesciende: «que me hagan un santuario y habitaré en medio de ellos. Habitaré en medio de los hijos de Israel y seré su Dios» (25,8; 29,45). A este pueblo nómada, Yavé le concede ciertas imágenes móviles de su Presencia invisible.

La Nube, etérea y luminosa, cercana e inaccesible, es el sacramento que significa la presencia de Yavé. De día y de noche, con providencia solícita, guía al pueblo de Israel por el desierto (Ex 13,21; 40,38).

La Tienda es un templo portátil. La cuidan los levitas, se planta fuera del campamento, en una sacralidad característica de distancia y separación (25,8-9; 33,7-11).

El Arca del testimonio guarda las Tablas de la Ley: «Allí me revelaré a ti, y de sobre el propiciatorio, de en medio de los dos querubines, te comunicaré yo todo cuanto te mandare para los hijos de Israel» (2Sam 7,6-7).

La veneración de Israel por estos signos sagrados *no es idolátrica*, como la de los pueblos paganos de aquella época hacia ciertas imágenes de sus divinidades. Los profetas de Dios, despreciadores de los ídolos, enseñan a los judíos a distinguir entre el Santo y las sacralidades que le significan.

De todos modos, en medio de Israel *la presencia de Dios guarda siempre celosamente una divina transcendencia* (1Re 8,27). El pueblo no se atreve a acercarse a Yavé, pues teme morir (Dt 18,16). Pero aún así, sabe Israel que su Dios *está próximo y es benéfico*: «¿cuál es la gran nación que tenga dioses tan cercanos a ella, como Yavé, nuestro Dios, siempre que le invocamos?» (4,7; 4,32s). En efecto, las grandes intervenciones de Yavé en favor de su pueblo –paso del mar Rojo, maná, victorias bélicas prodigiosas– son signos claros de la fuerte presencia del Omnipotente entre los suyos. «¿Está Yavé en medio de nosotros o no?» (Ex 17,7).

El Templo

La Nube, la Tienda, todos los antiguos *lugares sagrados* –Bersabé, Siquem, Betel–, santificados por la presencia de Dios, hallan en *el Templo de Jerusalén* la plenitud de su significado religioso: «Yavé está ahí» es lo que significa «Jerusalén» (Ez 48,35). Es allí donde Yavé muestra su rostro, da su gracia, perdona a su pueblo: «sobre Israel resplandece su majestad, y su poder, sobre las nubes. Desde el santuario Dios impone reverencia: es el Dios de Israel quien da fuerza y poder a su pueblo. ¡Dios sea bendito!» (67,35-36).

La devoción al Templo es grande entre los piadosos judíos. Allí habita la gloria del Señor, allí peregrinan con amor profundo (Sal 83; 121), allí van «a contemplar el rostro de Dios» (41,3). También los profetas aman al Templo, pero enseñan al mismo tiempo que Yavé habita en el corazón de sus fieles (Ez 11,16), y anuncian además que un Templo nuevo, universal, será construido por Dios para todos los pueblos (Is 2,2-3; 56,3-7; Ez 37,21-28). Ese Templo será Jesucristo, Señor nuestro.

La presencia espiritual

En la espiritualidad del Antiguo Testamento *la cercanía del Señor* es vivamente captada, sobre todo por sus exponentes más lúcidos, como son los profetas y los salmos.

El justo camina en la presencia del Señor (Sal 114,9), vive en su casa (22,6), al amparo del Altísimo (90,1). «Cerca está el Señor de los que lo invocan sinceramente. Satisface los deseos de sus fieles, escucha sus gritos y los salva. El Señor guarda a los que lo aman» (144,18-20; +72,23-25). Ninguna cosa puede hacer vacilar al justo, pues tiene a Yavé a su derecha (15,8). Nada teme, aunque tenga que pasar por un valle de tinieblas, ya que el Señor va con él (22,4).

El Señor promete su presencia y asistencia a todo el pueblo de Israel: «Yo estaré con vosotros, no temáis» (Dt 31,6; Jer 42,11). Pero de un modo especial la promete a ciertos hombres elegidos para altas misiones: «Yo estaré contigo, no temas» (Gén 26,24; Ex 3,12; Dt 31,23; Juec 6,12.16; Is 41,10; Jer 1,8.19). «Vino sobre él el Espíritu de Yavé» (Núm 11,25; Dt 34,9; Juec 3,10; 6,34; 11,29; Is 6; Jer 1; Ez 3,12).

Y más aún, sobre todo esto se anuncia para la plenitud de los tiempos un Mesías lleno del Espíritu, en el que están los «siete» dones de la plenitud divina (Is 11,2). «He aquí a mi Siervo, a quien yo sostengo, mi Elegido, en

quien se complace mi alma. *He puesto mi Espíritu sobre él*» (42,1). Y se anuncia también que de la plenitud espiritual de este Mesías se va a derivar a todo el pueblo una abundancia del Espíritu hasta entonces desconocida: «Yo os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo. *Yo pondré en vosotros mi Espíritu*. Seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Ez 36,24-28; +11,19-20; 37; Jer 31,33-34; Is 32,15; Zac 12,10).

2

En Cristo

Jesús, lleno del Espíritu Santo

Cristo es el anunciado hombre lleno del Espíritu divino. «A Jesús de Nazaret le ungió Dios con Espíritu Santo y poder» (Hch 10,38). «En Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2,9). Así nos lo revela la Escritura en todos los misterios de su vida.

El Espíritu Santo y María

La fecundidad del Padre se expresa en la generación del Hijo, y la fecundidad del Padre y del Hijo en la procreación amorosa del Espíritu Santo. Pues bien, *la fecundidad del Espíritu Santo se manifiesta a través de la Virgen María*, en el gran misterio de la encarnación del Hijo. Es en ella, es precisamente en la Virgen María, donde el Espíritu Santo se revela plenamente como «Señor y dador de vida». Y esta manifestación la realiza no solamente en Jesús, sino, como veremos, en todo su Cuerpo místico.

Jesús, el Hijo encarnado por obra del Espíritu Santo

El ángel dijo a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35). Y el ángel del Señor dijo a José: «José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo» (Mt 1,20). Creemos, sí, «en un solo Señor Jesucristo, nacido del Padre antes de todos los siglos..., que por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre».

Enseña Santo Tomás que «la Encarnación se atribuye de especial manera al Espíritu Santo» por tres razones:

[*Espíritu-Amor*] «La primera, porque el Espíritu Santo es personalmente el Amor del Padre y del Hijo; ahora bien, la encarnación del Hijo de Dios en el seno purísimo de la Virgen es por excelencia una obra de amor, pues el mismo Salvador dijo de sí en el Evangelio: “tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito” (Jn 3,16).

[*Espíritu-Don*] «La segunda, porque así se nos da a entender que la naturaleza humana no fue asumida por el Verbo en unidad de Persona por mérito alguno de ella, sino por pura gracia.

[*Espíritu-Santo*] «La tercera, en fin, porque a esto se ende rezaba la Encarnación: a que el hombre que era concebido en las entrañas de la Virgen fuese Santo e Hijo de Dios (Lc 1,35). Ahora bien, entrambas cosas se atribuyen al Espíritu Santo, que nos hace hijos de Dios y que es Espíritu de santificación (Rm 1,4)» (STh III,32,1; +León XIII, *Divinum illud* 6).

Jesús es ungido, bautizado y santificado por el Espíritu Santo

La unción de Jesús por el Espíritu Santo *se da* ya en el momento de su encarnación inmaculada, pero *se manifiesta* por primera vez en el marco grandioso de las orillas del Jordán, cuando Juan le bautiza. Los tres Evangelios sinópticos, lo mismo que el de San Juan, nos aseguran unánimes este hecho misterioso:

«Bautizado Jesús, y puesto en oración, se abrió el cielo y bajo sobre Él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, y se dejó oír una voz del cielo: “tú eres mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta toda mi predilección”» (Lc 3,21; +Is 42,1). Este Jesús, bautizado en el Espíritu divino, es el que va a ser capaz de «bautizar en el Espíritu Santo» (Jn 1,32-33).

Por eso afirma San Pedro que «Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo» (Hch 10,18). De este modo, «el hombre Cristo Jesús» (1Tim 2,5) no sólo posee *la gracia de unión* hipostática, por la que es personalmente el Hijo de Dios, sino que su alma está inundada desde el primer instante de su concepción de una *gracia habitual o santificante* absolutamente plena. Verdaderamente, «Él es el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Y todos nosotros hemos recibido de su plenitud gracia sobre gracia» (Jn 1,14.16).

El mismo Cristo da testimonio de este misterio: «el Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha consagrado con su unción y me ha enviado» (Lc 4,18; +Is 61,1). Y así lo confiesan sus apóstoles: «a Jesús de Nazaret le ungió Dios con Espíritu Santo y poder» (Hch 10,38). Jesús, *el Cristo*, es «el Ungido» (Hch 4,26-27), el ungido por el Espíritu Santo. Y por eso es «*santo*, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos» (Heb 7,28).

Se cumple así en Jesús lo que muchos siglos antes lhabía anunciado Isaías: «brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago nuevo. Sobre Él se posará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y será henchido del espíritu del temor de Dios» (11,1-3).

Jesús es reconocido por obra del Espíritu Santo

Por otra parte, *el reconocimiento espiritual de Jesús como Hijo de Dios* es también atribuido por la sagrada Escritura al Espíritu Santo. Isabel, «llena del Espíritu Santo», reconoce en María, su humilde y servicial pariente, «la Madre de mi Señor» (Lc 1,41-42). Zacarías, cuando habla de Juan y de Jesús, «profetiza, lleno del Espíritu Santo» (1,67). Y lo mismo el anciano Simeón: «movido por el Espíritu Santo» va al Templo y, si entre aquellos innumerables niños presentados por sus padres a los sacerdotes reconoce al Mesías salvador, es porque «el Espíritu Santo estaba en él», y porque «le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte sin haber visto antes al Cristo del Señor» (2,25-27).

También Juan el Bautista, al bautizar a Jesús, lo reconoce por obra del Espíritu Santo: «he visto al Espíritu Santo, que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba

sobre Él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar me dijo: “aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre Él, éste es el que bautiza con Espíritu Santo”. Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (Jn 1,32-34).

Gran verdad es, pues, aquello que dice San Pablo: «nadie puede confesar “Jesús es el Señor” sino bajo el impulso del Espíritu Santo» (1Cor 12,3).

Jesús es movido por el Espíritu Santo

«Los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son los hijos de Dios» (Rm 8,14). Esto, que el Apóstol dice de los hijos adoptivos de Dios, ha de afirmarse absolutamente de la humanidad sagrada de Jesús, Hijo natural de Dios. Él vive siempre movido por el Espíritu, por el Espíritu divino que eternamente une en el amor al Padre y al Hijo. De hecho, así nos lo muestran los evangelistas.

Jesús «lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue conducido por el Espíritu al desierto» (Lc 4,1; +Mt 4,1; Mc 1,12). Y una vez cumplida aquella cuarentena de oración y de ayuno, «Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu» (Lc 4,14). En otra ocasión, predicando, «se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo» (10,21). Y él mismo asegura realizar sus formidables exorcismos por el Espíritu Santo: «por el Espíritu de Dios expulso yo a los demonios» (Mt 12,28; +Lc 11,20). «El Espíritu del Señor está sobre mí», afirma en la sinagoga de Nazaret; por eso ha recibido el poder de liberar a los cautivos, dar vista a los ciegos, movimiento a los paralíticos y vida a los muertos (+Lc 4,18-19).

Esta acción del Espíritu divino en Jesús, que tuvo una grandiosa epifanía trinitaria del bautismo en el Jordán, como ya vimos, también se produjo en la Transfiguración, «mientras oraba» (Lc 9,29). El rostro y toda la imagen del Hijo encarnado se transfigura luminosamente, y al mismo tiempo que se escucha la voz del Padre, se manifiesta también el Espíritu Santo, esta vez en forma de nube luminosa.

En todo momento, pues, actúa el Espíritu Santo en Cristo, en el Ungido, no sólo en esas epifanías impresionantes, sino en cada acto de su vida ordinaria, y muy especialmente en *su acción evangelizadora*. Si creemos que «el Espíritu Santo habló por los profetas», con más razón afirmamos lo mismo de Jesús, culmen de todo el profetismo. La sabiduría inefable de su enseñanza ha de ser atribuida al Espíritu divino, como el mismo Jesús confiesa: «mis palabras son espíritu y vida» (Jn 6,63)

Y muy especialmente también hay que afirmar esa moción del Espíritu Santo sobre el alma de Cristo *en la hora de la Cruz*. En efecto, Cristo, «por el Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo a Dios como hostia inmaculada» (Heb 9,14). De este modo, la ofrenda sacrificial de su vida humana en el holocausto de la Cruz se vio consumada por el fuego amoroso del divino Espíritu.

En fin, es verdad que *viendo a Jesús, vemos al Hijo divino y vemos al Padre* (Jn 14,9). Pero también es cierto que *viendo a Jesús estamos viendo al Espíritu Santo*, pues en él actúa siempre y en él se manifiesta. De este modo, nuestro Señor Jesucristo es una epifanía continua de la santísima Trinidad.

Jesucristo, fuente del Espíritu Santo

Jesús es gozosamente consciente de la acción del Espíritu Santo en él. Más aún, Jesús sabe que *él es para los hombres la Fuente del Espíritu Santo*. Esta excel-

sa condición suya se hace particularmente explícita en algunos lugares del Evangelio:

–*El diálogo con la Samaritana*. «El que beba del agua que yo le diere no tendrá jamás sed, sino que el agua que yo le dé se hará en él una fuente de agua que brota para vida eterna» (Jn 4,14).

–*En Jerusalén, el último día de los Tabernáculos*, «gritó diciendo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Quien cree en mí, como dijo la Escritura, ríos de agua viva manarán de su seno”. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado» (7,37-39).

–*Finalmente en la cruz*, al morir, Jesús «entregó el espíritu [el Espíritu]» (19,30). Como un frasco que, al ser roto, derrama su perfume, así la humanidad sagrada de Jesús, al ser destrozada en el Calvario, entrega *el alma* y comunica *el Espíritu*. Poco después, de su costado, abierto por la lanza del soldado, «brotó sangre y agua» (19,34). Así se cumplieron las Escrituras.

En efecto, Él es aquel *Templo-fuente de aguas vivas* que habían anunciado los profetas (Ez 47,1-12; Zac 13,1). Y si Moisés, golpeando la roca con su cayado, convirtió la roca en fuente (Ex 17,5-6), ahora a Él «uno de los soldados, con su lanza, le traspasó el costado, y al instante brotó sangre y agua» (Jn 19,34). San Pablo interpreta esta escena misteriosa diciendo con toda seguridad: «la Roca era Cristo» (1 Cor 10,4). En efecto, gracias a Cristo «a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu» (12,13). Él es la fuente del Espíritu divino.

Sí, así se cumplieron las antiguas profecías: «Aquel día derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración; y mirarán hacia mí; y a Aquel a quien traspasaron, le llorarán como se llora al unigénito. Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, a fin de lavar el pecado y la impureza» (Zac 12,10; 13,1).

Jesucristo, Templo de Dios

Jesús venera el Templo antiguo, a él peregrina, lo considera Casa de Dios, Casa de Oración, paga el tributo del Templo, frecuenta sus atrios con sus discípulos, expulsa de él a los mercaderes (Mt 12,4; 17,24-27; 21,13; Lc 2,22-39. 42-43; Jn 7,10).

Pero *Jesús sabe que él es el nuevo Templo*. Él sabe que, destruido por la muerte, en tres días será levantado (Jn 2,19). El es consciente de ser «la piedra angular» del Templo nuevo y definitivo (Mc 12,10). En efecto, «la piedra angular es el mismo Cristo Jesús, en quien todo el edificio, armónicamente trabado, se alza hasta ser Templo santo en el Señor; en el cual también vosotros sois juntamente edificados para ser morada de Dios en el Espíritu» (Ef 2,20-22; +1 Cor 3,11; 1 Pe 2,4-6).

En su vida mortal, Jesucristo es todavía *un Templo cerrado*, «pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado» (Jn 7,39). Muerto en la cruz, se rasga el velo del Templo antiguo, que ya no tiene función salvífica. Y al tercer día, cuando se levanta Jesucristo para la vida inmortal, se hace para los hombres *el Templo abierto*, «mejor y más perfecto, no hecho por manos de hombre, esto es, no de esta creación» (Heb 9,11; +Ap 7,15; 13,16; 21,3). Y es en Pentecostés cuando los discípulos, «bautizados en el Espíritu Santo» (Hch 1,5), pueden ya *entrar en el Templo nuevo*, santo y definitivo, para ser así ellos mismos templos en el Templo (2 Cor 6,16; Ex 29,45).

Entremos, pues, por el Espíritu Santo en Cristo-Templo, inaugurado para todos los hombres que crean en él. «Acercáos a él, piedra viva, rechazada por los hombres, pero elegida y preciosa ante Dios, y vosotros también edificáos como piedras vivas, como Casa espiritual, para un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales, gratos a Dios por Jesucristo» (1 Pe 2,4-5). «Teniendo, pues, hermanos, en virtud de la sangre de Cristo, firme confianza de entrar en el Templo que él nos abrió como camino nuevo y vivo a través del Velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la Casa de Dios, acerquémonos con sincero corazón» (Heb 10,19-22; +4,16).

La consumación del Templo nuevo será en la parusía, cuando se complete el número de los elegidos, al fin de los tiempos, cuando venga Cristo con sus ángeles y santos. Así será: «Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Y oí una voz potente, que del trono decía: He aquí la Morada de Dios entre los hombres... He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,2-5).

Todas las antiguas promesas divinas, también las más formidables, las más increíbles, se han cumplido en Cristo:

«Yo os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo» (Ez 36,26).

«Jesús dijo: “Todo está consumado”. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30).

3

Después de Cristo

Pentecostés, la Iglesia del Espíritu Santo

De nada nos hubiera servido a los hombres la encarnación del Hijo de Dios, la predicación de su luminoso Evangelio, su muerte sacrificial en la Cruz y su resurrección y ascensión a los cielos, si toda esa obra grandiosa de reconciliación entre Dios y los hombres no se hubiera visto consumada en Pentecostés, por la comunicación del Espíritu Santo prometido. Sin Él, ni siquiera alcanzaríamos a tener la fe. El Hijo, enviado por el Padre y ahora vuelto él, ha cumplido su misión. Ahora el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, va a realizar su misión en la Iglesia a lo largo de los siglos, hasta la plenitud escatológica.

El Espíritu Santo viene en Pentecostés «para llevar a plenitud el Misterio pascual», es decir, la obra redentora de Cristo (*Pref. Misa Pentec.*). Nuestro Señor Jesucristo, antes de padecer, había anunciado todos estos misterios en la última Cena:

«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre. El espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; vosotros lo conocéis, porque permanece en vosotros y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros...

«Os he dicho estas cosas mientras permanezco entre vosotros. Pero el Abogado, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,15-19.25-26).

«Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí (15,26)...

«Os digo la verdad, os conviene que yo me vaya, porque si no me fuere, el Abogado no vendrá a vosotros; pero si me fuere, os lo enviaré... Muchas cosas tengo aún que deciros, pero no podéis comprenderlas ahora. Cuando venga aquél, el Espíritu de verdad, él os conducirá hacia la verdad completa... Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer» (16,7.12-14).

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia

San Agustín dice de la tercera Persona divina: «lo que el alma es en nuestro cuerpo, es el Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia» (*Serm. 187 de temp.*).

Y esa intuición contemplativa y teológica entra para siempre en la tradición católica (Sto. Tomás, *In Col.* 1,18, lect.5; «corazón» del Cuerpo, *STh* III,8,1; León XIII, *Divinum illud* 8; *Vaticano II*, LG 7g, en nota; Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem* 25).

En efecto, *el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia*. Conviene precisar el alcance de estas palabras. Si el alma, como define la Iglesia, es *forma sustancial del cuerpo humano* (*Vienense*, 1312: Dz 481/902), es decir, si lo informa, si le da precisamente el ser humano, y forma con él un solo ser, una unidad sustancial, es claro que esta estricta acepción filosófica del término no puede decirse del Espíritu Santo respecto de la Iglesia, pues en tal caso la Iglesia tendría ser divino, es decir, sería Dios; lo cual es absurdo.

Pero el alma, además de ser *forma* del cuerpo, en el exacto sentido filosófico del término, cumple también en el cuerpo otras funciones: ella *unifica* todos los diversos miembros corporales, ella los *vivifica* y los *mueve* siempre y en todo. Y en estos sentidos sí puede decirse con toda verdad que *el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia*.

1. Unifica la Iglesia

Cristo «entrega su espíritu» en la cruz para producir la *unidad* de la Iglesia. Para eso precisamente murió Jesús por el pueblo, «para reunir en uno todos los hijos de Dios que están dispersos» (Jn 11,51-52). Así es como se forma «un solo rebaño y un solo pastor» (10,16).

El Padre y el Hijo son uno (Jn 10,30), aunque personalmente son distintos; y el Espíritu Santo, distinto de ellos en la persona, es el lazo de amor que los une. Pues bien, *la unidad de la Iglesia ha de ser una participación en la vida de Dios, al mismo tiempo trino y uno*. Así lo quiere Cristo: «que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros... Que sean uno, como nosotros somos uno» (17,21-22).

Y esa tan deseada unidad la realiza Cristo comunicando a todos los miembros de su Cuerpo un mismo Espíritu. «Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo cuerpo... y hemos bebido del mismo Espíritu» (1Cor 12,13). Gracias a eso, a la común donación del Espíritu Santo, formamos en la comunidad eclesial «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32).

Nuestra unidad eclesial es, pues, una unidad vital en la vida de Dios uno y trino, producida en todos nosotros por

un alma única, que es el Espíritu Santo. Por nuestro Señor Jesucristo, «unos y otros tenemos acceso libre al Padre en un mismo Espíritu» (Ef 2,18). Y «el que no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo» (Rm 8,9).

«Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu [Santo]. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor [Jesucristo]. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios [Padre], que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para común utilidad. A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro la fe, en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones, en el mismo Espíritu; a otro operaciones de milagros; a otro profecía, a otro discreción de espíritus; a otro, el don de lenguas; a otro el de interpretar las lenguas. Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere» (1Cor 12,4,11).

La Iglesia, según eso, es un Templo espiritual en el que todas las piedras vivas están trabadas entre sí por el mismo Espíritu Santo, que habita en cada una de ellas y en el conjunto del edificio. Así lo entendía San Ireneo: «donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, allí está también la Iglesia y toda su gracia» (*Adversus haereses* III,24,1).

Por tanto, todo lo que introduce en la Iglesia división – herejía, cisma, pecados contra la caridad eclesial – es pecado directamente cometido contra el Espíritu Santo. Y por eso hemos de ser muy «solicitos para conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza a la que habéis sido llamados» (Ef 4,3-4).

La Liturgia católica nos enseña y recuerda constantemente en sus oraciones este misterio. Y lo hace especialmente en la Misa, pues precisamente en la Eucaristía, sacramento de la unidad de la Iglesia, es donde el Espíritu Santo causa la comunión eclesial.

En la Misa, en la segunda invocación al Espíritu Santo, después de la consagración, pedimos al Padre humildemente que «el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo» (*II Anáf. eucar.: +III; IV*).

2. Vivifica la Iglesia

Todos los ciudadanos de un lugar forman, sin duda, una convivencia, una *asociación* más o menos unida por el amor social, más o menos cohesionada por la pretensión de un fin, el bien común de todos sus miembros. En un sentido estricto, sin embargo, no puede afirmarse que esa sociedad civil, así formada, constituya un organismo vivo.

La Iglesia, en cambio, constituye con plena verdad un *organismo vivo*. En efecto, todos los que han sido «bautizados en el Espíritu Santo» (Hch 1,5) tienen «un solo corazón y una sola alma» (4,32), porque el Espíritu Santo unifica y anima la Comunión de los Santos como único *principio vital intrínseco* de todos ellos (Pío XII, *Mystici Corporis* 1943, 26).

A todos cuantos en *el Bautismo* hemos «nacido del agua y del Espíritu» (Jn 3,5), Dios «nos ha salvado en la fuente de la regeneración, renovándonos por el Espíritu Santo, que abundantemente derramó sobre nosotros por Jesucristo, nuestro Salvador» (Tit 3,5). Así cumplió Cristo su misión: «yo he venido para que tenga vida y la tenga en abundancia» (Jn 10,10).

Y esa *vivificación* primera en el Espíritu crece y se afirma en el sacramento de la *Confirmación*, en la *Penitencia*, en la *Eucaristía* y, en fin, en todos los sacramentos. En todos ellos *se nos da* el Espíritu Santo, *Dominum et vivificantem*, y en

todos se nos manifiesta como «Espíritu de vida» (Rm 8,2). Y a través de todos ellos el Espíritu Santo nos conduce a la vida eterna, a la vida infinita.

En fin, como dice el Vaticano II, el Espíritu Santo «es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (+Jn 4,14; 7,38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres muertos por el pecado, hasta que en Cristo resucite sus cuerpos mortales (+Rm 8,10-11)» (*LG* 9a).

3. Mueve y gobierna la Iglesia

En la Iglesia hay una gran diversidad de dones y carismas, de funciones y ministerios, pero «todas estas cosas las hace el único y mismo Espíritu» (1Cor 12,11).

Por el impulso suave y eficaz de su gracia interior el Espíritu Santo mueve el Cuerpo de Cristo y cada uno de sus miembros. Él produce día a día la fidelidad y fecundidad de los matrimonios. Él causa por su gracia la castidad de las vírgenes, la fortaleza de los mártires, la sabiduría de los doctores, la prudencia evangélica de los pastores, la fidelidad perseverante de los religiosos. Y Él es quien, en fin, produce la santidad de los santos, a quienes concede muchas veces hacer obras grandes, extraordinarias, como las de Cristo, y «aún mayores» (Jn 14,12).

Pero también es el Espíritu quien, por gracias externas, que a su vez implican y estimulan gracias internas, mueve a la Iglesia por los profetas y pastores que la conducen. Aquel Espíritu, que antiguamente «habló por los profetas», es el que ilumina hoy en la Iglesia a los «apóstoles y profetas» (Ef 2,20). «Imponiéndoles Pablo las manos, descendió sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban lenguas y profetizaban» (Hch 19,6-7; +11,27-28; 13,1; 15,32; 21,4.9.11).

Es el Espíritu Santo quien *elige, consagra y envía tanto a los profetas como a los pastores de la Iglesia*, es decir, a aquellos que han de enseñar y conducir al pueblo cristiano (+Bernabé y Saulo, Hch 11,24; 13,1-4; Timoteo, 1Tim 1,18; 4,14). Igualmente, los misioneros van «enviados por el Espíritu Santo» a un sitio o a otro (Hch 13,4; etc.), o al contrario, por el Espíritu Santo son disuadidos de ciertas misiones (16,6). Es Él quien «ha constituido obispos, para apacentar la Iglesia de Dios» (20,28). Y Él es también quien, por medio de los Concilios, orienta y rige a la Iglesia desde sus comienzos, como se vio en Jerusalén al principio: «el Espíritu Santo y nosotros mismos hemos decidido» (15,28)...

3

El Espíritu Santo en los cristianos

1

La inhabitación

La Trinidad divina en los cristianos

El Espíritu Santo habita en la Iglesia, como cuerpo que es de Cristo, haciendo de ella el templo de Dios entre los hombres (1Cor 3,10-17; Ef 2,20-21). Pero también habita en cada uno de los cristianos. Cada uno de ellos es personalmente «templo del Espíritu Santo» (1Cor 6,15.19; 12,27). Y ambos aspectos de la inhabitación, el comunitario y el personal, van necesariamente unidos. No se puede ser cristiano sino en cuanto piedra viva del Templo de la Iglesia.

El Espíritu Santo es así el principio vital de una nueva humanidad. En efecto, Jesucristo, «el Señor es Espíritu» (2 Cor 3,17), y unido al Padre y al Espíritu Santo es para los hombres «Espíritu vivificante» (1 Cor 15,45). Él habita en nosotros, y nosotros nos vamos configurando a su imagen «a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor» (3,18; +Gál 4,6). Por tanto, todas las dimensiones de la vida cristiana han de ser atribuidas a la acción del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. En *San Pablo* se afirma todo esto con especial claridad:

–Es el Espíritu Santo el que *nos hace hijos* en el Hijo, es decir, Él es quien produce en nosotros la adopción filial divina (Rm 8,14-17).

–Es el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, el que nos *mueve* internamente a toda obra buena (Rm 8,14; 1 Cor 12,6).

–Es el Espíritu Santo –el agua, el fuego– quien nos *purifica* del pecado (Tit 3,5-7; +Mt 3,11; Jn 3,5-9).

–Es él quien enciende en nosotros la lucidez de *la fe* (1 Cor 2,10-16). «Nadie puede decir “Jesús es el Señor” sino en el Espíritu Santo» (12,3).

–El levanta nuestros corazones a *la esperanza* (Rm 15,13).

–Si nosotros podemos *amar* al Padre y a los hombres como Cristo los amó, eso es porque «la caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por la fuerza del Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

–El Espíritu Santo es quien llena de *gozo y alegría* nuestras almas (Rm 14,17; Gál 5,22; 1 Tes 1,6).

–El nos da *fuerza apostólica* para testimoniar a Cristo y fecundidad espiritual, pues la evangelización «no es sólo en palabras, sino en poder y en el Espíritu Santo» (1,5; +Hch 1,8).

–El nos concede ser *libres del mundo* que nos rodea (2Cor 3,17).

–El hace posible en nosotros *la oración*, pues viene en ayuda de nuestra total impotencia y ora en nosotros con palabras inefables (Rm 8,15. 26-27; Ef 5,18-19).

En suma, según San Pablo, toda la «espiritualidad» cristiana es la vida sobrenatural que el Espíritu produce en los hombres. Y por eso afirma: «vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que de verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rm 8,9; +10-16; Gál 5,25; 6,8).

Y lo mismo enseña el apóstol San Juan. El que ama a Jesús y guarda sus mandatos «permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 3,24). El sarmiento que «permanece» en la Vid, recibe de ésta espíritu, vida, fruto (Jn 15,4-8). Si alguno ama a Cristo, será amado por el Padre, y las Personas divinas habitarán en él (14,23). El que se alimenta de Cristo, es internamente vivificado por él (6,56-57).

Toda la vida cristiana, por tanto, fluye de la inhabitación de Dios en el hombre.

La inhabitación en la Tradición cristiana

La vivencia del misterio de la inhabitación de la Trinidad ha sido desde el comienzo de la Iglesia la clave principal de la espiritualidad cristiana. Recordemos algunos testimonios.

–*San Ignacio de Antioquía*, hacia el año 107, se llama a sí mismo *Teóforos*, portador de Dios, y nombres semejantes da a los fieles cristianos, *teóforoi, cristóforoi, agióforoi* (Efesios 9,2; saludos de sus cartas). Y él mismo enseñaba: «obremos siempre viviendo conscientemente Su inhabitación en nosotros, siendo nosotros su templo, siendo él nuestro Dios dentro de nosotros; como realmente es y se nos manifestará, si le amamos como es debido» (Efesios 15,3).

–*San Agustín* es sin duda, en la antigüedad, el más alto maestro de la inhabitación. Él buscó a Dios en las criaturas, y ellas le dieron algunas referencias muy valiosas (*Confesiones* IX,10,25; X,6,9); pero por fin lo encontró en sí mismo: «Él está donde se gusta la verdad, en lo más íntimo del corazón» (IV,12,18).

«¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en tí, no tendrían ser» (X,27,38). «Tú estabas dentro de mí, más interior a mí que lo más íntimo mío y más elevado que lo más alto mío (*interior intimo meo et superior summo meo*)» (III,6,11).

–*Santa Teresa de Jesús alcanza las más altas experiencias de la inhabitación en el culmen de su vida espiritual*, cuando llega al matrimonio espiritual, es decir, en la mística unión transformante:

A los comienzos de su vida espiritual ella *creía* en esta presencia de Dios en el alma, pero no la sentía. Pero ahora, introducida ya en la contemplación mística, «estando con esta presencia de las tres Personas que traigo en el alma, era con tanta luz que no se puede dudar el estar allí Dios vivo y verdadero» (*Cuenta conciencia* 42;+41). Y es que ahora Dios «quiere dar a sentir esta presencia, y trae tantos bienes, que no se pueden decir, en especial, que no es menester andar a buscar consideraciones para conocer que está allí Dios. Esto es casi ordinario» (66,10). Ahora ya ni trabajos ni negocios le hacen perder la conciencia de esa divina presencia (*7 Moradas* 1,11).

Captar en sí la Presencia divina es algo que levanta su corazón sobre todo lo creado: «Me mostró el Señor, por una extraña manera de visión intelectual [esto es, sin imágenes], cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía vi la Santísima Trinidad por visión intelectual, de cuya compañía venía

al alma un poder que señoreaba toda la tierra» (*Cuenta conciencia* 21).

Captar esa gloriosa Presencia de Dios en el alma le trae a ésta inmensos bienes: gozo indecible de verse hecha una sola cosa con Dios (7 *Moradas* 2,4), completo olvido de sí (3,2), ardiente celo apostólico (3,4), paz y gran silencio interior (3,11-12), aunque no falta cruz (3,2; 4,2-9). Antes «solía ser muy amiga de que me quisiesen bien, y ya no se me da nada, antes me parece en parte me cansa» (*Cuenta conciencia* 3). «En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido, me ha dado Dios gran ánimo, y cuando mayores, mayor» (ib.). En fin, «no me parece que vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como fuera de mí» (ib.).

–San Juan de la Cruz enseña que en la purificación pasiva del espíritu puede el cristiano «sentirse sin Dios» (2 *Noche* 5,5; 6,2), participando así de la pasión de Cristo, que en la cruz se sintió abandonado por el Padre (Mt 27,46). Pero también enseña que esas noches del alma, tan profundamente purificativas, conducen a una *vivencia inefable de la inhabitación de Dios en el alma*, es decir, conducen a «lo más a que en esta vida se puede llegar» (*Llama* 1,14). Entonces se experimenta que «el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente, está escondido en el íntimo ser del alma» (*Cántico* 1,6). ¿Puede haber algo mayor?

«Dios mora *secretamente* en el seno del alma, porque en el fondo de la sustancia del alma es hecho este dulce abrazo. Mora *secretamente*, porque a este abrazo no puede llegar el demonio, ni el entendimiento del hombre alcanza a saber cómo es. Pero al alma misma, [que ha sido introducida ya por la alta vida de virtud] en esta perfección, no le está secreto, pues *siente en sí misma* este íntimo abrazo... ¡Oh, qué dichosa es esta alma que siempre siente estar Dios descansando y reposando en su seno!... En otras almas que no han llegado a esta unión, aunque no está [el Esposo] desagradado, porque al fin están en gracia, pero, por cuanto aún no están bien dispuestas, aunque mora en ellas, mora secreto para ellas, porque no le sienten de ordinario, sino cuando él les hace algunos recuerdos sabrosos» (*Llama* 4,14-16).

Y es el amor la causa de la inhabitación, según aquella palabra de Jesús: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada» (Jn 14,23).

«Mediante el amor se une el alma con Dios; y así, cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios y se concentra en Él. De donde podemos decir que cuantos grados de amor de Dios puede tener el alma, tantos centros puede tener en Dios, uno más adentro que otro, porque el amor más fuerte es el más unitivo. Y si llegare hasta el último grado del amor, llegará a herir el amor de Dios hasta el último centro y más profundo del alma, lo cual será transformarla y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud de ella, según es capaz de recibir, hasta ponerla que parezca Dios» (*Llama* 1,13). Entonces «el alma se ve hecha como un inmenso fuego de amor que nace de aquel punto encendido del corazón del espíritu» (2,11).

Por el misterio inefable de la inhabitación, la misma Trinidad divina tal cual es –amor del Padre, generación del Hijo, espiración del Espíritu Santo– se da en el alma,

que así recibe «la comunicación del Espíritu Santo, para que ella espire en Dios la misma espiración de amor que el Padre espira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo... Porque eso es estar [el alma] transformada en las tres Personas en potencia [Padre] y sabiduría [Hijo] y amor [Espíritu Santo], y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la creó a su imagen y semejanza» (*Cántico* 39,3-4).

Ese «abrazo abismal de su dulzura» que el Padre ha dado al hombre en la inhabitación, se lo ha dado en Cristo Esposo, que así se desposa con la humanidad «con cierta consumación de unión de amor» (*Cántico* 22,3; +*Llama* 4,3).

Síntesis teológica

La inhabitación es una presencia real, física, de las tres Personas divinas, que se da en los justos, y que se da únicamente en ellos, es decir, en las personas que están en gracia, en amistad con Dios. Las tres Personas divinas habitan en el hombre como en un templo, no sólo el Espíritu Santo. En efecto, son las mismas Personas de la Trinidad –la gracia increada– las que se hacen presentes, y no sólo meros dones santificantes. Ahora bien, para que la Presencia divina se dé, es necesaria la producción divina de la gracia creada en el hombre. Por tanto, la gracia increada, esto es, la inhabitación, y la gracia creada, son inseparables.

Por la inhabitación, los cristianos somos «sellados con el sello del Espíritu Santo» (Ef 1,13), sello personal, vivo y vivificante. La imagen de Dios se reproduce en nosotros por la aplicación inmediata que las Personas divinas hacen de sí mismas en nosotros. Por eso el concilio Vaticano II, haciendo suya la expresión de los Padres antiguos, afirma que en el Cuerpo místico la acción del Espíritu Santo puede «ser comparada con la función que ejerce el principio de vida o alma o en el cuerpo humano» (LG 7g).

En el apóstol Juan hemos visto que la inhabitación de Dios en el hombre ha de explicarse en clave de *conocimiento* (Jn 17,3) y de *amor* (14,23); es decir, que *la inhabitación es una amistad*. Y de ese mismo modo explica teológicamente Santo Tomás la inhabitación.

El Doctor común comienza por afirmar que «*la caridad es una amistad*, y la amistad importa unión, porque el amor es una fuerza unitiva» (*STh* II-II,25,4).

«La amistad añade al amor que en ella el amor es *mutuo* y que da lugar a cierta *intercomunicación*. Esta sociedad del hombre con Dios, este trato familiar con él, comienza por la gracia en la vida presente, y se perfecciona por la gloria en la futura. Y no puede el hombre tener con Dios esa amistad que es la caridad, si no tiene fe, una fe por la que crea que es posible ese modo de asociación y trato del hombre con Dios, y si no tiene también esperanza de llegar a esa amistad. Por eso la caridad [y consecuentemente la inhabitación de Dios en el hombre] es imposible sin la fe y la esperanza» que precisamente fundamentan a aquella (I-II,65,5).

Partiendo de estos principios, Santo Tomás explica la inhabitación en clave de conocimiento y amor mutuos.

«El especial modo de la presencia divina propio del alma racional consiste precisamente en que Dios esté en ella *como lo conocido está en aquel que lo conoce* y *como lo amado en el amante*. Y porque, conociendo y amando, el alma racional aplica su operación al mismo Dios, por eso, según este modo especial, se dice que Dios no sólo es en la criatura racional, sino que *habita* en ella como en su templo» (I,43,3).

Es cierto, sin embargo, como ya vimos, que el cristiano incipiente, aunque esté en gracia, apenas es consciente de la Presencia de Dios en él. En efecto, *es el cristiano espiritual el que capta habitual y claramente la inhabitación de la Trinidad en sí mismo*. «Los limpios de corazón verán a Dios» (Mt 5,8), y lo verán en su propio corazón. Por eso, cuando el ejercicio ascético de las virtudes se perfecciona en la vida mística de los dones del Espíritu Santo, es entonces cuando el cristiano entiende que es templo de la Trinidad divina con una conciencia mucho más cierta y habitual.

Así lo explica Juan de Santo Tomás: «Supuesto ya el contacto y la íntima existencia de Dios dentro del alma, Dios se hace presente de un modo nuevo por la gracia *como objeto experimentalmente cognoscible y gozable* en ella misma. Y es que a Dios no se le conoce sólo por *la fe*, que es común a los creyentes, justos o pecadores, sino también por *el don de sabiduría*, que da un gustar y un experimentar íntimamente» a Dios (*Tract. de s. Trinit. mysterio* d.17,a.3,10-12).

Eucaristía e inhabitación

Jesucristo en la eucaristía causa en los fieles la inhabitación de la Trinidad. «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come mi carne y bebe mi sangre *habita* en mí y yo en él. Así como vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí» (Jn 6,51-57). La eucaristía, pues, es *para* la inhabitación. La presencia real de Cristo en la eucaristía tiene como *fin* asegurar la presencia real de Cristo en los justos por la inhabitación.

Incluso puede afirmarse que, bajo ciertos aspectos, *la presencia del Señor en los cristianos es aún más excelente que su presencia en la eucaristía.* Y esto por varias razones.

1ª.–La eucaristía está finalizada en la inhabitación. El Señor se hace presente en el pan para hacerse presente en los fieles. Por otra parte, la inhabitación hace al cristiano idóneo para la comunión eucarística. Sin aquélla, no es lícito acercarse a ésta.

2ª.–En la eucaristía el pan pierde su autonomía ontológica propia, para convertirse en el cuerpo de Cristo: ya no hay pan, sólo queda su apariencia sensible. Pero en la inhabitación el prodigio de amor es aún más grande: el Señor se une al hombre profundísimamente, dejando sin embargo que éste conserve su propia ontología, sus facultades y potencias humanas. La inhabitación no hace que el cristiano deje de existir, pero la eucaristía hace que deje de existir el pan.

3ª.–La eucaristía cesará, como todas las sacralidades de la liturgia, cuando «pase la apariencia de este mundo» y llegue a «ser Dios todo en todas las cosas» (1 Cor 7,31; 15,28); pero la presencia de Dios en el justo, la inhabitación, no cesará nunca, por el contrario consumará su perfección en la vida eterna.

4ª.–Corrompidas las especies eucarísticas, por accidente o por el tiempo, cesa la presencia del Señor; en cambio, muerto el cristiano, corrompido su cuerpo en el sepulcro, no cesa en él la amorosa presencia del Cristo glorioso y bendito. Sólo el pecado puede destruir la Presencia trinitaria de la inhabitación. Ni siquiera la muerte «podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,35-39).

Espiritualidad de la inhabitación

La vida cristiana es una íntima amistad del hombre con las Personas divinas que habitan en él. Así ha de vivirse y ésa ha de ser su explicación principal. En efecto, la oración, la caridad al prójimo, el trabajo, la vida litúrgica, todos los aspectos y variedades de la gracia creada, han de vivirse y explicarse partiendo de la gracia increada, esto es, de la presencia de Dios en el hombre, presencia constante, activa, benéfica, por la que la misma Trinidad santísima se constituye en el hombre como principio ontológico y dinámico de una vida nueva, divina, sobrenatural, eterna.

(Algunos tratados de Espiritualidad ignoran casi la presencia de Dios en el justo. Pero una espiritualidad que deje en segundo plano el misterio de la inhabitación de la Trinidad en el hombre es falsa, o al menos ha de ser considerada excéntrica, pues no está centrada en lo que realmente es central en el evangelio. Y por lo demás, siempre que la Presencia divina en los cristianos es ignorada u olvidada, la espiritualidad decae inevitablemente en moralismos antropocéntricos de uno u otro signo, y en voluntarismos pelagianos de uno u otro estilo.

Otras veces esas ignorancias u olvidos sobre la inhabitación afectan sólo a las actitudes de algunas personas. Con un ejemplo: una mujer cristiana queda viuda. Sus hijos, ya crecidos, no viven con ella. Se siente sola. Toma una empleada, pero apenas le sirve de compañía, pues es muy callada. Adquiere un perro, muy vivaracho, que suaviza su soledad... A esta mujer «cristiana», por lo visto, un perro le hace más compañía que la Trinidad divina.)

–Dios quiere que seamos habitualmente conscientes de su presencia en nosotros. No ha venido a nosotros como «dulce Huésped del alma» para que vivamos habitualmente en la ignorancia o el olvido de su amorosa presencia. Por el contrario, nosotros hemos «recibido el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido» (1 Cor 2,12). Y el don mayor recibido en la vida de la gracia es la donación personal que la Trinidad divina ha hecho de sí misma a la persona humana, consagrándola así como un templo vivo suyo.

–La conciencia de nuestra dignidad de cristianos ha de fundamentarse en la inhabitación. El Espíritu Santo actúa quizá en el pecador, pero «todavía no inhabita» en él (*Trento* 1551: Dz 1678), pues éste no vive en su amistad. Pero el hombre que ama a Dios y guarda sus mandatos, permanece en Dios y es como un cirio encendido en la llama del Espíritu Santo (+Flp 2,15-16).

Por eso entre el pecador y el justo hay un salto ontológico cualitativo, hay una distancia mucho mayor que la existente entre el justo y el bienaventurado del cielo. Entre éstos hay esencial continuidad, pues el justo, ya en este mundo, por la gracia «tiene la vida eterna» (Jn 6,54). En este sentido dice León XIII que la inhabitación es tan admirable que «sólo en la condición o estado, pero no en la esencia, se diferencia de la que constituye la bienaventuranza en el cielo» (enc. *Divinum illud munus* 9-V-1897, 11: Dz 3331).

(Cuando personas materialistas y ateas hablan de «la dignidad de la persona humana» es inevitable una actitud de desconfianza. ¿En qué consiste la «dignidad» del hombre si no es *persona*, si no es imagen de Dios, si sólo es un animal con un cerebro especialmente evolucionado? La antropología materialista ha tomado del cristianismo gran parte de su terminología y algunas precarias formas de veneración al hombre, pero ha desechado los fundamentos religiosos de esa terminología y de esa actitud.

Sin referencia alguna a valores trascendentes, ¿por qué los locos o los deformes o los enfermos irrecuperables, o simplemente los miserables ignorantes, hombres pobres, lastres sociales, merecen algún respeto? Sin la fundamentación religiosa de la dignidad del hombre ¿qué objeción sería ponerse al aborto, a la eutanasia, o a los más variados experimentos eugenésicos para «mejorar la especie», purificando a la humanidad de las «razas inferiores»? ¿Por qué los ricos han de solidarizarse con los pobres para elevar su condición humana? ¿Por qué no recurrir a una invasión, a una buena guerra, cuando con ella se podrían arreglar rápidamente no pocos problemas mundiales? O viniendo a casos concretos, ¿por qué, por ejemplo, no acelerar una herencia urgente por la discreta eliminación de un viejo enfermo e inútil que no acaba de morirse?...

No hay manera de fundamentar la dignidad del hombre de modo absoluto e inviolable si se suprime su relación a Dios, que es su origen, su fin y su fundamento.)

–El horror al pecado surge en la medida en que se cree en la inhabitación. San Pablo, por ejemplo, cuando quería apartar a los corintios del vicio de la fornicación, que abundaba en ellos (1 Cor 5,1), les recordaba ante todo que eran templos de Dios: «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá a él,

porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros» (3,16-17). El Apóstol estas altas consideraciones no a cristianos de excelsa vida espiritual, sino a cristianos carnales, principiantes, llenos de deficiencias (3,1-3).

–*La oración continua* equivale a vivir siempre en la presencia de Dios. Es, pues, una permanente conciencia de la inhabitación trinitaria. Con razón suele llamarse a esta oración de todas las horas «guardar la presencia de Dios». Así es como se hace posible que todas y cada una de las acciones de la vida diaria se transformen «una ofrenda permanente», hecha a Dios continuamente en el altar del propio corazón.

–*También la humildad* nace de esa conciencia de la inhabitación. Ella nos hace entender que son las Personas divinas las que en nosotros tienen la iniciativa y la fuerza para todo lo bueno que hagamos. Un cristiano sólo podrá envanecerse por algo si olvida la presencia activa de Dios en él. Entonces será tan necio como un cuerpo que pensara hacer las obras del hombre sin el alma, y que sólo a sí mismo se atribuyera el mérito de tales obras.

San Ireneo dice: «El hombre perfecto está compuesto de tres elementos: cuerpo, alma y Espíritu Santo. El único que salva e *informa* es el Espíritu Santo» (*Adversus haereses* V, 9,1-2; +Rivera 47).

–*El amor a la Iglesia* crece en nosotros cuando comprendemos que la gracia suprema de la inhabitación se nos da por ella y en ella. En efecto, la Presencia divina no se nos da como algo privado, sino como algo que es estrictamente personal y al mismo tiempo comunitario y eclesial.

–*Comprendemos también la necesidad de la abnegación* del hombre viejo y carnal en nosotros, si nos damos cuenta de que estamos llamados a pensar, querer, sentir, hablar y obrar desde la Trinidad divina que habita en nosotros, y no desde la precariedad miserable de nuestro yo carnal.

–*Nunca nos falta la alegría* si somos conscientes de la presencia de Dios en nosotros. Nos alegramos, nos alegramos siempre en el Señor (Flp 4,4).

–*En fin, la conciencia del misterio de la inhabitación acrecienta en el cristiano la interioridad personal*, librándole de un exteriorismo consumista, trivial y alienante. Nos hace experimentar la verdad de aquella palabra de Cristo: «el reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17,21). Nos hace obedientes a la exhortación de San Juan de la Cruz: «Atención a lo interior» (*Letrilla* 2). No quiere este santo que el hombre se vacíe de sí mismo, proyectándose siempre hacia fuera. Eso es justamente lo que nos aliena de Dios.

«Todavía dices: “Y si está en mí el que ama mi alma ¿cómo no le hallo ni le siento?” La causa es porque está escondido y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, ha de entrar tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está, y cuando la halla, él también está escondido como ella. Tu Esposo amado es “el tesoro escondido en el campo” de tu alma» (*Cántico* 1,9).

Para el místico Doctor la «disipación» crónica de los cristianos es un espanto, una tragedia, es algo indeciblemente lamentable. «Oh, almas creadas para estas grandezas y para ellas llamadas ¿qué hacéis, en qué os entretenéis? vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y glorias, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!» (39,7).

2

Gracia, virtudes y dones

Antropología sobrenatural

En los últimos años, un profesor de teología ha escrito que es «necesario romper los cuadros del tratado *De virtutibus*, para abrir el tema a un horizonte más adecuado». La vida moral cristiana, según él –que ciertamente no está solo–, mejor que en el planteamiento ontológico-formalista del sistema de virtudes, habría de expresarse «en términos más personalistas y relacionales», es decir, empleando «la riqueza que nos ofrecen las categorías personalistas de opciones, actitudes, etc.».

Sin embargo, la Iglesia docente, aun conociendo las diversas construcciones mentales producidas por quienes piensan de este modo, estima mejor y más verdadera la antropología cristiana tradicional. Y así, concretamente, en su *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), explica la vida nueva en el Espíritu según la *gracia* (1987-2029), las *virtudes* y los *dones* del Espíritu Santo (1803-1831). Este es el esquema que aquí sigo.

La gracia en la Biblia

La sagrada Escritura es la revelación del amor de Dios a los hombres, amor que se expresa en términos de fidelidad, misericordia, promesa generosa (Sal 76,9-10; Is 49,14-16). La palabra griega *jaris*, traducida al latín por *gratia*, es la que en el Nuevo Testamento significa con más frecuencia ese amor gratuito y misericordioso de Dios hacia los hombres, que se nos ha manifestado y comunicado en Jesucristo.

–*La gracia es un estado de vida*, de vida sobrenatural recibida gratuitamente de Dios: por ella el Padre nos ha hecho «gratos en su Amado» (Ef 1,6; +2Cor 8,9). Es la gracia de Dios la que nos libra del pecado y nos da la filiación divina (Rm 4,16; 5,1-2. 15-21; Gál 2,20-21; 2 Tim 1,9-10).

–*Pero es también una energía divina* que ilumina y mueve poderosamente al hombre. Por ella podemos negar el pecado del mundo y vivir santamente (Tit 2,11-13). Por ella Cristo nos asiste, comunicándonos sobreabundantemente su Espíritu (Jn 10,10; 15,5; 20,22; Rm 5,20; Ef 1,8; Flp 4,19). La gracia conforta nuestra debilidad (2Cor 12,9-10; Flp 4,13). Y ella es también una energía estable que potencia concretamente para ciertas misiones y ministerios (Rm 1,5; 1Cor 12,1-11; Ef 4,7-12).

La gracia santificante

De estas revelaciones de la Escritura nace la teología de la gracia santificante y de las gracias actuales, que recordaré brevemente.

–*La gracia increada* es Dios mismo, uno y trino, en cuanto que se nos autocomunica por amor y habita en nosotros como en un templo.

–*La gracia creada*, en cambio, es un don creado, físico, permanente, que Dios nos concede, y que sobrenaturaliza nuestra naturaleza humana. La gracia increada, Dios en nosotros, es siempre la fuente única de la gracia creada; y sin ésta, la inhabilitación de las Personas divinas en nosotros es imposible.

Por eso son inseparables, como se expresa en la liturgia: «Señor, tú que te complaces en *habitar* en los limpios y sinceros de corazón, concédenos vivir de tal modo la vida de la *gracia* que merezcamos tenerte siempre con nosotros» (*Or. dom. IV t. ordinario*).

–*La gracia es vida en Cristo*. En cuanto hombre, Jesucristo está «lleno de gracia y de verdad; y de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia» (Jn 1,14.16). Tenemos, pues, acceso a la vida de la gracia si nos unimos a Cristo y permanecemos en él (Jn 15,1-8; 1Cor 12,12s; Trento 1547: Dz 796/1524).

Santo Tomás enseña que «el alma de Cristo poseyó la gracia en toda su plenitud. Esta eminencia de su gracia es la que le capacita para comunicar su gracia a los demás; en ello consiste precisamente la *gracia capital*. Por tanto, es esencialmente la misma la gracia personal que justifica el alma de Cristo y la gracia que le pertenece como cabeza de la Iglesia y principio justificador de los demás» (*STh III,8,5*).

Tal es, pues, la grandeza infinita de la sagrada humanidad de Jesucristo, que «toda la humanidad de Cristo, tanto su alma como su cuerpo, influye en los hombres, en sus almas y en sus cuerpos: principalmente en sus almas y secundariamente en sus cuerpos» (8,2). Es Cristo realmente el nuevo Adán, que comunica a los hombres la vida nueva de la gracia divina.

–*La gracia es vida en el Espíritu Santo*, que, efectivamente, es «Señor y dador de vida». El Padre celestial, para hacernos «conformes con la imagen de su Hijo» (Rm 8,29), «ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo» (Gál 4,6), para que, guardándonos en su gracia, obre en nosotros por las virtudes y los dones. Por eso, dice el Vaticano II, «la Iglesia cree que Cristo, muerto y resucitado, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo» (*GS 10b*).

Y por eso «debemos dar continuas gracias a Dios, hermanos amados en el Señor, porque Dios os escogió como primicias para salvaros, *consagrándoos con el Espíritu* y dándoos fe en la verdad» (2Tes 2,13).

Hijos de Dios y coherederos con Cristo

–*La gracia nos hace hijos de Dios*. Esta *deificación* parecería imposible, pero es real. Nosotros hemos «recibido el Espíritu de los hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, Padre» (Rm 8,15). Él nos hace hijos en el Hijo Unigénito, para que éste sea Primogénito de muchos hermanos (Rm 8,29). En efecto, por el agua y el Espíritu, hemos vuelto a nacer, y esta vez, somos nacidos de Dios (Jn 1,12; 3,3-6). Hemos sido hechos así «participantes de la naturaleza divina» (2Pe 1,4). Por eso, «ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos *llamados* “hijos de Dios”, y *lo seamos*» (1Jn 3,1).

No hay lenguaje humano suficiente para encarecer adecuadamente este misterio. En las relaciones humanas, *los hijos adoptivos* reciben el amor y los cuidados de sus nuevos padres; pero no reciben de ellos realmente una transmisión vital de sangre. En la adopción filial de la gracia, por obra del Espíritu Santo, *somos* realmente hijos de Dios, no sólo de nombre, pues recibimos efectivamente una participación en la naturaleza divina, en la misma vida sobrenatural de Dios.

–*La gracia nos hace capaces de mérito*. Actos meritorios, saludables o salvíficos, son aquellos que el hombre realiza bajo el influjo de la gracia de Dios, y que por eso mismo son gratos a Dios. Los actos buenos del pecador son imperfectamente salvíficos, y le disponen a recibir la gracia santificante. Pero los actos hechos por el hombre que está en gracia de Dios, *merecen* premio de vida eterna.

Y es que «se considera el precio de sus obras según la dignidad de la gracia, por la cual el hombre, hecho consorte de la naturaleza divina, es adoptado como hijo de Dios, al cual se debe la herencia por el mismo derecho nacido de la adopción, según aquello de “si somos hijos, también herederos” (Rm 8,17)» (*STh I-II,114,3*).

La gracia, pues, es un don divino, gratuitamente infundido por Dios en el alma del hombre. Y al ser una realidad divina y sobre-natural, es tal su valor, que «*el bien de gracia* de un solo individuo es mayor que *el bien natural* de todo el universo» (*STh I-II,113, 9 ad2m*).

Naturaleza de la gracia

La gracia es, en Cristo, por la comunicación del Espíritu Santo, una participación física y formal, aunque análoga y accidental, de la misma naturaleza de Dios. O dicho lo mismo con otras palabras: *La gracia es un don creado, por el que Dios sana y eleva al hombre a una vida sobrenatural*. La gracia, en efecto, es un don *creado*, sobrenaturalmente producido por Dios en el hombre, y es un don distinto de las Personas divinas que habitan en el justo –gracia increada–.

Este don divino, al mismo tiempo que es gracia *sanante*, que cura al hombre del pecado, es también *elevante*, pues produce en el hombre un cambio cualitativo y ascendente, un paso de la vida meramente natural a la sobrenatural. Implica, pues, un cambio no sólo en el *obrar*, sino antes y también en el *ser*. El hombre viene a ser por la gracia realmente una «nueva criatura» (2Cor 5,17; Gál 6,15).

Santo Tomás, en un texto impresionante, explica hasta qué punto es verdadero y real que *el amor divino de la gracia produce en el hombre un ser nuevo*:

El amor de «la voluntad humana se mueve por el bien que preexiste en las cosas; de ahí que el amor del hombre no produce totalmente la bondad de la cosa, sino que la presupone en parte o en todo». Y por eso el hombre ama las cosas en la medida en que aprecia el bien en ellas.

En cambio, «*de cualquier acto del amor de Dios se sigue un bien causado en la criatura*». Es, pues, el amor de Dios un amor-productivo, que causa el bien en lo que ama. Ahora bien, en Dios

–«hay *un amor común* [el de la creación], por el que “ama todo lo que existe” (Sab 11,25), y en razón de ese amor da Dios el ser natural a las cosas creadas».

–«Y hay también en él *otro amor especial* [el de la gracia], por el que levanta la criatura racional por encima de su naturaleza, para que participe en el bien divino. Cuando se dice simplemente que Dios ama a alguien, nos referimos a esta clase de amor, pues en él Dios puramente quiere para la criatura el Bien eterno, que es él mismo. Así pues, al decir que el hombre posee *la gracia de Dios*, decimos que hay en el hombre algo sobrenatural procedente de Dios» (*STh I-II,110,1*).

–*La gracia santificante es, pues, inherente al alma*, y renueva de verdad al hombre interiormente, destruyendo en él todo el mal del pecado. Por el contrario, Lutero enseña que el hombre pecador al recibir la gracia, recibe una justificación externa, meramente declarativa; como

si el hombre, continuando en su condición de pecador, fuera cubierto por el manto de la misericordia de Cristo, y así fuese *declarado* justo ante Dios («homo simul peccator et iustus»).

Esta explicación está muy alejada de la fe de la Iglesia. Dios no *declara* a nadie justo sin *hacerlo* justo al mismo tiempo, pues su Palabra, Jesucristo, es verdadera, y eficaz para santificar (*Trento*: Dz 821/1561).

Las gracias actuales

Mientras que *la gracia santificante* sana al hombre y lo eleva a participar filialmente de la naturaleza divina, *las gracias actuales* son auxilios sobrenaturales del Espíritu Santo, que iluminan el entendimiento y mueven la voluntad del hombre. Son, pues, cualidades fluidas y transeúntes causadas por el Dios en las potencias humanas, para que obren algo en orden a la vida eterna.

«Es Dios quien obra en vosotros el querer y el obrar, según su beneplácito» (Flp 2,13). La Revelación nos asegura que «es Dios quien obra todas las cosas en todos» (1Cor 12,6). Él «es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos, en virtud del poder que actúa en nosotros» (Ef 3,20; +Col 1,29).

Por tanto, *todo* el bien que hacemos, meritorio de vida eterna, por las virtudes o los dones lo hacemos con el auxilio de la gracia divina actual. Dicho en forma de tesis: *la previa moción de la gracia actual es absolutamente necesaria* para todo acto de una virtud infusa o de un don del Espíritu Santo.

Como en seguida veremos, las virtudes serán movidas por el Espíritu Santo al *modo humano*, y los dones al *modo divino*. Pero lo que es evidente es que no puede el alma, con un esfuerzo meramente natural, poner en acto los hábitos sobrenaturales de las virtudes y de los dones. Es absurdo pensarlo. Ni tampoco es posible que esos hábitos infusos puedan actuarse por sí mismos, en forma autónoma, sin el auxilio del mismo Dios que los infunde.

Las virtudes y los dones del Espíritu Santo

La fe de la Iglesia nos enseña que *la persona humana resulta de la unión sustancial de alma y cuerpo* (Vien. 1312, Lat.V 1513: Dz 902, 1440; GS 14a). Ahora bien, *el alma* no es inmediatamente operativa; para obrar necesita *las potencias* –razón y voluntad–, que en la concepción tomista se diferencian realmente del alma y entre sí (*STh* I,77,1-6).

Es interesante ver cómo Santa Teresa, mujer «sin letras», ajena a estos temas discutidos en teología, confirma la doctrina tomista: «Me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa; hay tantas y tan delicadas en lo interior, que sería atrevimiento ponerme yo a declararlas» (7 *Moradas* 1,12).

Pues bien, como enseña Santo Tomás, «*la gracia*, en sí considerada, perfecciona la esencia del alma, participándole cierta semejanza con el ser de Dios. Y así como de la esencia del alma fluyen sus potencias, así de la gracia fluyen a las potencias del alma ciertas perfecciones [operativas] que llamamos *virtudes y dones*. Y de este modo las potencias se perfeccionan en orden a sus actos» sobrenaturales (*STh* III,62,2).

El hombre renovado por la gracia divina, piensa, quiere y actúa según Dios, por obra del Espíritu Santo, por medio de las virtudes y de los dones. Como en seguida veremos, las virtudes le permiten vivir la vida sobrenatural al *modo humano*; en tanto que los dones le hacen participar de esa vida al *modo divino*, de una manera que va más allá de los modos propios de la naturaleza humana.

Y tanto virtudes como dones son *espíritus*, hábitos operativos que actúan por obra del Espíritu Santo.

Necesidad de las virtudes y dones

Podría quizá pensarse que, una vez que la *gracia santificante* sana al hombre pecador y le eleva a una vida sobrenatural, sería bastante para el desenvolvimiento normal de esta nueva vida que sus potencias, entendimiento y voluntad sobre todo, recibieran el auxilio continuo de las *gracias actuales*. En este sentido, no sería necesaria la infusión en sus potencias de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo.

Santo Tomás contesta bien esta dificultad:

«No es conveniente que Dios provea en menor grado a los que ama para comunicarles el bien sobrenatural, que a las criaturas a las que sólo comunica el bien natural. Ahora bien, a las criaturas naturales las provee de tal manera que no se limita a *moverlas* a los actos naturales, sino que también les facilita ciertas formas y *virtudes*, que son principios de actos, para que por ellas se inclinen a aquel movimiento; y de esta forma, los actos a que son movidas por Dios se hacen *connaturales* y *fáciles* a esas criaturas. Con mucha mayor razón, pues, infunde a aquellos que mueve a conseguir el bien sobrenatural y eterno ciertas formas o cualidades sobrenaturales [*virtudes y dones*] para que, según ellas, sean movidos por él *suave y prontamente* a la consecución de ese bien eterno» (*STh* I-II,110,2).

La necesidad de las virtudes y dones en el hombre nuevo, para que los actos sobrenaturales de su nueva vida vengan a serle *con-naturales*, puede ser mostrada con un ejemplo.

Un hombre, amaestrando a su perro, puede enseñarle a realizar algunas acciones semejantes a los actos humanos –dar la mano, abrir una puerta, llevar un paquete a un lugar, etc.–; pero en realidad estos movimientos no serán sino *actos animales*. Para que el perro pudiera realizar *actos humanos* tendría que recibir una participación en el espíritu del hombre. Sólo si se le infundieran las potencias del entendimiento y de la voluntad, vendría a hacerse capaz de producir esos actos humanos. Y sólo entonces, habiendo recibido esa elevación ontológica y operativa, podría llegar a tener una verdadera *amistad* con su dueño.

Pues bien, Dios no se ha limitado en Cristo a dar al hombre una capacidad de realizar actos *semejantes* a los propios de la vida divina, sino que le ha comunicado su mismo Espíritu, le ha dado vida divina, y por los hábitos operativos de las virtudes y los dones, que fluyen de su gracia en las potencias del hombre, le ha concedido capacidad genuina de realizar actos sobrenaturales, y consiguientemente le ha capacitado de verdad para entrar en su *amistad*.

Nótese que si la gracia de Cristo no diera tanto al hombre, entonces los actos del cristiano: o serían *naturales*, y no tendrían proporción al fin sobrenatural del hombre, o serían *sobrenaturales*, pero en una forma totalmente pasiva, sin ser realmente actos humanos, pues no procederían de un hábito operativo inherente al hombre. Hay que creer, por tanto, que Dios por la gracia de Cristo ha realizado de verdad una «criatura nueva»: ha creado unos «hombres nuevos» (Col 3,10; Ef 2,15), unos hombres «celestiales» (1 Cor 15,47), los cristianos.

Virtudes

Las virtudes infusas son como músculos espirituales, que Dios pone en el hombre, para que éste pueda realizar los actos propios de la vida sobrenatural al «modo humano» –con la ayuda, claro está, de la gracia–. *Virtus* en latín significa, en efecto, *fuerza*. Dicho en términos más precisos: *las virtudes sobrenaturales son hábitos*

operativos infundidos por la gracia de Dios en las potencias del alma, que disponen a ésta para obrar según la razón iluminada por la fe y según la voluntad fortalecida por la caridad. Unas son *teologales* –fe, esperanza y caridad–, y otras son *morales*.

Las virtudes sobrenaturales, infusas, se distinguen por su esencia de las virtudes naturales. La virtud natural de la castidad, por ejemplo, difiere en su misma esencia de la correspondiente virtud sobrenatural: su finalidad, sus motivaciones, sus medios de conservación y desarrollo, son muy distintos a los propios de la virtud sobrenatural de la castidad. En lenguaje teológico se diría que las virtudes naturales y las sobrenaturales difieren entre sí por su causa eficiente, por su objeto formal y por su causa final.

1.–Las virtudes naturales pueden ser adquiridas por ejercicios meramente naturales, mientras que las sobrenaturales han de ser infundidas por Dios.

2.–La regla de las virtudes naturales es la razón natural, la conformidad con el fin natural; mientras que las virtudes sobrenaturales se rigen por la fe, y su norma es la conformidad con el fin sobrenatural.

3.–La virtud natural, por otra parte, no da la potencia para obrar, pues ya la facultad humana la posee por sí misma; lo que da es la facilidad para obrar el objeto propio de tal virtud. Por el contrario, las virtudes sobrenaturales dan la potencia para obrar, y con ella da normalmente la facilidad; pero no necesariamente. Puede darse en alguien el hábito de una virtud infusa realmente, sin que, por causas ajenas a ella, tenga facilidad para su ejercicio (*STh* I-II, 65,3 *ad2m*).

Virtudes teologales

Las virtudes teologales –fe, esperanza y caridad– son potencias operativas por las que el hombre se ordena inmediatamente a Dios, como a su fin último sobrenatural. Dios es en ellas objeto, causa, motivo, fin. Y mientras la fe radica en el entendimiento, la esperanza y la caridad tienen su base natural en la voluntad (*STh* II-II,4,2; 18,1; 24,1). Las virtudes teologales son el fundamento constante y el vigor de la vida cristiana sobrenatural.

–*La fe cree, y creer es «acto del entendimiento, que asiente a las verdades divinas bajo el impulso de la voluntad, movida por la gracia de Dios»* (*STh* II-II,2,9; +*Vat.I* 1870: Dz 1789/3008). El acto de la fe, por tanto, es imposible sin la gracia, y sin que la voluntad impere sobre el entendimiento para que crea: «con el corazón se cree para la justicia» (Rm 10,10).

–*La esperanza es una virtud teologal, infundida por Dios en la voluntad, por la que confiamos con plena certeza alcanzar la vida eterna y los medios necesarios para llegar a ella, apoyados en el auxilio omnipotente de Dios*. La esperanza nace de la fe; por eso sin fe no puede haber esperanza.

La virtud de la esperanza pone, pues, en el hombre un deseo confiado: un *deseo* incesante, ardoroso, estimulado por la misma caridad; pero no un deseo amargo, temeroso, desesperado, sino *confiado* en las promesas de Cristo, en el amor misericordioso del Padre, en la omnipotencia benéfica del Espíritu Santo. *La esperanza desea con confianza*.

–*La caridad, en fin, es una virtud teologal infundida por Dios en la voluntad, por la cual amamos a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos* (Mt 22,37-39). Así como por la fe participamos de la sabiduría divina, por la caridad participamos de la fuerza y calidad del mismo amor de Dios. Y la misma diferencia cualitativa de luminosidad que existe entre la razón y la fe,

existe entre el amor natural de la voluntad y la caridad teologal. En efecto, «la caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5). Entre las virtudes teologales «ella es la más excelente» (1 Cor 13,13).

Las tres virtudes teologales son «espíritus» infundidos en las potencias del hombre por obra del Espíritu Santo.

Virtudes morales

Las virtudes morales sobrenaturales son hábitos operativos infundidos por Dios en las potencias del hombre, para que todos los actos cuyo objeto no es Dios mismo, se vean iluminados por la fe y movidos por la caridad, de modo que se ordenen siempre a Dios.

Estas virtudes morales, por tanto, no tienen por objeto inmediato al mismo Dios (*fin*), sino al bien honesto (*medio*), que conduce a Dios y de él procede, pero que es distinto de Dios.

Hay muchas virtudes morales, pero tanto la tradición judía y cristiana, como también la filosofía natural de algunos autores paganos, han señalado como principales *cuatro virtudes cardinales* (de *cardo-nis*, gozne de la puerta): «la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza, son las virtudes más provechosas para los hombres en la vida» (Sab 8,7; +*STh* II-II,47-170). Estas cuatro virtudes regulan el ejercicio de todas las demás.

Las cuatro potencias que hay en el hombre –razón y voluntad, apetito irascible y concupiscible–, al revestirse del hábito bueno de estas cuatro virtudes, quedan libres de las cuatro enfermedades que a causa del pecado sufren:

–*la prudencia* rige la actividad de la *razón*, asegurándola en la verdad y librándola del *error* y de la ignorancia culpable;

–*la justicia* fortalece la *voluntad* en el bien, venciendo así toda *malicia*;

–*la fortaleza* asiste a la sensualidad *irascible*, es decir, el apetito que pretende valientemente el bien sensible arduo y difícil (*STh* I,81,1-2), protegiéndola de la *debilidad* nociva; y

–*la templanza* regula la sensualidad *concupiscible*, librándola de los excesos o defectos de una inclinación sensible *desordenada*.

–*La prudencia* es una virtud que Dios infunde en el entendimiento práctico para que, a la luz de la fe, discerna y mande en cada caso concreto qué debe hacerse u omitirse en orden al fin último sobrenatural. Ella decide los medios mejores para un fin. Es la más preciosa de todas las virtudes morales, ya que debe guiar el ejercicio de todas ellas, e incluso la actividad concreta de las virtudes teologales.

Cristo nos quiere «prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mt 10,16). Y San Pablo: «Esto pido en mi oración, que vuestra caridad crezca en conocimiento y en toda discreción, para que sepáis discernir lo mejor» (Flp 1,9-10). Los espirituales antiguos apreciaban mucho la *diácrisis*, ese discernimiento espiritual certero, que permite al asceta guiarse a sí mismo y aconsejar bien a otros.

–*La justicia* es una virtud sobrenatural por la que Dios infunde a la voluntad la inclinación constante y firme de dar a cada uno lo que en derecho es suyo (*STh* II-II,58,1). Después de la prudencia, es la más excelente de las virtudes cardinales, la que tiene un objeto más noble y necesario, y también más amplio, pues comprende el campo entero de las relaciones del hombre con Dios y con los hombres.

El cristiano por la justicia hace el bien –no cualquier bien, sino aquel bien precisamente debido a Dios y al prójimo–, y evita el mal –aquel mal concreto que ofende a Dios o perjudica al hermano–. Y mientras que la caridad extiende más o menos su radio de acción según los grados del amor, la justicia impone obligaciones estrictas, objetivamente bien delimitadas –aunque subjetivamente pueda en ocasiones haber dudas–. Y precisamente porque se trata de obligaciones objetivas y estrictas, pueden ser exigidas por la fuerza.

Muchas virtudes derivan de la justicia o están a ella conexas. Pero la gran *virtud de la religión*, también perteneciente a la justicia, es la más necesaria, excelente y meritoria. Y no siempre la recuerdan los hombres, cuando hablan de los deberes de la justicia. Por ella, por la virtud de la religión, el hombre se inclina a dar a Dios *el culto* debido, mediante actos internos (devoción, oración) o también externos (adoración, ofrendas, culto). La religión no tiene por objeto a Dios mismo, como las virtudes teologales, sino su culto. «La religión es una confesión de fe, esperanza y caridad» (*STh* II-II,101,3 *ad1m*). Las virtudes teologales imperan el acto de la religión (81,5 *ad1m*).

–*La fortaleza* es una virtud infundida por Dios en el apetito irascible, vigorizándole para que no desista de procurar el bien arduo, ni siquiera por los mayores peligros. La fortaleza ataca o resiste: ataca, cohibiendo los temores, y resiste, moderando los temores. De este modo, ayuda al apetito irascible en cuanto está sujeto a la voluntad, y asiste también a ésta por redundancia. El acto máximo de la virtud de la fortaleza es el *martirio*, por el cual el cristiano confiesa a Cristo con cruz y con muerte (*STh* II-II, 124,2).

La fortaleza, inferior a la prudencia y justicia, es superior a la templanza, pues en el camino del bien es más difícil superar peligros y sufrimientos que vencer atracciones placenteras. Por otra parte, la fortaleza, que es contraria a la pusilanimidad y a la ambición, a la presunción y a la vanidad, no es indiferencia impasible, ni audacia temeraria: es potencia espiritual que da en cada momento valor, decisión, aguante y constancia.

–*La templanza* es una virtud sobrenatural infundida por Dios en el apetito concupiscible para moderar su inclinación a los placeres. Mientras la fortaleza estimula el apetito irascible para que resista el mal o se esfuerce en conseguir el bien arduo, la templanza más bien refrena en el hombre la inclinación al placer sensitivo y sensual. Modera, pero no destruye esa inclinación –en tal caso no sería una virtud–, sino que la libra tanto de la intemperancia desbordada, como de la insensibilidad excesiva.

No es la templanza la más excelsa de las virtudes morales, pero su desarrollo es imprescindible, ya que el hombre no puede ejercitar sus virtudes más altas en tanto está sujeto al lastre de una sensualidad desordenada. Por eso la purificación ascética del sentido es fase previa y necesaria para el vuelo del espíritu.

Las cuatro virtudes morales son «espíritus» infundidos en las potencias del hombre por obra del Espíritu Santo.

3

Los dones del Espíritu Santo

Dones del Espíritu Santo

El término «dones del Espíritu Santo» puede referirse al mismo Espíritu Santo, que es Don de Dios, el Don primero, como ya vimos –*Altissimi donum Dei*, como decimos en el *Veni, Creator*–Y puede referirse tanto a las gracias actuales como a las virtudes teologales y morales, que son sin duda dones de Dios. Aquí trataremos de ellos en su sentido más estricto y teológicamente caracterizado.

Los dones del Espíritu Santo son hábitos sobrenaturales infundidos por Dios en las potencias del alma (hasta aquí, como las virtudes), para que la persona pueda recibir así con prontitud y facilidad las iluminaciones y mociones del Espíritu Santo (aquí la diferencia específica; +*STh* I-II,68,4).

La tradición reconoce siete dones del Espíritu, basándose en el texto de Isaías 11,2, que predice la plenitud del Espíritu en el Mesías: «Sobre él reposará el Espíritu de Yavé: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor de Yavé». La versión de la Vulgata cita siete dones, también el espíritu de piedad.

Según estos dones, la razón del hombre se ve elevada y perfeccionada por el don de *entendimiento*, para penetrar la verdad; de *sabiduría*, para juzgar de las cosas divinas; de *ciencia*, sobre las cosas creadas; y de *consejo*, para la conducta práctica. Mientras que la voluntad y las inclinaciones sensibles de los apetitos son perfeccionadas por los dones de *piedad*, en orden a Dios y a los padres; por el don de *fortaleza*, contra el temor a peligros; y por el don de *temor*, contra el desorden de la concupiscencia. En seguida los estudiaremos uno a uno.

Los dones, cuando son activados habitualmente por obra del Espíritu Santo, elevan al justo a la vida mística y le llevan, por tanto, a la perfección cristiana. Son, pues, muy excelentes. Las virtudes teologales, como es sabido, la fe y la esperanza, concretamente, son para este tiempo de peregrinación; en tanto que solo la caridad permanecerá en el cielo. Por el contrario, «tanta es la excelencia [de los dones del Espíritu Santo], que perseveran intactos, aunque más perfectos, en el reino celestial» (*Divinum illud* 12).

Virtudes, al modo humano, y dones, al modo divino

Los dones del Espíritu Santo no son, pues, gracias actuales transitorias; son verdaderos hábitos operativos (I-II,68,3). Ahora bien, mientras que las virtudes son hábitos sobrenaturales que se rigen en su ejercicio por la razón y la fe, los dones se ejercitan bajo la acción inmediata del Espíritu Santo; es decir, le dan al hombre facilidad y prontitud para obrar «por inspiración divina»

(68,1). Esta diferencia tiene grandísima importancia en la vida espiritual, y debemos analizarla atentamente.

–Las virtudes nos hacen participar de la vida sobrenatural del Espíritu Santo «al modo humano». El acto virtuoso nace de Dios, como *causa principal primera*, y del hombre, como *causa principal segunda*, que, aunque absolutamente dependiente de la primera, causa el acto a su modo natural propio, es decir, pensando con su razón y decidiendo libremente con su voluntad.

Por eso mismo, al ser infundidas las virtudes en la estructura psicológica natural del hombre, no pueden lograr por sí mismas el perfecto ejercicio de la vida sobrenatural. Podemos mostrarlo con dos ejemplos:

La *oración*, en régimen de virtudes, es discursiva y laboriosa, con mediación de muchas imágenes, conceptos y palabras. Y la *acción* –por ejemplo, perdonar una ofensa– es lenta e imperfecta, exige un tiempo de motivación en la fe, una acomodación gradual de las emociones a lo que la caridad impera... Según esto, tanto la oración como los actos virtuosos de la vida ordinaria, son realmente vida sobrenatural, ciertamente, son participación en la vida del Espíritu, pero imperfecta, «al modo humano».

–Los dones del Espíritu Santo, en cambio, nos hacen participar de la vida sobrenatural del Espíritu «al modo divino». Por tanto, el acto donal nace de Dios, *causa principal primera*, primera y única, y del hombre, *causa instrumental*, causa libre, sin duda, pero sólo instrumental del efecto producido por el Espíritu Santo.

Pues bien, esta actividad donal, en la que la vida sobrenatural es participada al modo divino, es la única que puede llevar al cristiano a la perfecta santidad. Es decir, sólo bajo el predominio habitual activo de los dones del Espíritu Santo –a eso llamamos la *vida mística*– puede el cristiano ser «perfecto como el Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Así lo enseña San Pablo cuando dice que «los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son los [perfectos] hijos de Dios» (Rm 8,14). Veámoslo con los mismos dos ejemplos:

La *oración*, por los dones del Espíritu, se verá elevada a formas quietas y contemplativas, de inefable sencillez, en las que el orante no hace nada por sí mismo, es decir, a formas que trascienden ampliamente los modos naturales del entendimiento, modos naturales, laboriosos, fatigosos. Y la *acción* –por ejemplo, un perdón– ya no requiere ahora, bajo el régimen predominante de los dones, tiempo, reflexión, acumulación lenta de motivos, apaciguamiento gradual de las pasiones contrarias, sino que se producirá de un modo rápido y perfecto, por simple impulso divino, bajo la inmediata acción del Espíritu Santo, esto es, «al modo divino».

Actividad ascética y pasividad mística

Según lo expuesto, la diferencia psicológica en la vivencia de las virtudes y de los dones es muy notable.

–Ejercitando las virtudes, *el alma se sabe «activa»*, esto es, se conoce a sí misma como causa motora principal de sus propios actos –orar, trabajar, perdonar, etc.–; y es consciente de que puede prolongar estos actos, intensificarlos o suprimirlos.

–Por el contrario, en la actividad de los dones del Espíritu Santo *el alma se experimenta como «pasiva»*, es decir, tiene conciencia de que su acción –orar, trabajar, perdonar, etc.– tiene al mismo Dios como causa principal única, siendo sólo el alma causa instrumental de la misma. Por tanto, «en los dones del Espíritu Santo

la mente humana no se comporta como *motor*, sino como *movida*» (STh II-II,52, 2 ad2m).

Por eso el alma no puede por sus propias fuerzas o industrias lograr esa actividad donal tan perfecta: no puede *adquirirla*, por mucho empeño e industria que ponga en ello, y tampoco está en su poder prolongarla; sólo puede *recibirla* cuando Dios la da y en la medida en que Dios la dé; y a veces puede, eso sí, *resistirla* o cesarla.

–*Pasividad-activa*. Importa mucho entender bien lo que sigue. En la actuación de los dones, esa *pasividad* radical del alma bajo el influjo del Espíritu es pasividad únicamente en relación a la iniciativa del acto, es decir, respecto del Espíritu Santo; pero una vez que el hombre recibe ese impulso divino, se asocia libre e intensamente a su moción, activando bajo el influjo de la gracia sus virtudes correspondientes. Se trata, pues, de una *pasividad activísima*, en la que el cristiano obra con más fuerza, frecuencia y perfección que nunca. Basta para comprobarlo el testimonio de la vida de los santos.

El padre Royo Marín muestra, por ejemplo, cómo el *don de consejo* perfecciona en la *virtud de la prudencia* su modo de ejercicio, dándole un modo divino y sobrehumano: «El Espíritu Santo pone en movimiento el don de consejo como única *causa motora*; pero el alma en gracia colabora como *causa instrumental*, a través de la virtud de la prudencia, para producir un acto sobrenatural, que procederá, en cuanto a la *substancia del acto*, de la virtud de la prudencia, y, en cuanto a su *modalidad divina*, del don de consejo. Este mismo mecanismo actúa en los demás dones. Por eso sus actos [los actos donales] se realizan con prontitud y como *por instinto*, sin necesidad del trabajo lento y laborioso del discurso de la razón» (El gran desconocido 154-155). «No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros» (Mt 10,20).

–*Ascética y mística*. Según estas premisas, en la espiritualidad cristiana entendemos por santificación *ascética y activa* aquella que el alma hace de su parte, al modo humano, con el auxilio de la gracia. Y por *mística y pasiva* aquella manera excelente de santificación en la que es el mismo Dios quien, al modo divino, obra en el alma, siendo ésta puramente receptiva, como si por sí misma no hiciera nada. Cuando el Espíritu Santo obra por sus dones el justo, él está como paciente, que libremente recibe en sus potencias operativas el acto divino. Como dice San Juan de la Cruz, «Dios lo hace en él, habiéndose él pasivamente» (INoche 7,5).

–*Virtudes y dones crecen simultáneamente*, por obra del Espíritu Santo, de modo que el cristiano va participando cada vez más y mejor de la vida divina. Sin embargo, es indudable que la actividad ascética de las virtudes predomina en los comienzos de la vida espiritual, y que mientras esa ascesis no está bien adelantada, no se llega a la vida mística pasiva, mucho más perfecta, en la que es predominante el régimen espiritual de los dones. Por eso San Juan de la Cruz, por ejemplo, enseña el camino ascendente de las noches activas como *anterior e imprescindible preparación* para las más altas ascensiones pasivas.

Pero téngase bien en cuenta que *los dones del Espíritu Santo actúan desde el comienzo de la vida cristiana*, aunque en esa fase *ascética* el cristiano vive la vida sobrenatural en régimen habitual de virtudes, al modo humano. Ahora bien, *sólo en la perfección los dones se ejercitan habitualmente*; sólo es entonces, en la fase *mística*, cuando el Espíritu Santo domina plenamente sobre el cristiano, y le da la vida sobrenatural al modo divino.

Los dones del Espíritu Santo y la perfección

–La necesidad de los dones para la perfección cristiana se deduce fácilmente de todo lo anteriormente expuesto. En efecto, no hay perfección evangélica si no se llega a la vida mística pasiva. Tras una larga tradición patristica y espiritual, es ésta una verdad que ha entrado en la enseñanza de muchos teólogos, como luego veremos, y en el Magisterio ordinario de la Iglesia.

Así León XIII: «El hombre justo, que ya vive de la vida de la gracia y que opera mediante las virtudes, como el alma por sus potencias, tiene ciertamente necesidad de los siete dones, que comúnmente son llamados dones del Espíritu Santo. Mediante estos dones, el espíritu del hombre queda elevado y apto para obedecer con más facilidad y presteza a las inspiraciones e impulsos del Espíritu Santo. Igualmente, estos dones son de tal eficacia, que conducen al hombre al más alto grado de santidad; son tan excelentes, que permanecerán íntegramente en el cielo, aunque en grado más perfecto. Gracias a ellos es movida el alma y conducida a la consecución de las bienaventuranzas evangélicas» (*Divinum illud munus* 12).

Sigue aquí el Papa la doctrina de Santo Tomás, que explica así la necesidad y la perfección de los dones:

«En el hombre hay un doble principio de movimiento, uno interno, que es la razón, y otro externo, que es Dios. Ahora bien, las virtudes humanas perfeccionan al hombre en cuanto que es propio del hombre gobernarse por su razón en su vida interior y exterior. Es, pues, necesario que haya en el hombre ciertas perfecciones superiores que le dispongan para *ser movido divinamente*; y estas perfecciones se llaman dones, no sólo porque son infundidas por Dios [que también lo son las virtudes sobrenaturales], sino porque por ellas el hombre se hace capaz de recibir prontamente la inspiración divina. Por esto dicen algunos que los dones perfeccionan al hombre para actos superiores a los de las virtudes» (I-II,68,1). En efecto, las virtudes producen actos sobrenaturales «modo humano», mientras que los dones del Espíritu Santo los producen «ultra humanum modum» (*Sent.3 dist.34, q.1,a.1*).

–Los dones del Espíritu Santo son, incluso, necesarios al hombre para la misma salvación. En efecto, al ser infundidas las virtudes sobrenaturales en una naturaleza humana debilitada y mal inclinada por el pecado, aunque hay en ellas fuerza para vencer en todo al mal, *de hecho*, la persona caerá no pocas veces en el pecado, más o menos claramente advertido y consentido, sobre todo en el caso de ciertas tentaciones graves y súbitas.

En el caso de tales tentaciones, hubiera sido necesario que, en lugar del ejercicio lento y laborioso de las virtudes, al modo humano, la respuesta del cristiano hubiera tenido, por instinto inmediato, la seguridad y rapidez propia de los dones del Espíritu Santo, que no sólo en la substancia, sino también en el modo de ejercicio son divinos.

Perfección relativa de las virtudes y de los dones

La necesidad absoluta de los dones del Espíritu Santo para la perfección cristiana no argumenta en modo alguno la imperfección de las virtudes infusas, que por sí mismas, especialmente las virtudes teologales –fe, esperanza y caridad– son perfectísimas. Lo explica bien Royo Marín:

«No es que las virtudes infusas sean imperfectas en sí mismas. Al contrario, de suyo son realidades perfectísimas, estrictamente sobrenaturales y divinas. Las virtudes teologales son incluso más perfectas que los dones mismos del Espíritu Santo, como dice Santo Tomás (*STh* I-II,68,8). Pero las poseemos imperfectamente todas ellas –como dice también el mismo Angélico Doctor (I-II,68,2)– a causa precisamente de la

modalidad humana, que se les pega inevitablemente por su acomodación al funcionamiento psicológico natural del hombre, cuando son regidas por la simple razón iluminada por la fe...

«De ahí la necesidad de que los dones del Espíritu Santo vengan en ayuda de las virtudes infusas, disponiendo las potencias de nuestra alma para ser movidas por un agente superior, el Espíritu Santo mismo, que las hará actuar de un modo divino, esto es, de un modo totalmente proporcionado al objeto perfectísimo de las virtudes infusas» (*Teología de la perfección cristiana* n. 131).

Es en este sentido en el que el *Catecismo de la Iglesia* enseña que los dones del Espíritu Santo «completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben» (1831).

Coinciden los teólogos y los místicos

Como hemos visto, enseñan los teólogos que *la perfección de la vida cristiana sólo se produce cuando los dones del Espíritu Santo actúan habitualmente en el cristiano*. O lo que es equivalente: *la perfección únicamente se alcanza en la vida mística*. O si se quiere: *que las virtudes infusas no pueden alcanzar la perfección sino en los dones del Espíritu Santo*.

Pues bien, ésta es también la enseñanza de los grandes místicos. Santa Teresa, por ejemplo, para describir las fases normales del crecimiento en la oración, acude en el libro de su *Vida* (11-21) a una imagen, en la que la oración es el agua vivificante y el alma es el campo regado por ella. Los modos de riego van pasando de formas laborioso-ascéticas a formas pasivo-místicas:

«Parece a mí que se puede regar de cuatro maneras: o con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo; o con noria y arcaduces, que se saca con un torno –yo lo he sacado algunas veces–, es a menos trabajo que esotro y sácase más agua; o de un río o arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua y no se ha menester regar tan a menudo, y es a menos trabajo mucho del hortelano; o con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho» (11,7).

La misma doctrina, aplicada no sólo a la oración sino a todos los aspectos diversos de la vida cristiana, viene dada por San Juan de la Cruz, según el cual, para llegar a la perfecta unión con Dios, «por más que el principiante en mortificar en sí ejercite todas estas sus acciones y pasiones [al modo humano], nunca del todo ni con mucho puede, hasta que Dios lo hace en él [al modo divino], habiéndose él pasivamente» (1 Noche 7,5; +3,3).

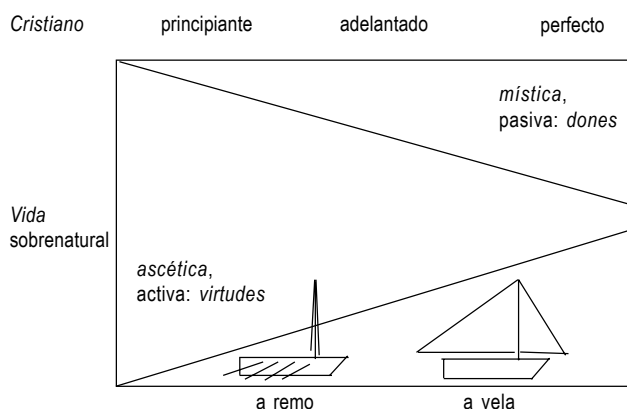
Así, en esta pasividad-activa propia de los dones del Espíritu Santo, es cuando se produce la perfecta *deificación del hombre*:

Ya «es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada. Que, por cuanto el alma no puede obrar de suyo nada si no es por el sentido corporal ayudada de él, su negocio es ya sólo recibir de Dios, y así todos los movimientos de tal alma son divinos; y aunque son suyos, de ella lo son, porque *los hace Dios en ella con ella* que da su voluntad y consentimiento» (*Llama* 1,9).

Puede entonces el cristiano decir con toda verdad: «salí del trato y operación humana mía a operación y trato de Dios» (2 Noche 4,2). «Lo cual no es otra cosa sino alumbra[r]le [Dios] el entendimiento con la lumbre sobrenatural, de manera que de entendimiento humano se haga divino, unido con el divino. Y, ni más ni menos, informarle la voluntad de amor divino, de manera que no sea voluntad menos que divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la divina

voluntad y amor. Y la memoria, ni más ni menos. Y también las afecciones y apetitos, todos mudados y vueltos según Dios, divinamente. Y así, *esta alma será ya alma del cielo celestial y más divina que humana*» (13,11).

En el cuadro siguiente podrá verse, en representación gráfica, las líneas fundamentales del crecimiento en la vida cristiana:



A remo o a vela

A Juan de Santo Tomás (1589-1644) –nacido en Portugal, formado en Atocha como dominico, profesor en Alcalá, confesor de Felipe IV en Madrid– le debemos el mejor comentario a la doctrina de Santo Tomás sobre *los dones del Espíritu Santo* (*STh I-II,68*). Su tratado de los dones forma parte del *Cursus theologicus*, que fue publicado después de su muerte. En este escrito expone una imagen para expresar la diversa operación de las virtudes y de los dones, que ha entrado en la tradición teológica:

En los dones del Espíritu Santo, «esta ilustración interior y gusto experimental de las cosas divinas y de los misterios de la fe enciende el afecto para lograr el fin de las virtudes de un modo superior al de las mismas virtudes ordinarias. Se sigue entonces una ordenación y norma superior, que es el mismo instinto del Espíritu Santo. Ella nos ordena al fin de la vida sobrenatural, causando una moralidad específicamente diversa a la producida por nuestra norma humana o racional, apoyada en nuestro propio esfuerzo y trabajo, *como es distinto el modo con que avanza una nave por el esfuerzo de los remeros que cuando el viento hincha sus velas y la empuja por encima de las olas*, aunque en ambos casos se encamine hacia el mismo término. “El Señor vio a sus discípulos remar con gran fatiga” (Mc 6,48). Porque se avanza con gran trabajo en el camino de Dios cuando uno es conducido solamente por el esfuerzo y habilidad propios, mediante las virtudes ordinarias. Mas cuando el Espíritu Santo llena interiormente la inteligencia y conduce por su norma, entonces se corre sin trabajo, se dilata el corazón como las velas que se hinchan al soplar el viento. Por eso dice el salmo: “correré por el camino de tus mandatos, cuando me ensanches el corazón” (118,32); y “tu Espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana” (142,10)» (*Naturaleza de los dones* n.29; p. 166-167).

Incipientes. Advértase en esto que desde el comienzo de la navegación cristiana, las velas están ya instaladas en el barco del cristiano, ya que virtudes y dones, en cuanto hábitos, son infundidos en las potencias del alma con la gracia santificante. Pero el cristiano ha de comenzar normalmente su travesía a fuerza de remos de virtudes. Quizá en algún momento una leve brisa impulse su nave por las velas, lo que supone un alivio no pequeño. Sin embargo, a los comienzos ascéticos de la vida espiritual, las velas generalmente cuelgan flácidas, y es preciso avanzar a golpe de remos.

Adelantados. Cuando ya la navegación va adelante, cada vez es más frecuente que el Espíritu Santo, por sus dones, actúe inmediatamente en la mente y la voluntad del cristiano: las velas van tomando viento, y se suaviza notablemente el esfuerzo de remar.

Perfectos. Al final, cuando el cristiano ha perseverado en su colaboración virtuosa a las continuas mociones de la gracia, el Espíritu Santo impulsa poderosamente con su aliento las velas de su barca, y ésta avanza velozmente, sin trabajo de remos, con una fuerza divina, con una facilidad sobrehumana. «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo nacido del Espíritu» (Jn 3,8).

Los dones son activados por el Espíritu desde el principio

Ya he indicado, pero quiero repetirlo, que los dones son activados por el Espíritu divino, en uno u otro grado, desde que el cristiano inicia el camino de la perfección. Y a veces con intensidad muy notable. San Ignacio de Loyola, por ejemplo, en Manresa, muy poco después de su conversión, es decir, estando todavía muy a los comienzos del camino de la perfección, recibió del Espíritu Santo formidables activaciones del don de entendimiento y de sabiduría. En ese tiempo, el Espíritu Santo, tratándole como «un maestro de escuela a un niño», le concedía altísimas iluminaciones sobre la Trinidad, la Creación, la humanidad de Cristo, la Virgen María, la Eucaristía (*Autobiografía* 27-29).

Un día, especialmente, yendo por devoción a la iglesia de San Pablo, a una milla de Manresa, «se sentó un poco con la cara hacia el río [Cardoner], el cual iba hondo. Y estando allí, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino *entendiendo y conociendo muchas cosas*, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas ha tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola» (30).

Ya se ve, pues, por experiencias como ésta, que los dones del Espíritu Santo pueden obrar en el cristiano en grados de intensidad muy diversos en las distintas fases de su vida, y que incluso en los comienzos mismos del camino de la perfección puede Dios activarlos con fuerza, como queriendo anticiparle a su elegido de un modo deslumbrante aquellas maravillas de gracia que ha de concederle más tarde.

En otras ocasiones, el Espíritu divino activa en alguien ciertos dones *en beneficio de otras personas*. No es raro, por ejemplo, que un director espiritual se dé cuenta de que, para la dirección de alguien, recibe habitualmente de Dios iluminaciones muy especiales. En efecto, por amor especial del Espíritu divino a alguien de su elección, Él activa intensamente los dones en el director, para que pueda ayudar mucho a esa persona dirigida, guiándola hacia la santidad sin error alguno y con un acierto sobrenatural.

Historia teológica y actualidad de los dones del Espíritu Santo

Una brevísima nota sobre la historia y la situación actual de la teología de los dones. *Los Padres antiguos*, al

exponer la vida de la gracia en el cristiano, la atribuyen continuamente a la acción del Espíritu Santo, e incluso aluden a veces a los siete espíritus o dones.

San Ireneo (+200), por ejemplo, ve que en la Iglesia se cumplen las profecías antiguas y que «desciende sobre la tierra el rocío, es decir, que el Espíritu de Dios que descendió sobre el Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, de temor de Dios, el Señor lo ha dado a la Iglesia» (*Contra herejes* III, 17).

La teología de los dones del Espíritu Santo, sin embargo, aun teniendo este fondo bíblico y tradicional, *no toma forma sistemática y especulativa hasta el siglo XIII*. Contra la enseñanza de Guillermo de Auxerre (+1231) y Guillermo de Auvernia (+1249), poco antes de 1250, Felipe el Canciller enseña la distinción real de virtudes y dones (Congar 340-341).

Siguen fundamentalmente su doctrina los primeros maestros franciscanos y dominicos, como San Buenaventura (+1274) y San Alberto Magno (+1280). Apoyándose en ellos y también en el franciscano Alejandro de Hales (+1245), es Santo Tomás de Aquino (+1274) quien lleva la teología de los dones del Espíritu Santo a su perfección, especialmente en la *Suma Teológica* I-II, 68, como ya vimos.

No todos los teólogos aceptan posteriormente esta doctrina tomista. Así el franciscano Escoto (+1308) y teólogos nominalistas, como Guillermo de Ockham (+1349) o Gabriel Biel (+1495). La aceptación, sin embargo, de la enseñanza de Santo Tomás es lo más común.

El P. José Antonio de Aldama S. J., cuando estudia *La distinción entre las virtudes y los dones del Espíritu Santo en los siglos XVI y XVII*, considera que en esos siglos la doctrina tomista sobre los dones era «sententia communior» («Gregorianum» 16, 1935, 562-676). La siguen los maestros de la escuela dominicana, los carmelitas tomistas, es también enseñada por jesuitas, como Luis Lallemant (+1635), y por muchos otros autores. En los siglos siguientes, autores de gran influjo, como los jesuitas Scaramelli (+1752) o Maeschler (+1912), siguen la enseñanza de Santo Tomás y de San Buenaventura sobre los dones.

El Magisterio apostólico, en 1897, por la encíclica de León XIII *Divinum illud munus*, da a la visión tomista de los dones un impulso notable, que culmina en la doctrina del *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992, n. 1830-1831).

Y en cuanto a *los teólogos de la espiritualidad en el siglo XX*, el estado de la cuestión, en forma brevísima, se puede resumir así:

–*Siguen estrictamente la enseñanza de Santo Tomás* autores dominicos, como Arinterro, Gardeil, Garrigou-Lagrange, Menéndez-Reigada, Labourdette, Llamera, Ramírez, Philipon, Bandera, Royo Marín y Torrel, carmelitas como Moretti, claretianos como Naval y Juberías, y otros varios, como Tanquerey, González y González, Jiménez Duque, Gazzera-Leonelli, Rivera-Iraburu o Ferlay. Y también los maestros jesuitas, como Fiocchi, Hertling, Aldama y Bernard.

Aldama, concretamente, en la *Sacræ Theologiæ Summa* III, da estas calificaciones teológicas: Existencia de los dones, *de fide divina et catholica*; los dones son hábitos, *certa in theologia*; son siete, *probabilior*; se distinguen realmente de las virtudes, *communior et probabilior* (BAC 62, Madrid 1953).

Y Charles André Bernard: «El Espíritu Santo que se nos ha dado mora en nosotros... El principio interno de la acción del hombre es su razón... Pero Dios puede actuar desde el interior mismo de nuestra conciencia, ya que es más íntimo a nosotros que nuestro propio corazón (S. Agustín)... La capacidad habitual de recibir semejantes mociones espirituales proviene específicamente de la presencia en él

de los dones del Espíritu Santo» (*Teología espiritual*, Atenas, Madrid 1989, 516).

Las virtudes teologales «ven su actividad regulada por la razón humana y condicionada por la formación precedente. Así es como nuestra fe [por ejemplo] se ejercita integrando juicios humanos... La función de los dones será la de dar al ejercicio de las virtudes teologales una medida propiamente divina... Para entender mejor la función y la naturaleza de los dones del Espíritu Santo, seguimos la doctrina de Santo Tomás, para quien son *hábitos*, es decir, disposiciones estables... Sus dones [del Espíritu Santo] penetran hasta el fondo de nuestro corazón para disponerlo de forma continuada a acoger sus mociones y a ponerlas en práctica. Entonces la vida espiritual se hace estable y el alma es cada vez más sensible a las inspiraciones del Espíritu... [Los dones] hacen a las potencias ágiles, móviles, sensibles a los más pequeños movimientos de lo alto» (517-518).

–*Siguen la enseñanza de Santo Tomás, pero con divergencias bastante notables*, autores como De Guibert S. J., Crisógono de Jesús Sacramentado O. C. D. y Thils.

–*Otros autores actuales no tratan de los dones del Espíritu Santo* en sus exposiciones sistemáticas de la espiritualidad cristiana, como Bouyer, Gamarra o De Pablo Maroto. En algún caso, como Ruiz Salvador, se hace alusión a ellos en relación a la experiencia mística, pero no se explican según la doctrina tomista (*Caminos del Espíritu*, Espiritualidad, Madrid 1974, 446-454).

4

Los siete dones del Espíritu

Siete dones

La tradición espiritual y teológica entiende que *son siete los dones del Espíritu Santo*, y halla la raíz de su convencimiento en la Sagrada Escritura, especialmente en algunos lugares principales.

En *Isaías 11, 2-3*, concretamente, se asegura que en el Mesías esperado habrá una plenitud total de los dones del Espíritu divino. No le serán dados estos dones con medida, como a Salomón se le da la sabiduría o a Sansón la fortaleza, sino que sobre él reposará el Espíritu de Yahavé con absoluta plenitud.

No entro aquí acerca de si los dones son seis o son siete, según el texto original y la versión de los Setenta y de la Vulgata, pues habríamos de analizar cuestiones exegéticas demasiado especializadas para nuestro intento.

Los Padres antiguos vieron también aludidos los siete dones del Espíritu Santo en aquellos *septenarios del Apocalipsis* que hablan de siete espíritus de Dios (1,4; 5,6), siete candeleros de oro (1,12), siete estrellas (1,16), siete antorchas (4,5), siete sellos (5, 1.5), siete ojos y siete cuernos del Cordero (5,6).

Éstos y otros lugares de la Escritura fueron estimulando desde antiguo en la historia de la teología y de la espiritualidad una doctrina sistemática de los siete dones del Espíritu Santo, que alcanza su madurez en la teología de Santo Tomás, que ya hemos estudiado anteriormente, aunque sea en forma muy breve.

Correspondencia entre virtudes y dones

Santo Tomás enseña que todos los dones del Espíritu Santo están vinculados entre sí, de tal modo que se potencian mutuamente: el don de fortaleza, por ejemplo, ayuda al de consejo, y éste abre camino al don de ciencia, etc. Y a su vez todos los dones están vinculados con la caridad teologal (*STh* I-II,68,5).

A esa doctrina muy firme, añade el Doctor común otras explicaciones más opinables, en las que señala que hay también una especial correspondencia entre cada una de las virtudes y los dones del Espíritu Santo, que vienen a perfeccionarlas en su ejercicio (*STh* I-II,68-69; II-II, 8. 9. 19. 45. 52. 121. 139.141 *ad3m*).

Virtudes teologales *Dones del Espíritu Santo* (sobre el fin)

| | |
|-----------|-------------------------|
| Caridad | Sabiduría |
| Fe | Ciencia y Entendimiento |
| Esperanza | Temor |

Virtudes morales (sobre los medios)

| | |
|-----------|-----------|
| Prudencia | Consejo |
| Justicia | Piedad |
| Fortaleza | Fortaleza |
| Templanza | Temor |

Todos los dones del Espíritu Santo son perfectísimos, evidentemente. Sin embargo, la tradición teológica y espiritual suele ver en ellos una escala ascendente de menor a mayor excelencia: en la base pone el *temor* de Dios y en la cumbre el don de *sabiduría*.

Notemos, por último, antes de examinar uno a uno los diferentes dones del Espíritu Santo, que todos ellos, aunque sean hábitos infusos distintos, son participaciones en un mismo y solo Espíritu, que obra así en el hombre al modo divino. El apóstol Pablo expresa esto en palabras muy breves, pero muy exactas: «hay diversidad de dones, pero uno solo es el Espíritu» (1Cor 12,4).

1

El don de temor

Sagrada Escritura

La Biblia inculca desde el principio a los hombres el santo temor de Dios: «Israel, ¿qué es lo que te exige el Señor, tu Dios? Que *temas* al Señor, tu Dios, que sigas sus caminos y lo ames, que sirvas al Señor, tu Dios, con todo el corazón y con toda el alma, que guardes los mandamientos del Señor y sus leyes, para que seas feliz» (Dt 10,12-13). En este texto, y en otros muchos semejantes, se aprecia cómo el temor de Dios implica en la Escritura veneración, obediencia y sobre todo amor.

También Jesucristo, siendo para nosotros «la manifestación de la bondad y el amor de Dios hacia los hombres» (Tit 3,4), nos enseña el temor reverencial que debemos al Señor, cuando nos dice: «*temed* a Aquél que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna» (Mt 10,28).

Sabe nuestro Maestro que «el amor perfecto echa fuera el temor» (1Jn 4,18). Pero también sabe que, cuando el amor es imperfecto, el amor y el servicio de Dios implican un temor reverencial. Y como en seguida lo veremos en los santos, un amor perfecto a Dios lleva consigo un indecible temor a ofenderle.

Teología

El don de temor es un espíritu, es decir, un hábito sobrenatural por el que el cristiano, por obra del Espíritu Santo, teme sobre todas las cosas ofender a Dios, separarse de Él, aunque sólo sea un poco, y desea someterse absolutamente a la voluntad divina (+*STh* II-II,19). Dios es a un tiempo Amor absoluto y Señor total; debe, pues, ser al mismo tiempo amado y reverenciado.

No es, por supuesto, el don de temor de Dios un *temor servil*, por el que se pretende guardar fidelidad al Señor única o principalmente por temor al castigo. Para que el temor de Dios sea don del Espíritu Santo ha de ser un *temor filial*, que, principalmente al principio o únicamente al final, se inspira en el amor a Dios, es decir, en el horror a ofenderle.

El don de temor de Dios intensifica y purifica todas las virtudes cristianas, pero algunas de ellas, como veremos ahora, están más directamente relacionadas con él.

El temor de Dios y *la esperanza* enseñan al hombre a fiarse sóla mente de Dios y a no poner la confianza en las criaturas –en sí mismo, en otros, en las ayudas que pueda recibir–. Por eso aquel que verdaderamente teme a Dios es el único que *no teme a nada en este mundo*, ya que mantiene siempre enhiesta la esperanza. El justo «no temerá las malas noticias, pues su corazón está firme en el Señor; su corazón está seguro, sin temor» (Sal 111,7-8). En realidad, no hay para él ninguna *mala noticia*, pues habiendo recibido el Evangelio, la Buena Noticia, ya está seguro de que todas las noticias son buenas, ya sabe ciertamente que *todo* colabora para el bien de los que aman a Dios (Rm 8,28).

Por eso, cuando el cristiano está asediado entre tantas adversidades del mundo, se dice: «levanto mis ojos a los montes, ¿de dónde me vendrá el auxilio?»; y concluye: «el auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sal 120,1-2).

El temor de Dios y *la templanza* libran al cristiano de la fascinación de las tentaciones, pues el temor sobrehumano de ofender al Señor aleja de toda atracción pecaminosa, por grande que sea la atracción y por mínimo que sea el pecado. Para pecar hace falta mantener ante Dios un atrevimiento que el temor de Dios elimina totalmente.

El temor de Dios fomenta la virtud de *la religión*, lleva a venerar a Dios y a todo lo sagrado, es decir, a tratar con respeto y devoción todas aquellas criaturas especialmente dedicadas a la manifestación y a la comunicación del Santo.

Quien habla de Dios o se comporta en el templo, por ejemplo, sin el debido respeto, no está bajo el influjo del don de temor de Dios. En efecto, hemos de «ofrecer a Dios un culto que le sea grato, con religiosa piedad y reverencia» (Heb 12,28). El mismo Verbo divino encarnado, Jesucristo, nos da ejemplo de esto, pues «habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas, fue escuchado por su reverencial temor» (5,7).

El temor de Dios, en fin, nos guarda en *la humildad*, que sólo es perfecta, como fácilmente se entiende, en aquellos que saben «humillarse bajo la poderosa mano de Dios» (1Pe 5,6). El que teme a Dios no se engríe, no se atribuye los bienes que hace, ni tampoco se rebela contra Él en los padecimientos; por el contrario, se mantiene humilde y paciente.

El don de temor, como hemos dicho, es el menor de los dones del Espíritu Santo: «*el principio* de la sabiduría es el temor del Señor» (Prov 1,7). Es cierto; pero aun siendo el menor, posee en el Espíritu Santo una fuerza maravillosa para purificar e impulsar todas las virtudes cristianas, las ya señaladas, y también muchas otras, como fácilmente se comprende: la castidad y el pudor, la perseverancia, la mansedumbre y la benignidad con los hombres. El espíritu de temor ha de ser, pues, inculcado en la predicación y en la catequesis con todo aprecio.

Santos

El ejemplo de los santos, que consideraremos en cada uno de los dones del Espíritu Santo, nos hará conocer con claridad y certeza cuáles son *los efectos* que produce cada uno de los dones.

Ante «el Padre de inmensa majestad», como reza el *Te Deum*, el hombre, por santo que sea, en ocasiones se estremece. «¡Ay de mí, estoy perdido!, pues siendo un hombre de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Yavé Sebaot», exclama Isaías (6,5). Sí, eso sucede en el Antiguo Testamento, ante Yavé, el Altísimo. Pero el mismo San Juan apóstol, el amigo más íntimo de Jesús, cuando le es dado en Patmos contemplar al Resucitado en toda su gloria, confiesa: «así que le vi, caí a sus pies como muerto» (Ap 1,18).

Este peculiar fulgor del don de temor de Dios se manifiesta innumerables veces en la vida de los santos cristianos.

Según Dios da su luz, se da en el alma de los santos una captación muy diversa de sí mismos. Santa Angela de Foligno aunque unas veces declara: «me veo sola con Dios, toda pura, santificada, recta, segura en él y celeste» (*Libro de la vida*, memorial, cp.IX), otras veces siente

un horrible espanto de sí misma: «entonces me veo toda pecado, sujeta a él, torcida e inmundada, toda falsa y errónea» (ib.). Y hay momentos extremos en que ella, así lo confiesa, siente la necesidad de andar por ciudades y plazas, gritando a todos: «aquí está la mujer más despreciable, llena de maldad y de hipocresía, sentina de todos los vicios y males» (ib. instruc. I).

San Pablo de la Cruz, el fundador de los pasionistas, estando retirado unos días a solas en una iglesia solitaria, se siente a veces de tal modo embargado por el temor de Dios, es decir, por la captación simultánea de su propia miseria y de la Santidad divina, que se veía completamente indigno de estar en la iglesia, ante el sagrario, en lugar tan sagrado:

«y decía a los ángeles que asisten al adorabilísimo Misterio que me arrojasen fuera de la iglesia, pues soy peor que un demonio. Sin embargo, no se me quita la confianza con mi Esposo Sacramentado. Y le decía que recordase lo que me ha dejado en el santo evangelio, esto es, que no ha venido él a llamar a los justos, sino a los pecadores» (*Diario espiritual* 5-XII-1720).

En ciertas ocasiones, el Espíritu Santo hace que el santo, después de algún pecado, se estremezca de pena y espanto por el don de temor de Dios. Santa Margarita María de Alacoque, la que tantas y tan sublimes revelaciones había tenido del amor y de la ternura del Corazón de Jesús, refiere que en una ocasión tuvo «algún movimiento de vanidad hablando de sí misma»...

«¡Oh Dios mío! ¡Cuántas lágrimas y gemidos me costó esta falta! Porque, en cuanto nos hallamos a solas Él y yo, con un semblante severo me reprendió, diciéndome: “¿qué tienes tú, polvo y ceniza, para poder gloriarte, pues de ti no tienes sino la nada y la miseria, la cual nunca debes perder de vista, ni salir del abismo de tu nada?”. Y en seguida «me descubrió súbitamente un horrible cuadro, me presentó un esbozo de todo lo que yo soy... Me causó tal horror de mí misma, que a no haberme Él mismo sostenido, hubiera quedado pasmada del dolor. No podía comprender el exceso de su grande bondad y misericordia en no haberme arrojado ya en los abismos del infierno, y en soportarme aún, viendo que no podía yo sufrirme a mí misma. Tal era el suplicio que me imponía por los menores impulsos de vana complacencia; así que a veces me obligaba a decirle: “¡ay de mí, Dios mío!, o haced que muera o quitadme ese cuadro, pues no puedo vivir mirándole”» (*Autobiografía* 62).

Sin embargo, confiesa al final de su escrito, «por grandes que sean mis faltas, jamás me priva de su presencia [el Señor] este único amor de mi alma, como me lo ha prometido. Pero me la hace tan terrible cuando le disgusto en alguna cosa, que no hay tormento que no me fuera más dulce y al cual no me sacrificara yo mil veces antes que soportar esta divina Presencia y aparecer delante de la Santidad divina teniendo el alma manchada con algún pecado.

«En esas ocasiones, bien hubiera querido esconderme y alejarme de ella, si hubiese podido; mas todos mis esfuerzos eran inútiles, hallando en todas partes esa Santidad, de que huía, con tan espantosos tormentos que me figuraba estar en el Purgatorio, porque todo sufría en mí sin ningún consuelo, ni deseo de buscarle» (ib. 111).

El temor de Dios, en efecto, produce a veces en los santos verdaderos estremecimientos de espanto por los más pequeños pecados cometidos contra la Santidad divina. Sufren así entonces, como bien dice Santa Margarita María, sufrimientos muy semejantes a los propios del Purgatorio. Y muy al contrario, los cristianos todavía carnales son *sumamente atrevidos a la hora de ofender a Dios en algo*. No está en ellos despierto todavía el don del temor de Dios; y ofendiéndole, aunque sea en cosas pequeñas o no tan chicas, todavía se creen muy buenos.

El espanto que una ofensa mínima contra Dios causa en los santos puede verse en esta anécdota de la vida de Santa Catalina de Siena. Estando en oración, se distrae un momento, volviendo la cabeza para ver a un hermano suyo que pasaba. Al punto, la Virgen María y San Pablo le reprenden por ello con gran dureza, y ella llora y solloza interminablemente con inmensa pena, sin poder hablar palabra con los que le preguntan. Y su director espiritual cuenta:

«Cuando la virgen pudo por fin abrir la boca, dijo entre sollozos: “¡infeliz de mí, miserable de mí! ¿Quién hará justicia a mis iniquidades? ¿Quién castigará un pecado tan grande?”» (*Leyenda* 203).

La santa virgen Catalina tenía temor de Dios de un modo divino, sobrehumano. Y el beato Raimundo de Capua, su director, refiere que ella encarecía con frecuencia «el odio santo y el desprecio por sí misma» que debe sentir el alma:

«tened siempre en vosotros, hijos míos –decía–, ese odio santo, porque os hará siempre humildes. Tendréis paciencia en las adversidades, seréis moderados en la abundancia, os adornaréis con vestidos honestos, gratos y amables a Dios y a los hombres». Y añadía: «cuidado, mucho cuidado con quien no tenga ese odio santo porque, donde ese odio falta, reina necesariamente el amor propio, que es el pozo negro de todos los pecados, la raíz y la causa de todo pésimo afán» (101).

Cuando el don espiritual del temor divino actúa en el alma con la potencia sobrehumana del Espíritu Santo, el menor de los pecados es sentido como una atrocidad indecible. Santa Teresa de Jesús decía: «no podía haber muerte más recia para mí que pensar si tenía ofendido a Dios» (*Vida* 34,10). Eso es el temor de Dios.

Disposición receptiva

Para recibir el don de temor lo más eficaz es pedirlo al Espíritu Santo, por supuesto; pero además, con Su gracia, el cristiano puede prepararse a recibirlo ejercitándose especialmente en ciertas virtudes y prácticas:

1. *Meditar con frecuencia sobre Dios*, sobre su majestad y santidad. Hay que enterarse bien de que Dios es el Señor del universo, el Autor del cielo y de la tierra, el que con su Providencia lo gobierna todo, el Juez final inapelable.

2. *Meditar en la malicia indecible del pecado*, en la gravedad de sus consecuencias temporales, y en el horror de sus posibles consecuencias después de la muerte: el purgatorio, el infierno.

3. *Cultivar la virtud de la religión*, y con ella la reverencia hacia Dios y hacia todo aquello que tiene en la Iglesia una especial condición sagrada –el culto litúrgico, la Palabra divina, la Eucaristía, el Magisterio apostólico, los sacerdotes, las iglesias–.

4. *Guardarse en la humildad y la benignidad paciente* ante los hermanos, así como observar el respeto y la obediencia a los superiores, que son representantes del Señor.

5. *Recibir las ley y la enseñanza de la Iglesia*, observar las normas litúrgicas y pastorales, así como guardar fidelidad humilde en temas doctrinales y morales. Quien falla seriamente en algo de esto, y más si lo hace en forma habitual, es porque no tiene temor de Dios.

2

El don de fortaleza

Sagrada Escritura

En el Antiguo Testamento, los fieles captan espiritualmente a Dios como una fuerza inmensa e invencible, como una Roca, y al mismo tiempo como Aquél que es capaz de comunicar a sus fieles una fortaleza inexpugnable.

«Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza, Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador; Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte» (Sal 17,2-3). «El Señor es mi fuerza y escudo; en Él confía mi corazón. El Señor es fuerza para su pueblo, apoyo y salvación para su Ungido» (27,7-8).

Los que tienen fe en Dios, a lo largo de sus vidas, *pasarán por muchas y graves pruebas*, pero siempre serán fortalecidos por la infinita fuerza del Espíritu:

Los creyentes, «gracias a la fe, conquistaron reinos, administraron justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas, cerraron la boca de los leones, extinguieron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, convalcieron en la enfermedad, se hicieron fuertes en la guerra [...] Unos se dejaron torturar, renunciando a ser liberados, otros sufrieron injurias y golpes, cadenas y cárceles. Fueron apedreados, destrozados, muertos por la espada. Anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, desprovistos de todo, oprimidos, maltratados. El mundo no era digno de ellos, y tuvieron que vagar por desiertos y montañas» (Heb 11,32-38).

Así fue en el Antiguo Testamento, y así va a serlo más aún en el Nuevo. En efecto, los discípulos de Cristo necesitan ser muy fortalecidos por el Espíritu divino, pues al no ser del mundo, van a sufrir necesariamente la persecución del mundo. Es inevitable: «los que quieran ser fieles a Dios en Cristo Jesús tendrán que sufrir persecución» (2Tim 3,12). Está claramente anunciado por el Señor (Mt 5,11; Jn 15,18-21). Por tanto, en medio de los mundanos, que por su adoración a la Bestia mundana están más o menos sujetos al Maligno, los cristianos no pueden ser fieles a Cristo si no son especialmente fortalecidos por su Espíritu.

«Toda la tierra seguía maravillada a la Bestia... La adoraron todos los moradores de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero degollado... Y le fue otorgado [a la Bestia] hacer la guerra a los santos y vencerlos» (Ap 13). En realidad, quienes vencen son «los que guardan los preceptos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (12,17), pero su victoria sobre el mundo tiene necesariamente, como la de Cristo, la forma del martirio, cruz y muerte.

Si grande ha de ser en el cristiano la fortaleza espiritual para vencer la debilidad de su propia carne y las persecuciones del mundo, aún más ha de serlo para vencer las tentaciones directas del Demonio. No olvidemos en esto que, como dice San Pablo, «no es nuestra lucha [únicamente] contra la sangre y la carne, sino contra los espíritus malignos» (Ef 6,12)

Por todo esto los cristianos, para sí mismos y para sus hermanos, han de pedir continuamente la fortaleza del Espíritu Santo, como lo hacían los apóstoles:

«No dejamos de rogar por vosotros y de pedir» al Señor, para que estéis «fortalecidos con toda fortaleza conforme a su poder esplendoroso, y así tengáis perfecta constancia y paciencia con alegría» (Col 1,9-11). «Fortalecéos en el Señor y en la fuerza de su poder. Vestíos de toda la armadura de Dios» (+Ef 6,10-18). «Estad, pues, alerta y vigilantes, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quién devorar. Resistidle fuertes en la fe, considerando que los mismos padecimientos soportan vuestros hermanos dispersos por el mundo» (1Pe 5,8-9).

Si la fuerza del cristiano no está en sí mismo, sino en el Señor, mayor será su fuerza espiritual cuanto, encontrándose más débil en sí mismo, más se apoye puramente en la fortaleza de Dios. Por eso Jesús le dice al Apóstol: «te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder». Y el Apóstol confiesa:

«yo me glorio de todo corazón en mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Yo me complazco en mis debilidades, en oprobios y privaciones, en persecuciones y en angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (+2Cor 12,7-10). «Yo todo lo puedo en Aquél que me conforta» (Flp 4,13).

Teología

El don de fortaleza es un espíritu divino, un hábito sobrenatural que fortalece al cristiano para que, por obra del Espíritu Santo, pueda ejercitar sus virtudes heroicamente y logre así superar con invencible confianza todas las adversidades de este tiempo de prueba y de lucha, que es su vida en la tierra.

Cuando el Espíritu Santo activa en los fieles el don, el espíritu de la fortaleza, se ven éstos asistidos por la fuerza misma del Omnipotente, y superan con facilidad y seguridad toda clase de pruebas, sean internas o externas. Es entonces cuando los cristianos prestan con toda naturalidad servicios que exigen una abnegación heroica, y cuando soportan sin queja alguna la soledad, el desprecio, la marginación y toda clase de adversidades, ordinarias o extraordinarias. Todo lo aguantan con serenidad y paciencia, sin vacilaciones, con buen ánimo, sin alardes, con toda confianza y sencillez, es decir, con una facilidad sobrehumana. Y digo sobrehumana porque ya no es sólo la virtud de la fortaleza quien actúa en ellos, sino el don del Espíritu Santo.

La virtud moral de la fortaleza apoya al cristiano con el auxilio de la gracia divina, que de suyo, ciertamente, es omnipotente. Pero siendo una virtud, se ejercita al modo humano, es decir, según el discurso de la razón –a veces lento, complejo, laborioso–, de tal modo que esta virtud no llega a quitar del alma en forma absoluta toda vacilación, y todo temor o angustia.

Por el contrario, *el don espiritual de fortaleza, por obra inmediata del Espíritu Santo, al modo divino, de manera sobrehumana, aleja del alma todo miedo, le infunde un valor divino y una serenidad inviolable, de tal modo que puede pensar, decir o hacer cualquier cosa –todo lo que Dios quiera obrar en él– sin temblor alguno, y sin caer, por supuesto, en actitudes imprudentes, pues unido necesariamente al don de fortaleza está el don de consejo.*

El don de fortaleza lleva, pues, a perfección el ejercicio de la virtud de la fortaleza, pero asiste también, evidentemente, a todas las demás virtudes –la paciencia, la humildad, la pobreza, la castidad, la obediencia, etc.–, de modo que, gracias a él, todas ellas puedan practicarse con prontitud, seguridad y perfección, sean las que fueren las circunstancias.

Toda «la vida del hombre sobre la tierra es un combate» (Job 7,1): lucha contra sí mismo –la propia malicia y

debilidad del hombre carnal–, lucha contra el mundo, lucha contra el demonio. Es un combate continuo, incesante, agotador, en el que ciertos desfallecimientos inoportunos, en determinados momentos cruciales, pueden causar enormes daños en la persona que los sufren y en los demás.

Pues bien, no podrá el cristiano salir victorioso de una batalla tan continua y terrible si Cristo Salvador –sin el cual nada podemos (+Jn 15,5)– no le comunica su fuerza, primero al modo humano, por la virtud de la fortaleza, y más tarde al modo divino, por el don de fortaleza.

Santos

La fortaleza sobrehumana del Espíritu se manifiesta en toda la vida de Cristo, tanto en su dominio sobre los hombres –por ejemplo, cuando impide en Nazaret que le precipiten de lo alto del monte (Lc 4,28-30)–, como en su señorío sobre la naturaleza –calmando, por ejemplo, la tempestad del lago (8,24-25)–.

Sin embargo, el espíritu sobrehumano de fortaleza se manifiesta en Cristo sobre todo en el momento de la Pasión, cuando mantiene el sí incondicional de su obediencia al Padre aun sintiendo «pavor, angustia», «tristeza de muerte», y aun llegando a «sudar sangre» del horror sentido (Mt 26,38; Mc 14,33; Lc 22,44). A tanto llegó el abismo del espanto, que «un ángel del cielo se le apareció para fortalecerlo» (Lc 22,43). ¡El Verbo eterno encarnado, el Primogénito de toda criatura, fortalecido por el Espíritu divino mediante una criatura!...

No nos escandalicemos de Jesús, agonizante de terror, sino adorémoslo muy especialmente en estas angustias tuyas de muerte, por las que quiso bajar al fondo mismo del sufrimiento humano, manifestándonos al mismo tiempo en su debilidad extrema la infinita fuerza del Espíritu divino.

De todos modos, no permite Dios normalmente que los discípulos de su Hijo, que son tan débiles, se vean hundidos en tales abismos de horror indecible. Y por eso los conforta eficazísimamente con su Espíritu, humanamente, por la virtud infusa de la fortaleza, o sobrehumanamente, por el don de fortaleza.

La fuerza sobrehumana del Espíritu, es decir, el don de fortaleza, se manifiesta también poderoso en los santos de Cristo. Él es el que sostiene durante años y años a los contemplativos en la soledad, el silencio y la vida penitente. Él es el que da fuerza a los confesores para testimoniar la verdad de Cristo, afrontando con toda paz exilios, desprestigios y marginaciones incontables. Él es el que asiste a tantos párrocos, padres de familia, misioneros, religiosos asistenciales, etc., para que en situaciones, a veces habituales, sumamente difíciles o en momentos de prueba extrema, mantengan un testimonio heroico de abnegación, fidelidad y caridad.

Pero, sin duda, los más impresionantes ejemplos del don de fortaleza los hallamos en los innumerables mártires de la historia cristiana. Las *Actas de los mártires* son un álbum precioso en el que los efectos del don de la fortaleza se nos muestran en miles de imágenes fascinantes. Todos ellos, sostenidos por la fortaleza del Espíritu Santo, como los apóstoles, pasan por la angustia de pruebas extremas «con la alegría de haber sido hallados dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús» (Hch 5,41).

Contemplemos, por ejemplo, el martirio del diácono San Vicente descrito por San Agustín:

«Era tan grande la crueldad que se ejercitaba en el cuerpo del mártir y tan grande la tranquilidad con que él hablaba, era tan grande la dureza con que eran tratados sus miembros y tan grande la seguridad con que sonaban sus palabras, que parecía como si el Vicente que hablaba no fuera el mismo que sufría el tormento.

«Y es que, en realidad, así era: era otro el que hablaba. Así lo había prometido Cristo a sus testigos en el Evangelio, al prepararlos para semejante lucha. Había dicho, en efecto: “No os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis. No seréis vosotros los que habléis, el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros” [Mt 10,19-20].

«Era, pues, el cuerpo de Vicente el que sufría, pero era el Espíritu quien hablaba, y por estas palabras del Espíritu no sólo era redargüida la impiedad, sino también confortada la debilidad» (*Sermón 276, 2*).

No es preciso, sin embargo, que se dé el martirio sangriento para que el don de fortaleza resplandezca con toda su grandeza. En Santa Teresa del Niño Jesús, por ejemplo, podemos contemplar ese don del Espíritu en una de sus versiones más conmovedoras. Ella, por su naturaleza, no tenía nada de fuerte; más bien era una persona de poca salud y con una constitución psicósomática más bien débil y vulnerable.

Siendo niña, refería su madre en una carta, «coge unas rabietas terribles cuando las cosas no salen a su gusto, se revuelca por el suelo como una desesperada, creyéndolo todo perdido. Hay momentos en que la contrariedad la vence, y entonces hasta parece que va a ahogarse. Es una niña muy nerviosa» (*Manuscritos autobiográficos A8r*). Y ella misma dice de sí: «realmente en todo hallaba motivo de sufrimiento» (A4r). «Verdaderamente, mi extremada sensibilidad me hacía insoportable. Si me acontecía disgustar involuntariamente a alguna persona querida, lloraba como una Magdalena... Y cuando empezaba a consolarme de la falta en sí misma, lloraba por haber llorado. Eran inútiles todos los razonamientos; no conseguía corregir tan feo defecto» (A44v).

Tuvo, sin embargo, por gracia de Dios, una buena educación cristiana, concretamente en la virtud de la fortaleza. Su hermana Paulina, por ejemplo, le obligaba a veces, para que venciera el miedo, a quedarse sola de noche a oscuras (A18v).

De todos modos, así como hay casos en que las virtudes sobrenaturales se desarrollan *en continuidad* con la virtud natural de la persona –la sabiduría en Santo Tomás, por ejemplo–, hay casos en que las virtudes se acrecientan *por contraste* –por ejemplo, la mansedumbre en San Francisco de Sales–. En el caso de Santa Teresita es indudable que su formidable fortaleza nace sólo de la gracia: primero ejercitada, por contraste, en actos de virtud muy intensos y frecuentes –ocasionados por su propia debilidad natural–; más tarde, como don de fortaleza, como don sobrehumano del Espíritu Santo. Ella, a causa de su debilidad congénita, de ningún modo podía apoyarse en sí misma, y justamente por eso, apoyándose sólo en Dios, vino a hacerse *sobrehumanamente fuerte*. Estamos, como ya vimos, en plena lógica evangélica: «en la flaqueza llega al colmo la fuerza» (2Cor 12,9). El paso que, por obra del Espíritu Santo, da Santa Teresita de la mayor debilidad a la fortaleza espiritual más formidable es verdaderamente impresionante. Ella misma se admiraba.

Antes, «en todo hallaba motivo de sufrimiento. Exactamente todo lo contrario de lo que me pasa *ahora*, pues Dios me ha concedido la gracia de no apenarme por ninguna cosa pasajera. Cuando me acuerdo del tiempo pasado, mi gratitud se desborda en mi alma, viendo los favores que he recibido del cielo. Se ha operado en mí tal cambio, que ni yo misma me reconozco» (A43r).

Por obra del Espíritu Santo se ha producido este cambio, al modo humano de las virtudes, primero, y por el don de fortaleza finalmente, ya de modo perfecto. Ella misma lo entiende así, y refiere con detalle cuándo exactamente y cómo el Espíritu divino despertó en ella para siempre el don de la fortaleza:

«Era necesario que Dios obrase un pequeño milagro para hacerme crecer en un momento. Y el milagro lo realizó el día inolvidable de Navidad ... La noche en que Él se hace débil y doliente por mi amor, *me hizo a mí fuerte y valerosa*; me vistió de sus armas. Desde aquella noche bendita nunca más fui vencida en ningún combate. Por el contrario, marché de victoria en victoria ... Se secó entonces la fuente de mis lágrimas... Fue el 25 de diciembre de 1886 [a los trece años de edad] cuando se me concedió la gracia de *salir de mi infancia*; en otra palabras, la gracia de *mi total conversión*... Teresa ya no era la misma; Jesús había cambiado su corazón» (A44v-45r).

Por otra parte, es preciso señalar que la fortaleza sobrehumana de Santa Teresita nace fundamentalmente de su amor a Cristo crucificado. Ya en la primera comunión, el Espíritu Santo le inspira un gran amor al sufrimiento, y le lleva a hacer suya aquella petición de la *Imitación de Cristo*: «¡oh Jesús, dulzura inefable, cámbiame en amargura todos los consuelos de la tierra!». Y esto lo realiza ella más en forma donal que virtuosa:

«Esta oración brotaba de mis labios sin el menor esfuerzo y sin dificultad alguna. Me parecía repetirla no por propia voluntad, sino como una niña que repite las palabras que le inspira un amigo» (A36rv).

Ya en el Carmelo, crece más y más su fortaleza en el Espíritu, aumentado así su deseo y su capacidad de participar en la cruz de Cristo. En el *Proceso ordinario* para la beatificación de Teresa, su hermana Sor Genoveva, al considerar la virtud de la fortaleza, habla largamente de la fortaleza espiritual de la Sierva de Dios:

«En ninguna ocasión se proporcionó a sí misma alivios o ayudas fuera de los que le ofrecían espontáneamente, sin adelantarse ella a pedirlos... Desde muy pequeña había adquirido la costumbre de no desperdiciar las pequeñas ocasiones de mortificarse... Y en el Carmelo, sus hábitos de mortificación se extendieron a todas las cosas. Noté que nunca preguntaba noticias... En el refectorio, aceptaba sin quejarse jamás que le sirvieran las sobras de la comida. Nunca apoyaba la espalda, no cruzaba los pies, siempre se mantenía derecha... No admitía nada que se pareciera a comodidad y desenvoltura mundanas. A menos que una gran necesidad lo exigiese, no se enjugaba el sudor, porque decía que hacerlo era señal de que se tenía demasiado calor y una manera de hacerlo saber...

«A propósito de los instrumentos de penitencia... me dijo: “juzgo que no vale la pena hacer las cosas a medias. Yo tomo la disciplina para hacerme daño, y deseo hacerme el mayor daño posible”... Durante el invierno, a pesar de los numerosos sabañones que le hinchaban considerablemente las manos, rara vez la vi mantenerlas ocultas» para protegerlas del frío.

El espíritu de fortaleza, sin embargo, se manifestó en ella sobre todo soportando inmensas penas interiores. En el mismo *Proceso*, el P. Godofredo Madelaine, abad premonstratense que tuvo con la santa relación de conciencia, subraya «el verdadero martirio» que, sobre todo en algunas épocas, pasó Teresa a causa de los escrúpulos, las dudas de fe y las *Noches* del sentido y del espíritu:

«Sufrió además un *martirio de amor*, que me siento incapaz de describir, pero en cuyo contexto la sola idea de ofender a Dios le causaba indecible tormento [don de temor]. Y a todas estas pruebas se añadía un *estado habitual de aridez y desamparo interior*. Pues bien, lo que siempre me pareció extremadamente notable fue su fortaleza de ánimo para soportar todas estas penas [don de fortaleza]. Su alegría, su buen humor, su amabilidad para con todos eran tan constantes que, en

la comunidad, nadie sospechaba lo mucho que sufría».

La débil Teresita, por el amor al Crucificado, por su deseo de participar más en la obra de la Redención, ha venido a ser la mujer fuerte: «Jesús me hizo comprender que quería darme las almas por medio de la cruz. Y así mi anhelo de sufrir creció en la medida que aumentaba el sufrimiento» (A69v). Ahora, según lo había pedido en su primera comunión, «mi consuelo es no tenerlo en la tierra» (B1r). La invencible fortaleza de Teresita es la Cruz de Cristo.

Poco antes de morir, escribe en algunas cartas: «El sufrimiento unido al amor es lo único que me parece deseable en este valle de lágrimas» (Cta. 253: 13-II-1897). «Desde hace mucho tiempo, el sufrimiento se ha convertido en mi cielo aquí en la tierra» (254: 14-VII-1897). «He encontrado la felicidad y la alegría aquí en la tierra, pero únicamente en el sufrimiento, pues he sufrido mucho aquí abajo. Habrá que hacerlo saber a las almas... Desde mi primera comunión, cuando pedí a Jesús que *me cambiara en amargura todas las alegrías de la tierra*, he tenido un deseo continuo de sufrir. Pero no pensaba cifrar en ello mi alegría. Ésta es una gracia que no se me concedió hasta más tarde» (*Últimas conversaciones* 31-VII-1897,13).

Y el mismo día de su muerte: «Todo lo que he escrito sobre mis deseos de sufrir es una gran verdad... Y no me arrepiento de haberme entregado al Amor» (ib. 30-IX-1897).

Disposición receptiva

El don de fortaleza ha de ser *pedido* al Espíritu Santo, y ha de ser también *procurado* especialmente por virtudes y ejercicios espirituales como éstos:

1. *Amar a Jesús crucificado*, y querer tomar parte en su Cruz, para completar «lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

2. *Aceptar con sumo cuidado todas y cada una de las penas de la vida*, tengan origen bueno o malo, digno o indigno:

«Dadme muerte, dadme vida, dad salud o enfermedad, honra o deshonor me dad, dadme guerra o paz cumplida, flaqueza o fuerza a mi vida, que a todo diré que sí. ¿Qué queréis hacer de mí?» (Sta. Teresa, *Poesías*).

3. *Procurarse penalidades* para la mortificación del cuerpo y del espíritu.

4. *Nunca quejarse de nada*. El santo Cura de Ars lo tenía muy claro: «un buen cristiano no se queja jamás». Es decir, se prohíbe terminantemente la queja-protesta, aunque se permita moderadamente la queja-llanto, como también se la permitió el mismo Cristo, (+Jn 11,33-35).

5. *Obedecer con toda fidelidad*. Muchas cosas, aparentemente imposibles, que no se harían por iniciativa propia, pueden hacerse por obediencia cuando son mandadas. Así se lo dice el Señor a Santa Teresa de Jesús: «hija, la obediencia da fuerzas» (*Fundaciones*, prólg. 2).

3

El don de piedad

Sagrada Escritura

Cuando San Pablo describe a los hombres adámicos, carnales y mundanos, emplea más de veinte calificativos muy severos, y entre ellos «rebeldes a los padres, insensatos, desleales, desamorados, *despiadados*» (Rm 1,30-31). Efectivamente, «la dureza de corazón» hace despiadados a los hombres que no han sido renovados en Cristo por el Espíritu Santo. Éstos son capaces de ver con absoluta frialdad innumerables males –si es que alcanzan a *verlos*–, tanto en las personas más próximas, como en el mundo en general, abortos y divorcios, guerras e injusticias, olvido de Dios, imperio de la mentira, etc. Y en tanto estos males no les hieran directamente a ellos, se mantienen indiferentes. No tienen piedad.

Por el contrario, el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, nos hace ver a Dios como *Padre*, a nosotros mismos como *hijos* suyos, y a los hombres como *hermanos*:

«Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús... No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3,26.28).

Este sentimiento de filiación divina y de hermandad cristiana, que se manifiesta con gran fuerza en los Evangelios y en los escritos apostólicos, se expresó en latín con el término *pietas*, una virtud, derivada de la virtud cardinal de la justicia, por la que el hombre reverencia a Dios con devoción y filial afecto, y extiende ese reverencial amor no sólo a padres y superiores, sino también a los hermanos e iguales, e incluso a los inferiores, a todas las *hermanas* criaturas.

Hemos sido predestinados por el Padre «a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que éste sea el Primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29; +Ef 1,5). Y así se crea una familia grandiosa: «un solo Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos» (Ef 4,5-6).

Por la comunicación del Espíritu Santo hemos sido hechos «familiares de Dios» (Ef 2,19), se ha realizado algo que podría parecer increíble. En efecto, por el Espíritu de adopción filial nos atrevemos a decirle a Dios –*audemus dicere*– «“*Abba*, Padre”. Y el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que *somos* hijos de Dios» (Rm 8,15-16; +1Jn 3,1). Ésa es la verdad: «El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo... y nos hizo gratos en su Amado» (Ef 1,1-6)

Queda, pues, ahora que vivamos consecuentemente nuestra *nueva condición filial*, y que seamos «imitadores de Dios, como hijos suyos queridos» (Ef 5,1). Esta piedad filial nos hará vivir abandonados con toda confianza en la providencia de nuestro Padre: Él conoce nuestras necesidades, y cuida de nosotros con especial solicitud paternal. No debemos, pues, inquietarnos por nada, sien-

do nuestro Padre un Dios bueno, providente y omnipotente (+Mt 6,25-34). La conciencia de nuestra filiación divina, pase lo que pase, debe guardar nuestro corazón en una paz confiada y perfecta.

Y queda también que vivamos de verdad la *nueva fraternidad*, como la vivía, por ejemplo, San Pablo: «hermanos míos queridísimos, mi alegría y mi corona» (Flp 4,1). Esta nueva piedad fraternal nos llevará a ver a nuestros prójimos como a verdaderos hermanos, y si además son cristianos, los veremos aún más como hermanos en la sangre de Cristo, esto es, en la vida nueva de la gracia. Por eso «hagamos bien a todos, pero especialmente a los hermanos en la fe» (Gál 6,10).

Especialmente a «los hermanos en la fe», es decir, a los cristianos que, como nosotros, están viviendo en Cristo. Los Padres antiguos no prodigaban fácilmente el nombre de *hermanos* –como hoy se hace con frecuencia–, sino que lo reservaban a los hermanos en la fe. Es verdad que todos los hombres somos hermanos, en cuanto que todos hemos sido creados por un mismo Dios Creador. Pero San Agustín, por ejemplo, dice: a los paganos «no les llamamos *hermanos*, de acuerdo con las Escrituras y con la costumbre eclesial», ni tampoco a los judíos: «leed al Apóstol, y os daréis cuenta de que cuando él dice *hermanos*, sin añadir nada más, se refiere a los cristianos» (CCL 38,272).

Pues bien, la piedad fraternal debe a los hermanos cristianos un especial amor y servicio. La *koinonía* primitiva de Jerusalén, por ejemplo, nace de la virtud y del don espiritual de esa nueva *piedad* familiar –bienes en común, un solo corazón y una sola alma (Hch 2,42; 4,32-34), como un solo Dios, un solo Señor, una sola fe–, y se produce entre los cristianos, no entre todos los habitantes de la ciudad.

Teología

El don de piedad es un espíritu, un hábito sobrenatural que, por obra del Espíritu Santo, de un modo divino, enciende en nuestra voluntad el amor al Padre y el afecto a los hombres, especialmente a los cristianos, y a todas las criaturas (+*STh* II-II,121).

La piedad, el tercero de los dones del Espíritu Santo en la escala ascendente, perfecciona de modo sobrehumano el ejercicio de la virtud de *la justicia* y de todas las virtudes derivadas de ella, muy especialmente las virtudes de *la religión* y de *la piedad*. La religión da culto a Dios como a Señor y Creador, pero el don de piedad se lo ofrece como a Padre, y en éste sentido es aún más precioso que la virtud de la religión (II-II,121, 1 *ad2m*).

El vicio contrario al don de piedad es la dureza de corazón, que procede de un desordenado amor a sí mismo. El don de piedad, por el contrario, perfecciona el ejercicio de la caridad, y sacando al hombre de la cárcel de su propio egoísmo, lo orienta continuamente hacia Dios y hacia los hermanos con un amor y una solicitud que tienen modo divino y perfección sobrehumana.

Por otra parte, como observa el Padre Lallemand, «la piedad tiene una gran extensión en el ejercicio de la justicia cristiana:

«se prolonga no solamente hacia Dios, sino a todo lo que se relacione con Él, como la Sagrada Escritura, que contiene su palabra, los bienaventurados, que lo poseen en la gloria, las almas que sufren en el purgatorio y los hombres que viven en la tierra... Da espíritu de hijo para con los superiores, espíritu de padre para con los inferiores, espíritu de hermano para con los iguales, entrañas de compasión para con los que tienen necesidades y penas, y una tierna inclinación para socorrer-

los... Es también lo que hace afligirse con los afligidos, llorar con los que lloran, alegrarse con los que están contentos, soportar sin aspereza las debilidades de los enfermos y las faltas de los imperfectos; y lleva, en fin, a hacerse todo para todos» (*Doctrina espiritual* IV,4,5).

El don de piedad, por obra del Espíritu Santo, perfecciona, pues, en modo sobrehumano el ejercicio de muchas virtudes, especialmente de la justicia y de la caridad: nos lleva a sentirnos verdaderamente hijos de Dios, nos hace celosos para promover su gloria, nos inclina a la benignidad con los hermanos, a la fraternidad, a la paciencia, a la castidad, al perdón de las ofensas, y a una servicialidad gratuita y sin límites.

Santos

Los santos, por el don de piedad, viven con intensidad sobrehumana la Comunión de los Santos. Gozan, pues, de su comunión profunda con la santísima Trinidad y con los bienaventurados, bien conscientes de que son «ciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2,19). Y también, por el mismo don del Espíritu Santo, viven su fraternidad con todos los miembros de la Iglesia de la tierra y del purgatorio, así como su solidaridad con todos los hombres. Más aún, todo el mundo visible es para ellos Casa de Dios, y estando, como están, tan unidos al Creador, se sienten profundamente unidos a todas las criaturas, que en Dios tienen su ser y su fuerza, su belleza y su obrar.

Por el don de piedad, por ejemplo, vive San Francisco de Asís profundamente *la fraternidad con todas las criaturas*: con el hermano Sol, con la hermana luna, con el hermano fuego, con nuestra hermana madre tierra (*sora nostra matre terra*) (*Cántico de las criaturas*). También en Santa Catalina de Siena, por el don de piedad, hallamos preciosas expresiones de su vivencia fraternal con toda criatura de Dios. El Señor le dice al corazón:

«Todo está hecho por mi bondad y puesto al servicio del hombre, de manera que a cualquier parte que se vuelva, en cuanto a lo temporal o a lo espiritual, no halla más que el fuego y el abismo de mi caridad con máxima, dulce, verdadera y perfecta providencia» (*Diálogo* IV,7,151). Ese mismo don espiritual de piedad enciende el corazón de Santa Teresa de Jesús, pue, como ella confiesa, viendo «campo o agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Creador, digo que me despertaban y recogían y servían de libro» (*Vida* 9,5). Y lo mismo le sucedía a San Juan de la Cruz (*2 Subida* 5,3).

Esa piadosa fraternidad con las criaturas se hace en los santos aún más profunda, por supuesto, respecto de los seres humanos. San Francisco de Asís, por ejemplo, siente y expresa *esa fraternidad cristiana* con acentos particularmente conmovedores. Es de notar con qué dulzura la expresa, unos años antes de morir, en su *Carta a toda la Orden*: «mis benditos hermanos..., señores hijos y hermanos míos..., todos mis hermanos sacerdotes», etc. Y si todos los hombres son para él un don de Dios, sus frailes, sus *prójimos*, lo son de un modo especial: «después que el Señor me dio hermanos»... (*Testamento* 14).

De Santa Teresita refiere una de sus hermanas del Carmelo, Sor María de la Trinidad: «llamaba a los pecadores “sus hijos”, y se tomaba muy en serio el título de “madre”, respecto de ellos» (*Proceso ordinario*). Ella estaba, como San Pablo, queriendo *engendrarlos* a la vida en Cristo por el Evangelio, y sufría por ellos, con oración y penitencias, dolores como de parto (+1Cor 4,15).

Por otra parte, esa amorosa fraternidad cristiana, como lo recuerda San Francisco, procede evidentemente del Padre celestial: «todos vosotros sois hermanos, y entre

vosotros no llaméis a nadie padre sobre la tierra, pues uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt 23,9: +I Regla 22,35). Es el mismo sentimiento de San Pablo, cuando escribe: «yo doblo mis rodillas ante el Padre, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra» (Ef 3,14-15).

El don de piedad lleva a perfección *el abandono confiado en la providencia amorosa del Padre*. Si nuestra más profunda identidad es la de *hijos* de Dios, porque él ha querido hacerse *Padre* nuestro, y si nuestro Padre es bueno y omnipotente, y conoce nuestras necesidades, ¿qué lugar puede quedar para la inquietud en el corazón cristiano? A Él se eleva la oración filial de Santa Teresa:

«Padre nuestro que estás en los cielos... ¡Oh Hijo de Dios y Señor mío!, ¿cómo dais tanto junto a la primera palabra [del *paternóster*]?... Le obligáis a que la cumpla, que no es pequeña carga; pues en siendo Padre, nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a Él, como el hijo pródigo, nos ha de perdonar, nos ha de consolar en nuestros trabajos, nos ha de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo» (Camino Vall. 27,1-2).

La oración cristiana, en efecto, está llena de piedad filial y se dirige principalmente *al Padre celeste*. Así nos lo enseñó nuestro Maestro: «cuando oréis, decid: Padre» (Lc 11,2). Cristo «nos enseñó a dirigir la oración a la persona del Padre» (Sto. Tomás, *In IV Sent.* dist.15,q.4, a.5,q.3, *ad1m*). Ésa es la norma de la tradición, constantemente observada por la liturgia católica, que eleva siempre sus oraciones a Dios Padre, por Jesucristo, su Hijo, que con él vive y reina en la unidad del Espíritu Santo.

Un buen ejemplo del don de piedad filial lo hallamos en las oraciones contemplativas de Santa Catalina de Siena, que normalmente eleva sus oraciones al Padre, uniendo siempre a Él maravillosamente al Hijo y al Espíritu. Éste suele ser el modo de sus oraciones:

«Porque sabes, quieres y puedes, apelo a tu poder, Padre eterno; a la sabiduría de tu Hijo unigénito, por su preciosa sangre, y a la clemencia del Espíritu Santo, fuego y abismo de caridad, que tuvo a tu Hijo cosido y clavado en la cruz, para que hagas misericordia al mundo y le des el calor de la caridad con paz y unión en la santa Iglesia. No quiero que tardes más. Te ruego que tu infinita bondad te obligue a no cerrar los ojos de tu misericordia.... Jesús dulce, Jesús amor» (Orac. 24; Rocca de Tentennano 28-X-1378).

Disposición receptiva

Pidamos siempre al Padre el espíritu filial y fraternal, y pidámosle que nos lo infunda por el don de piedad, propio del Espíritu de Jesús. Pero al mismo tiempo dispongámonos a recibir ese don con estas virtudes y prácticas:

1. *Venerar al Creador*, contemplar su grandeza en el mundo visible, considerando a éste como Casa de Dios. Tratar con respeto todas las criaturas que el Padre ha puesto en el mundo a nuestro servicio. Ya nos dijo el Apóstol: «todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1Cor 3,23).

2. *Dirigir muchas veces nuestra oración al Padre celestial*, por Jesucristo, bajo el influjo del Espíritu Santo, que orando en nosotros, dice: *Abba, Padre*.

3. *Meditar en nuestra condición de hijos de Dios y hermanos en Cristo*.

4. *Confiar en la providencia de nuestro Padre* en todas las vicisitudes de nuestra vida, combatiendo toda preocupación por un abandono confiado en su amor misericordioso (+Mt 6,25-34)

5. *Tratar al prójimo como hermano*, ejercitando siempre con él la benignidad, la paciencia, la compasión, el perdón, la servicialidad, la comunicación de bienes.

4

El don de consejo

Los lugares de la Biblia, que ahora referiremos al don de *consejo*, son aplicables en buena medida también a los dones de *ciencia, entendimiento y sabiduría*. Todos ellos son dones intelectuales, por los que el Espíritu Santo comunica al entendimiento de los fieles una lucidez sobrenatural de modalidad divina. Cuando la sagrada Escritura habla en hebreo o en griego de la sabiduría de los hombres espirituales no usa, por supuesto, términos claramente identificables con cada uno de estos cuatro dones.

Sagrada Escritura

Dice el Señor por Isaías: «*no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos*» (55,8). En efecto, la lógica del Logos divino supera de tal modo la lógica prudencial del hombre que a éste le parece aquella «escándalo y locura», y sólo para el hombre iluminado por el Espíritu es «fuerza y sabiduría de Dios» (1Cor 1,23-24).

¿Quién, por muy limpio de corazón que fuese, podría estimar la Cruz como un *medio prudente* para realizar la revelación plena del amor de Dios y para causar la total redención del hombre?... ¿Quién alcanzaría a considerar *actos prudentes* ciertas conductas de Jesús en su ministerio público?... Hasta sus mismos parientes pensaban a veces: «está trastornado» (Mc 3,21).

Es cierto: como la tierra dista del cielo, así se ve excedida la prudencia del hombre por la sublimidad de los consejos de Dios, «cuya inteligencia es inescrutable» (Is 40,28). En Cristo, lógicamente, se manifiesta esta distancia en toda su verdad. Todo el misterio de redención que Él va desplegando por su palabra, por sus actos, y especialmente por su Cruz, son para judíos y gentiles un verdadero absurdo; y únicamente son fuerza y sabiduría de Dios para «los llamados» (1Cor 1,23-24). Sí, realmente «eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios» (1,27).

«¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!... Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O ¿quién fue su consejero?» (Rm 11,31-32); «¿quién conoció la mente del Señor para instruirle?» (1Cor 2,16)... Y por tanto, «¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios?» (Rm 9,20).

Siendo, pues, tan inmensa la distancia entre el pensamiento de Dios y el de los hombres, se comprende bien que en las páginas antiguas de la Biblia, especialmente en los libros sapienciales y en los salmos, se hallen *innumerables elogios del don de consejo*, que hace captar

con prontitud y certeza los misteriosos designios divinos, en sus aspectos más concretos. Por eso en la Escritura la fisonomía del hombre santo, grato a Dios, es la del hombre lleno de discernimiento y de prudencia, mientras que la figura del pecador es la del hombre necio e insensato:

«El buen juicio es fuente de vida para el que lo posee, pero la necedad es el castigo de los necios» (Prov 16,22; +8,12; 19,8). «El que se extravía del camino de la prudencia habitará en la Asamblea de las Sombras» (21,16).

Por tanto, el buen juicio, que permite orientar la propia vida por el misterioso camino de Dios, sin desvío ni engaño alguno, ha de ser buscado como un bien supremo. Y así el padre aconseja al hijo: «sigue el consejo de los prudentes y no desprecies ningún buen consejo» (Tob 4,18). «Escucha el consejo y acepta la corrección, y llegarás finalmente a ser sabio» (Prov 19,20).

El buen consejo ha de ser pedido a Dios humildemente. Si, como hemos visto, es tal la distancia entre los pensamientos y caminos de Dios y los pensamientos y caminos de los hombres, sólo como *don de Dios* será posible al hombre el buen consejo; es decir, sólo por la oración de súplica y por la docilidad incondicional al Espíritu divino conseguirá el hombre el buen juicio siempre y en todas las cosas:

«No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo [humanos que valgan] delante del Señor» (Prov 21,30). «Suyo es el consejo, cuya la prudencia» (Job 12,13). Por tanto, supliquemos incesantemente: Señor, «envía tu luz y tu verdad, que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada» (Sal 43,3). Señor, «yo siempre estaré contigo, tú has tomado mi mano derecha, me guías según tus planes, y me llevas a un destino glorioso» (73,23-24). Me guías muchas veces, eso sí, por caminos que ignoro, pues, como dice San Juan de la Cruz, «para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes».

El buen consejo ha de ser buscado en la Palabra divina: «lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 118,105); y también en el discernimiento de *los varones prudentes*. El Señor, por ejemplo, quiso mostrar su designio a Pablo por medio de Ananías (Hch 9,1-6); y lo mismo en tantos otros casos.

El buen consejo es imposible si los ojos del corazón están sucios por el pecado: «si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras» (Mt 6,22-23). Será, pues, el fuego del Espíritu Santo el que purifique y quemé toda escoria en nuestros corazones, y el que los ilumine plenamente con la luz del consejo divino. Sólo así, por el don espiritual de consejo, podremos ser «prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mt 10,16).

El don de consejo, el discernimiento de espíritus, que tanto importa para la conducción de uno mismo, es particularmente importante para *el gobierno pastoral y para la dirección espiritual de otros*. Y así aparece aludido ya en los primeros escritos apostólicos.

«Pido [a Dios] que vuestra caridad crezca más y más en conocimiento y en toda discreción (*aísthesis*), para que sepáis discernir lo mejor y seáis puros e irreprochables en el Día de Cristo» (Flp 1,9-10). «Amadísimos, no creáis a cualquier espíritu, sino examinad los espíritus, para saber si proceden de Dios» (1Jn 4,1). Muy pronto el tema adquiere desarrollo en la doctrina espiritual, y así en el siglo II el *Pastor de Hermas* dedica una considerable atención al discernimiento de los espíritus (*Mandamiento VI; XI,7*).

Teología

El don de consejo es un hábito sobrenatural por el que la persona, por obra del Espíritu Santo, intuye en las diversas circunstancias de la vida, con prontitud y seguridad sobrehumanas, lo que es voluntad de Dios, es decir, lo que conviene hacer en orden al fin sobrenatural.

Entre los vicios opuestos al don de consejo se dan, por defecto, *la precipitación*, la prisa, la impulsividad, que llevan a hacer algo sin pensarlo suficientemente, es decir, sin consultarlo con Dios y sin aconsejarse del prójimo; y *la temeridad*, nacida de la autosuficiencia y de la presunción. Por exceso se le opone *la excesiva lentitud*, perezosa o cavilosa en un temor indebido, pues hay acciones que si se demoran en exceso, dejan pasar ocasiones favorables, y llegan a hacerse en su tardanza imprudentes o simplemente imposibles.

Ya sabemos que sólo en los dones hallan la perfección las virtudes. Pero esta verdad parece manifestarse con especial evidencia por lo que se refiere a la *necesidad del don de consejo* para que la virtud de la prudencia pueda llegar a su perfección.

Sin el don de consejo ¿cómo podrá el hombre, con la rapidez tantas veces exigida por las circunstancias, a veces muy complejas, conocer con seguridad la voluntad divina, sabiendo distinguirla de sus propias inclinaciones intelectuales o temperamentales?

El hombre fuertemente inclinado al estudio y escasamente dotado para las relaciones sociales ¿podrá dedicar a las personas concretas la atención debida, si el Espíritu Santo no le asiste con el don de consejo para hacerle *ver* y para hacerle *realizar* en eso la exacta voluntad de Dios? Y al contrario; el hombre fuertemente inclinado al trato social y escasamente afecto al estudio ¿podrá dedicar al estudio lo que realmente es debido, según el plan de Dios, según la verdad de sus posibilidades personales, si no cuenta habitualmente con el don de consejo? No parece posible.

Sin la asistencia asidua del don de consejo, no podrá ser perfecta la prudencia del cristiano, por buena que sea su intención. La virtud de la prudencia *juzga laboriosamente a la luz de la fe* lo que en cada momento conviene hacer, teniendo en cuenta cien datos y complejas circunstancias. Pero tantas veces, aunque sea de forma inculpable, su discernimiento prudencial se ve condicionado por el temperamento propio, por informaciones lentas o inexactas acerca de las circunstancias, y es en todo caso discursivo y lento.

Por el contrario, la persona, por el don de consejo, iluminada y movida inmediatamente por el Espíritu Santo, *intuye* en cada caso lo que conviene, con rápido y seguro discernimiento, con toda facilidad. Y entonces, la substancia de su acto procede de la virtud operativa de la prudencia, es cierto; pero la manera de su ejercicio es ya al modo divino por el don de consejo.

Pensemos en tantas decisiones concretas que, con frecuencia, han de ser tomadas en el mismo curso de los acontecimientos, y que pueden tener consecuencias graves. Discute un padre con su hija a qué hora debe regresar ella de la fiesta, y no se ponen de acuerdo. Sin el don de consejo, ¿cómo podrá discernir el padre si conviene entonces a su hija una severidad exigente, que le conforte en el bien, o si es más prudente una benignidad comprensiva, que más tarde le permita, en cambio, exigirle más en otras cuestiones más importantes?

Pensemos en la confesión o en la dirección espiritual. Muchas veces el sacerdote se ve en la necesidad de ejercitar discernimientos, sobre cuestiones de no poca gravedad, con toda rapidez. Dejar la acción en suspenso puede ser a veces prudente, pero en otras ocasiones puede ser imprudente callar

o no actuar. Y en esos discernimientos y consejos improvisados, ¿cómo será posible neutralizar completamente las inclinaciones personales del carácter o del estado de ánimo circunstancial?...

Necesitamos absolutamente el don precioso del consejo para la perfección espiritual. Sólo así podrá el cristiano, en su propia vocación y ministerio, ser perfectamente prudente siempre y en todo lugar.

Conviene señalar aquí que, con frecuencia, en los cristianos que tienen autoridad –padres, profesores, obispos, párrocos, priores– *se da una falsa conciencia de infalibilidad*. Tienen éstos muchas veces una falsa fe en «la gracia de estado». No tienen temor de sí mismos, ni imploran continuamente al Espíritu, pidiéndole por pura gracia el don de consejo para hacer el bien a los otros o, al menos, para hacerles el menor daño posible. Parecen ignorar, al menos de hecho, que no pocos padres, párrocos, abades, obispos o profesores han causado verdaderos desastres en las comunidades cristianas que el Señor les había confiado. Basta abrir los ojos y mirar la historia o el presente.

Santa Catalina de Siena, por ejemplo, afirma con seguridad y apasionamiento: «de todos estos males y de otros muchos son culpables [principales] los prelados, porque no tuvieron los ojos sobre sus súbditos, sino que les daban amplia libertad o ellos mismos los empujaban, haciendo como quien no ve sus miserias» (*Diálogo* III,2,125). Es cierto, sí, que las autoridades tienen gracia de estado para servir prudentemente al bien común; pero es gracia quiere moverles ante todo a verse a sí mismos con toda humildad, a saberse capaces de grandes atrocidades por acción o por omisión, a dejarse aconsejar por los buenos, y a pedir a Dios siempre el don de consejo para hacer el bien y no causar daños.

Notemos, por otra parte, que basta con que la prudencia no sea perfecta para que la persona, por acción o por omisión, cause en sí misma o en otros –aunque sea involuntariamente– no pequeños males. Los ejemplos ilustrativos podrían multiplicarse indefinidamente.

La imperfección de la prudencia, por ejemplo, aunque ésta sea auténtica y genuina, puede demorar indefinidamente la decisión de un hombre profundamente tímido, llevándole así, contra su voluntad, a situaciones objetivamente imprudentes, gravemente perjudiciales para él y para los otros. Pero ¿cómo podrá esa persona superar la imperfección de su prudencia sin el don de consejo?

Normalmente, las circunstancias de la vida y de las personas son con frecuencia muy complejas, y la necesidad del don de consejo resulta muy patente. Pero esto es así más aún cuando se dan *situaciones en que el orden de la naturaleza y de la gracia se ve profundamente trastocado*, incluso dentro de una Iglesia local: está de moda en ese lugar tal error, y abundan los prejuicios, humanamente insuperables, contra la verdad contraria; se trata allí con severidad a los buenos y con suma suavidad a los malos; se respira una cultura de rebeldía, alérgica a la obediencia de las autoridades legítimas, etc.. Ahí, en esa situación concreta tan lamentable, se ve claramente que sin el auxilio habitual y sobrehumano del Espíritu Santo, es decir, sin el don de consejo, es imposible al cristiano discernir siempre y en todo lugar lo que Dios quiere, lo que conviene, si sólo cuenta con la virtud de la prudencia, ejercitada discursiva y laboriosamente al modo humano.

Santos

San José. El Evangelio asegura que José es un varón «justo», lo que significa que abunda en él la sabiduría y la

prudencia. Y sin embargo, después de mucho pensar y orar, viendo a María encinta, «*toma la decisión* de repudiarla en secreto». He aquí un hombre de altísima santidad que, tras muchas reflexiones y oraciones, está a punto de cometer un gran horror: «repudiar a su esposa María» (!), es decir, alejar de sí a Jesús y a su santa Madre Virgen. Pues bien, es sólo la acción del Espíritu Santo la que, por mediación de un ángel mensajero, endereza la conducta de José por el camino luminoso de la verdad de Dios (Mt 1,18-25).

Jesús. ¿Cómo pudo el alma de Cristo considerar *prudente* la aceptación de la cruz –esa síntesis siniestra de injusticia, absurdo e ignominia– sin la acción del Espíritu por el don de consejo? ¿Cómo sin el don de consejo hubiera podido discernir en la horrible cruz el designio del Padre amado? Es por la docilidad al Espíritu divino, ya lo vimos, como Cristo conoce y avanza a la extrema obediencia sacrificial de la cruz.

Desde muy antiguo en la historia de la Iglesia, concretamente ya en el monacato primitivo, se codifica por primera la doctrina del *discernimiento de espíritus* en orden a la perfección evangélica. Como reacción, quizá, a ciertos excesos procedentes del entusiasmo y de la ignorancia, *la discreción de espíritus (diá-krisis)* viene a ser considerada con suma veneración, y se entiende que es propia del monje espiritual y perfecto. Por eso las reglas para el discernimiento de espíritus son formuladas ya con gran exactitud por los primeros maestros monásticos.

Orígenes (+253) trata largamente del tema en su obra *De principiis*. En la *Vida de San Antonio*, escrita por San Atanasio (+273), el Padre de los monjes considera que «son necesarias la oración continua y la ascesis para recibir, por obra del Espíritu, el don del discernimiento de espíritus» (22,3). «Si Dios lo concede [por don del Espíritu], es fácil y posible distinguir la presencia de los malos espíritus y de los buenos» (35,3). Ya Antonio da claramente las señales positivas del discernimiento espiritual –paz, gozo, alegría, etc.– y las negativas –ruido, inquietud, perturbación, etc.– (35-36). Son las mismas señales que, en el siglo V, enseñarán los grandes maestros espirituales, como Diadoco de Fótice o Juan Casiano (*Collationes*, ocho últimos cap. de I parte y toda la II), las mismas que mucho después da San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios* (169-189, 313-336, 346-370).

Conviene señalar, por último, que el Espíritu Santo actúa el don de consejo *muchas veces con la mediación de varones prudentes*, padres, superiores, confesores, directores espirituales, familiares, amigos buenos; pero *algunas veces lo hace sin apenas mediación alguna*.

Lo primero nos muestra que no ha de verse contrariedad alguna entre el impulso *exterior* de los superiores y la *íntima* moción del Espíritu Santo, que obra al modo divino por ciertas gracias actuales y por el don habitual de consejo.

Suele recordarse en esto el ejemplo de Santa Teresa de Jesús, que, habiendo recibido tantas y tan altísimas luces del Señor, sometía sus asuntos más íntimos y personales a los confesores, y en caso de conflicto, se atenía más a ellos que a sus luces interiores: «Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor a decir que le obedeciese. Después su Majestad le volvía para que me lo tornase a mandar» (*Vida* 26,5). Y si algún confesor le mandaba a Teresa hacer burla injuriosa de las pretendidas apariciones del Señor, Él mismo le mandaba que obedeciera sin dudarlo: «me decía que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que Él haría que entendiese la verdad» (29,6). Por eso en adelante, cuando el Señor le mandaba algo, primero lo consultaba al confesor, sin decirle que el Señor se lo había mandado, y sólo actuaba si el confe-

sor lo aprobaba. Era ésta su norma en todo, también en los negocios exteriores, pues, como confiesa, «no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados» (36,5).

Pero veamos, por el otro lado, un ejemplo de cómo algunas veces el Espíritu Santo actúa sus más preciosos dones sin mediación humana. Santa Teresita del Niño Jesús, por ejemplo, no recibe apenas dirección espiritual, y sin embargo, sabe conducirse a sí misma y, como buena maestra de novicias, sabe conducir a otras. Lo uno y lo otro, desde luego, «por obra del Espíritu Santo».

Ella es muy joven, y no tiene ni experiencia, ni muchos estudios. Y es que, como ella misma declara, «*Jesús no quiere darme nunca provisiones*. Me alimenta instante por instante con un manjar recién hecho. Lo encuentro en mí sin saber cómo ni de dónde viene. Creo, sencillamente, que es Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobrecito corazón, quien obra en mí, dándome a entender en cada momento *lo que quiere que yo haga*» (A76r). Está claro: obra en ella el Espíritu Santo, por el don de consejo: «Nunca le oigo hablar, pero sé que está dentro de mí. Me guía y me inspira en cada instante *lo que debo decir o hacer*. Justamente en el momento que las necesito [no antes: no hay *provisiones*], me hallo en posesión de luces de cuya existencia ni siquiera habría sospechado. Y no es precisamente en la oración donde se me comunican abundantemente tales ilustraciones; las más de las veces es en medio de las ocupaciones del día» (A83v).

Cuando le confían el cuidado de las novicias, inmediatamente comprende y declara: «la tarea era superior a mis fuerzas» (A20r;). Pero le pide al Señor qué él le vaya dando lo que ella debe dar a estas hermanas suyas pequeñas (A22r-v). Desde entonces, dice, «nada escapa a mis ojos. Muchas veces yo misma me sorprendo de ver tan claro» (23r). En una ocasión, una hermana que sonreía, aunque estaba angustiada, se ve descubierta por su santa Maestra, y queda asombrada de ello tanto la novicia como la Maestra: «Estaba yo segura de no poseer el don de leer en las almas, y por eso me sorprendía más haber dado tanto en el clavo. Sentí que Dios estaba allí muy cerca y que, sin darme cuenta, había dicho yo, como un niño, palabras que no provenían de mí sino de él» (26r).

El don de consejo, como es obvio, sirve para orientar con sobrehumana prudencia sea *la conducta propia o la de aquellos otros* que están confiados a nuestra dirección. La virtud de la prudencia halla así en el don de consejo una atmósfera, un modo divino, que permite al cristiano discernir la verdad y el bien, por obra del Espíritu Santo, siempre y en todo lugar, con toda seguridad y rapidez, con una certeza de modalidad divina.

Disposición receptiva

El don de consejo se *pide* al Espíritu Santo, que es el único que puede darlo; pero también se *procura*, especialmente por estas prácticas y virtudes:

1. *La oración continua*. El que vive en la presencia de Dios es el único que puede pensar, discernir, hablar y obrar siempre desde Él, sean cuales fueren las circunstancias.

2. *La abnegación* absoluta de apegos desordenados en juicio, conductas, relaciones, actitudes. Los apegos consentidos, aunque sean mínimos, oscurecen necesariamente los ojos del alma.

3. *La humildad*. Ella nos libra de imprudencias, prisas, miedos, temeridades, y nos lleva a pedir consejo a Dios y a los hombres prudentes.

4. *Leer vidas de santos*. Leyéndolas, llegamos a conocer, al menos de oídas y en otros, cómo se ejercita la virtud de la prudencia cuando, por obra del Espíritu Santo, se ve sobrehumanamente perfeccionada por el don de consejo. Eso nos facilita acoger sin dudas y temores

la moción del Espíritu, aun cuando ella parezca a los mundanos «escándalo y locura».

5. *La obediencia*. Sin ella no puede actuar el don de consejo, pues la desobediencia frena necesariamente la obra interior del Espíritu Santo.

Es impensable, pues, que el Espíritu actúe normalmente el don de consejo en aquél que habitualmente no guarda las reglas a que está obligado, desoye el Magisterio apostólico, menosprecia la disciplina eclesial en la liturgia o en otras cuestiones, o actúa a escondidas de sus superiores o en contra de ellos.

5

El don de ciencia

Sagrada Escritura

Si el Espíritu Santo por el don de ciencia produce una lucidez sobrehumana para ver las cosas del mundo según Dios, es indudable que *en Jesucristo se da en forma perfecta*.

Jesús *conoce a los hombres*, a todos, a cada uno, en lo más secreto de sus almas (Jn 1,47; Lc 5,21-22; 7,39s): «los conocía a todos, y no necesitaba informes de nadie, pues él conocía al hombre por dentro» (Jn 2,24-25). Incluso, inmerso en el curso de los acontecimientos temporales, entiende y prevé cómo se irán desarrollando; y en concreto, *conoce los sucesos futuros*, al menos aquellos que el Espíritu quiere mostrarle en orden a su misión salvadora. Así predice su muerte, su resurrección, su ascensión, la devastación del Templo, y varios otros sucesos contingentes, a veces hasta en sus detalles más nimios (Mc 11,2-6; 14,12-21. 27-30). Muestra, pues, por un poderosísimo don de ciencia, su señorío sobre el mundo presente y sus acontecimientos sucesivos: «yo os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de ellas y de que yo os las he dicho» (Jn 16,4).

También el hombre nuevo, iluminado por el Espíritu Santo con el don de ciencia, *conoce* profundamente las realidades temporales, y las ve con lucidez sobrenatural, pues las mira por los ojos de Cristo: «nosotros tenemos la mente de Cristo» (1Cor 2,16).

Por el don de ciencia, en efecto, descubre el cristiano la *hermosura del mundo visible*, su dignidad majestuosa, que es reflejo de Dios y anticipo de las realidades definitivas, y al mismo tiempo, descubre su *vanidad*, es decir, su condición creatural, transitoria, efímera y también pecadora. Este segundo aspecto, la apresurada transitoriedad de todo el mundo visible, tiene muchos testimonios en las páginas de la Biblia.

«Os digo, pues, hermanos, que el tiempo es corto... Pasa la apariencia de este mundo» (1Cor 7,29.31). «Nosotros no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son temporales; las invisibles, eternas» (2Cor 4,18).

En esta visión del don de ciencia no hay ningún *desprecio* por las criaturas del mundo visible. Digamos, más bien, que hay un *menos-precio*: ante la plenitud del Ser

divino, lleno de bondad, hermosura y amor, las criaturas aparecen en toda su precaridad congénita. Al salir el sol, al manifestarse en su plenitud, desaparecen las estrellas.

A esta luz del don de ciencia qué ridículo resulta decir que hay que «partir de la realidad», cuando esta expresión se emplea como si Dios, las Escrituras, la fe, los sacramentos, fueran entidades abstractas; mientras que la verdadera realidad, la realidad real, sería el mundo visible (!). Quienes así piensan –o al menos *sienten*– son *vanos*, no tienen ciencia ni de Dios ni del mundo: no entienden nada: «son vanos por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que gozan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no llegan a conocer a su Artífice» (Sab 13,1).

Por el contrario, el don de ciencia hace que el mundo visible transparente a aquel mundo invisible, al que es plenamente real, y a él quede continuamente referido. El don de ciencia, por tanto, da a sentir nuestra condición de «peregrinos y forasteros» en el mundo presente (1Pe 2,11). De este modo, toda la vida humana temporal se capta como «un tiempo de peregrinación» (1,17).

Adviértase, en todo caso, que en modo alguno el don de ciencia implica una *visión maniquea* de las criaturas, como si éstas, por serlo, fueran entidades degradadas e intrínsecamente malas. Por el contrario, el mundo creado es revelación de la bondad y de la hermosura de Dios, pues «lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las criaturas» (Rm 1,20; +Sab 13,4-5).

El mismo Pablo, por ejemplo, que todo lo sacrifica, con tal de gozar de Cristo, y que, como buen enamorado, todo lo estima y considera «basura» en comparación de su Señor (Flp 3,7-8), es precisamente quien asegura que «todo es puro para los puros» (Tit 1,15); y que «toda criatura de Dios es buena y nada hay reprobable, tomado con acción de gracias» (1Tim 4,4), es decir, si es recibido como don del Creador.

El don de ciencia, por otra parte, descubre al cristiano *la verdad del mundo*, librándole así de *la mentira del mundo*, que no sólo envuelve y ciega a los hombres carnales, sino que incluso engaña en no pocas cuestiones hasta a los hombres virtuosos. Éstos, aunque sea en grados mínimos, aún están con frecuencia condicionados por la época y circunstancia en que viven. Pues bien, el don de ciencia, por obra del Espíritu Santo, da al cristiano una facilidad simple y segura para conocer de verdad el mundo presente y todas sus mentiras. Sólo puede así el cristiano participar plenamente del señorío de Cristo sobre el mundo, sólo así puede «vivir en el mundo sin ser del mundo». Ahora bien, sin esta libertad del mundo no puede darse en el cristiano la perfección de la santidad.

Por eso dice el Apóstol que hemos de aspirar «a la perfección consumada de los santos... como hombres perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo, para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina, por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error» (Ef 4,12-14).

El don de ciencia, por otra parte, es un don, un don que el Espíritu Santo da, y que *da especialmente a los humildes*, no a los soberbios que se fían de sus propios juicios y saberes. Nuestro Señor Jesucristo, en primer lugar, no era un hombre de cultura académica, y sin embargo estaba pleno de ciencia espiritual. Y la gente se preguntaba: «¿de dónde le viene esto, y qué sabiduría es ésta que se le ha comunicado?... ¿No es éste el carpintero?» (Mc 6,2-3). La ciencia del Espíritu, en efecto, es concedida por el Padre con preferencia a los humildes y

pequeños, a aquellos que no se apoyan en sus propios saberes y erudiciones. Así lo enseña Jesús gozosamente:

«En aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultados estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque ése ha sido tu beneplácito» (Lc 10,31).

Teología

El don de ciencia es un hábito sobrenatural, infundido por Dios con la gracia santificante en el entendimiento del hombre, para que por obra del Espíritu Santo, juzgue rectamente, con lucidez sobrehumana, acerca de todas las cosas creadas, refiriéndolas siempre a su fin sobrenatural. Por tanto, en la consideración del mundo visible, el don de ciencia perfecciona la virtud de *la fe*, dando a ésta una luminosidad de conocimiento al modo divino (*STH* II-II,9).

Según esto, el hábito intelectual del *don de ciencia* es muy distinto de la *ciencia natural*, que a la luz de la razón conoce las cosas por sus causas naturales, próximas o remotas. Es también diverso de la *ciencia teológica*, en la que la razón discurre, iluminada por la fe, acerca de Dios y del mundo. El don de ciencia conoce profundamente las cosas creadas sin trabajo discursivo de la razón y de la fe, sino más bien por una cierta connaturalidad con Dios, es decir, por obra del Espíritu Santo, con rapidez y seguridad, al modo divino. Ve y entiende con facilidad la vida presente en referencia continua a su fin definitivo, la vida eterna.

El don de ciencia, pues, trae consigo a un tiempo dos efectos que no son opuestos, sino complementarios. De un lado, produce una *dignificación suprema* de la vida presente, pues las criaturas se hacen ventanas abiertas a la contemplación de Dios, y todos los acontecimientos y acciones de este mundo, con frecuencia tan contingentes, tan precarios y triviales, se revelan, por así decirlo, como causas productoras de efectos eternos. Y de otro lado, al mismo tiempo, el don de ciencia muestra *la vanidad del ser de todas las criaturas* y de todas sus vicisitudes temporales, comparadas con la plenitud del ser de Dios y de la vida eterna.

No es fácil encarecer suficientemente hasta qué punto *es necesario para la perfección el don de ciencia*. Y hoy más que nunca. Todos los cristianos, los niños y los jóvenes, los novios y los matrimonios, los profesores, los políticos, los hombres de negocios, los párrocos y los religiosos, los obispos y los teólogos, necesitan absolutamente del don de ciencia para que sus mentes, dóciles a Dios, queden absolutamente libres de los condicionamientos envolventes del mundo en que viven.

Si pensamos que un cirujano que padece ofuscaciones frecuentes en la vista o que un conductor de autobús que sufre de vez en cuando mareos y desvanecimientos, no están en condiciones de ejercer su oficio, de modo semejante habremos de estimar que aquéllos que reciben importantes responsabilidades de gobierno, si no poseen suficientemente el don de ciencia, causarán sin duda grandes males en la sociedad y en la Iglesia.

Santos

Al don de ciencia se le suele decir *la ciencia de los santos*. Así lo llamó Juan de Santo Tomás, en alusión a aquel texto de la Escritura: el Señor «les dió la ciencia de los santos» (Sab 10,10; *In I-II*, d.18, 43,10).

En todos los santos, es cierto, tanto en los cultos como en los incultos, ha brillado siempre el don de ciencia, por el cual *el mundo visible viene a ser revelación de Dios*. Ya no es el mundo para ellos un lastre, una distracción o una tentación, sino que se torna para ellos en escala maravillosa hacia la perfecta unión con Dios.

San Francisco de Asís, por ejemplo, «abrazaba todas las cosas con indecible devoción afectuosa, les hablaba del Señor y les exhortaba a alabarlos. Dejaba sin apagar las luces, lámparas, velas, no queriendo extinguir con su mano la claridad que le era símbolo de la luz eterna. Caminaba con reverencia sobre las piedras, en atención a Aquel que a sí mismo se llamó Roca... Pero ¿cómo decirlo todo? Aquel que es la Fuente de toda bondad, el que será todo en todas las cosas, se comunicaba a nuestro Santo también en todas las cosas» (Tomás de Celano, *II Vida* cp.124).

Por el precioso don de ciencia todos los santos, como el *Poverello*, han encontrado a Dios en las criaturas, y se han conmovido profundamente ante la belleza del mundo visible. San Juan de la Cruz, por ejemplo, a un tiempo místico y poeta, halla palabras para expresar estas maravillas que da a conocer el don de ciencia:

El alma «comienza a caminar [espiritualmente] por la consideración y conocimiento de las criaturas al conocimiento de su Amado, Creador de ellas; porque, después del ejercicio del conocimiento propio, esta consideración de las criaturas es la primera en este camino espiritual» (*Cántico* 5,1). Y es que, «aunque muchas cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles o de los hombres, ésta que es crear nunca la hizo ni hace por otra que por la suya propia. Y así el alma mucho se mueve al amor de su Amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas» (*Cántico* 5,3). Ve el alma que es Él quien las mantiene en su perenne belleza: «siempre están con verdura inmarcesible, que ni fenece ni se marchitan con el tiempo» (5,4).

Por eso, en la contemplación del mundo, el alma creyente, iluminada por el don de ciencia, «halla verdadero sosiego y luz divina y gusta altamente de la sabiduría de Dios, que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce; y siéntese llena de bienes y ajena y vacía de males, y, sobre todo, entiende y goza de inestimable refeción de amor, que la confirma en amor» (14,4).

El don de ciencia da a conocer muy especialmente *la belleza fascinante del alma humana que está en la gracia divina*:

Sobre esto, santa Catalina de Siena le decía al Beato Raimundo, su director: «Padre mío, si viera usted el encanto de un alma racional, no dudo en absoluto que daría cien veces la vida por la salud de esa alma, pues en este mundo no hay nada que pueda igualar tanta belleza» (*Leyenda* 151). Y lo mismo decía Santa Teresa: «el alma del justo es un paraíso donde dice Él que tiene sus deleites... No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma» (*I Moradas* 1,1). Y San Juan de la Cruz: «¡oh alma, hermosísima entre todas las criaturas!» (*Cántico* 1,7).

Pero, al mismo tiempo que esta grandeza y belleza de las criaturas, el don de ciencia muestra *la vanidad profunda del mundo presente*. Los santos, por eso, siempre han entendido con evidencia que «todas las cosas de la tierra y del cielo, comparadas con Dios, *nada son*, como dice Jeremías [4,3]» (*I Subida* 4,3).

En efecto, «todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito ser de Dios, *nada es*; y, por tanto, el alma que en ellas pone su afición [desordenada], delante de Dios también *es nada y menos que nada*» (ib.4,4).

El don de ciencia, de este modo, perfeccionando la fe, *desengaña al hombre espiritual de todas las fascinaciones y mentiras con que el mundo engaña a los*

hombres mundanos. Son indecibles las fascinaciones que el mundo ejerce sobre los hombres, también sobre tantos cristianos: «toda la tierra seguía maravillada a la Bestia» (Ap 13,3). El resultado es un espanto: «mi pueblo está loco, me ha desconocido; son necios, no ven: sabios para el mal, ignorantes para el bien» (Jer 4,22).

Santa Teresa de Jesús, por el don de ciencia, captó con especial lucidez este *engaño general* en que viven los hombres.

Ella lo ve todo «al revés» de como lo ven los mundanos o de cómo lo veía ella antes. Y por eso se duele al pensar en su vida antigua, «ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella» (*Vida* 20,26); «ríese de sí, del tiempo en que tenía en algo los dineros y la codicia de ellos» (20,27), y «no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos y la ceguedad que traemos» (21,4). «¡Oh, qué es un alma que se ve aquí haber de tornar a tratar con todos, a mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada!» (21,6).

Asistido por el don de ciencia, el cristiano perfecto – santa Teresa, concretamente – ve *la mentira de las cosas más estimadas por el mundo*, y también muchas veces por los mismos cristianos piadosos.

En cierta ocasión, doña Luisa de la Cerca enseña en su casa una colección de joyas a su amiga Teresa de Jesús: «Ella pensó que me alegraran. Yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras.

«Esto es un gran señorío para el alma, tan grande que no sé si lo entenderá sino quien lo posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque *es sin trabajo nuestro: todo lo hace Dios* [es, pues, don de ciencia], que muestra Su Majestad estas verdades de manera que quedan tan imprimidas, que se ve claro que no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir» (*Vida* 38,4).

El don de ciencia *muestra también el pecado*, por muy escondido que esté en la práctica común y general. El santo distingue con toda seguridad y facilidad lo que ofende a Dios y le desagrada, lo que es contrario al Evangelio, por muy aceptado que esté en el mundo y entre los mismos cristianos: costumbres, modas, criterios, espectáculos, etc. Y alcanza a ver, ve con una ciencia espiritual luminosa, *la absoluta vanidad de todo aquello que en el mundo no está ordenado a Dios*. Ve cómo las criaturas no finalizadas en su Creador, por mucho que se hinchen y aparenten –en la televisión y en la prensa, sea en la sociedad, sea en el mismo mundo de la Iglesia–, son nada, menos que nada, por grande que sea su brillo y esplendor. Lo ve, lo ve con toda claridad, porque el Señor mismo se lo muestra, como se lo hizo ver a Teresa:

«¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que *todos es mentira lo que no es agradable a mí*. Con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha a tu alma.

«Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá *tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios*, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y lástima me hacen los que veo con la oscuridad que están en esta verdad» (*Vida* 40,1-2).

El santo, por el don de ciencia viene a ser *desengañado* del engaño colectivo; es decir, *despierta del sueño que le mantenía espiritualmente dormido*, como a tantos otros.

El Señor, sigue Teresa de Jesús, «me ha dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre *me parece estoy soñando lo que veo*: ni contento ni pena que sea mucha no la veo en mí... Y esto es entera verdad, que aunque después yo quiera

holgarme de aquel contento o pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo sería a una persona discreta tener pena o gloria de un sueño que soñó. Porque *ya mi alma la despertó el Señor* de aquello que, por no estar yo mortificada ni muerta a las cosas del mundo, me había hecho sentimiento, y no quiere Su Majestad que se torne a cegar» (*Vida* 40,22).

Experiencias espirituales semejantes del don de ciencia, igualmente impresionantes, las hallamos en Santa Catalina de Siena. Cuenta el Beato Raimundo de Capua, dominico, director suyo:

Una vez el Señor Jesucristo se aparece a Santa Catalina y le dice: «¿Sabes, hija, quién eres tú y quién soy yo? Si llegas a saber estas dos cosas, serás bienaventurada. *Tú eres la que no es; yo, en cambio, soy el que soy*» (*Leyenda* 92). De esta premisa parte toda la doctrina espiritual de esta Doctora. «Si el alma –decía– conoce que por sí misma no es nada y que todo se lo debe al Señor, resulta que no confía ya en sus operaciones, sino sólo en las de Dios. Por esto el alma dirige toda su solicitud a Él. Sin embargo, el alma no deja para más tarde hacer lo que puede, pues al derivarse tal confianza del amor y al causar necesariamente el amor al amante el deseo de la cosa amada –deseo que no puede existir si el alma no hace las obras que le son posibles– resulta que ella actúa por razón del amor. Pero no por ello confía en su operación como cosa suya, sino como operación del Creador. Todo esto se lo enseña perfectamente [por el don de ciencia] el conocimiento de la nada que es y la perfección del mismo Creador» (99).

Hasta tal punto llega la lucidez espiritual sobrehumana de Catalina, y la referencia continua que ella hacía de la criatura a su Creador, que *veía ella en los hombres con más claridad sus almas que sus cuerpos*. Así se lo había pedido ella al Señor, y el Señor se lo concedió. «Y la gracia de este don, atestigua el Beato Raimundo, fue tan eficaz y perseverante que, a partir de entonces, Catalina conoció mejor que los cuerpos, las operaciones y la índole de todas las almas a las que se acercaba».

Una vez, «cuando le dije a solas que algunos murmuraban porque habían visto a hombres y a mujeres arrodillados ante ella, sin que ella lo impidiera, me respondió: “Sabe el Señor que yo poco o nada veo de los movimientos de quien tengo cerca. Estoy tan ocupada leyendo sus almas, que no me fijo para nada en sus cuerpos”. Entonces le pregunté: “¿Ves, acaso, sus almas?”. Y ella me respondió: “Padre, le revelo ahora en confesión que desde que mi Salvador me concedió la gracia de liberar a una cierta alma... no aparece casi nunca ante mí nadie de quien no intuya el estado de su alma”» (151).

«Daré una confirmación de esto que he dicho. Recuerdo que hice de intérprete entre el Sumo Pontífice Gregorio XI, de feliz memoria, y nuestra santa virgen, porque ella no conocía el latín y el Pontífice no sabía italiano. Mientras hablábamos, la santa virgen se lamentó de que en la Curia Romana, donde debería haber un paraíso de celestiales virtudes, se oía el hedor de los vicios del infierno. El Pontífice, al oírlo, me preguntó cuánto tiempo hacía que había llegado ella a la Curia. Cuando supo que lo había hecho pocos días antes, respondió: “¿Cómo en tan poco tiempo has podido conocer las costumbres de la Curia Romana?”. Entonces ella, cambiando súbitamente su disposición sumisa por una actitud mayestática, tal como lo vi con mis propios ojos, erguida, prorrumió en estas palabras: “Por el honor de Dios Omnipotente, me atrevo a decir que he sentido yo más el gran mal olor de los pecados que se cometen en la Curia Romana sin moverme de Siena, mi ciudad natal, del que sienten quienes los cometieron y los cometen todos los días”. El Papa permaneció callado, y yo, consternado, razonaba en mi interior y me preguntaba con qué autoridad habían sido dichas unas palabras como aquéllas a la cara de un Pontífice» (152).

Ésta es la lucidez espiritual propia del don de ciencia. Esta santa sin estudios, más aún, analfabeta, viviendo siempre en Siena, sirviendo en la casa de su padre, el tintorero Benincasa, penúltima de veinticinco hermanos, siendo

joven –muere a los treinta y tres años–, por el don espiritual de ciencia, por obra del Espíritu Santo, *conoce mil veces mejor el mundo* –el mundo de su época, el corazón de los hombres, el mundillo romano eclesiástico–, que tantos otros que, a pesar de sus muchos estudios y experiencias, *no entienden nada*, y ni sospechan siquiera cuáles son los problemas reales del siglo y de la Iglesia en que viven.

El don de ciencia *da al pensamiento y a la acción del santo una suprema libertad respecto del mundo de su tiempo*. Esa independencia total del mundo, se dice fácilmente, pero si no es por obra del Espíritu Santo, concretamente por el don de ciencia y por otros dones suyos, es imposible de vivir, al menos en forma plena. Conviene saberlo.

«Esta tan perfecta osadía y determinación en las obras – advierte San Juan de la Cruz– *pocos espirituales* la alcanzan, porque, aunque algunos tratan y usan este trato, nunca se acaban de *perder* en algunos puntos o de mundo o de naturaleza, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando a lo que dirán o qué parecerá... No están *perdidos* [del todo] a sí mismos en el obrar; todavía tienen vergüenza de confesar a Cristo por la obra delante de los hombres, teniendo respeto a cosas. No viven en Cristo de veras» (*Cántico* 30,8). Alude aquí a su verso «diréis que me he perdido», y aún más a la enseñanza de Jesús: «el que quiera salvar su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la encontrará» (Mt 16,25).

Aún hay, sin embargo, quien estima que los santos, especialmente los de vida mística más alta, apenas entienden nada de la vida presente, alienados como están de ella por su misma vida contemplativa. Pero no, ellos son los únicos que de verdad entienden lo que sucede en el mundo y en la Iglesia de su tiempo. Eso está claro.

Disposición receptiva

Con la gracia de Dios, dispongámonos a recibir el precioso don de ciencia con estas prácticas y virtudes:

1. *La oración*, la meditación, la súplica. Siempre la oración es premisa primera para la recepción de todos los dones del Espíritu Santo, pero en éstos, como el don de ciencia, que son intelectuales, parece que es aún más imprescindible.

2. *Procurar siempre ver a Dios en la criatura*. Ignorar u olvidar que el Creador «no sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término» (*Catecismo* 300), es dejar el alma engañada, necesariamente envuelta en tinieblas y mentiras, en medio de la realidad presente.

3. *Pensar, hablar y obrar con perfecta libertad respecto del mundo*. Es decir, no tener ningún miedo a estimar que *la mayoría* –también la mayoría del pueblo cristiano–, en sus criterios y costumbres, está en la oscuridad y en la tristeza del error, al menos en buena parte. Aquí se nos muestra otra vez la mutua conexión necesaria de los dones del Espíritu Santo: el don de ciencia, concretamente, no puede darse sin el don de fortaleza.

4. *Ver en todo la mano de Dios providente*. Aprender a *leer* en el libro de la vida –en los periódicos, en lo que sucede, en lo que le ocurre a uno mismo–, pero aprender a leer ese libro con los ojos de Cristo. Él es nuestro único Maestro, el único que conoce el mundo celestial, y el único que entiende el mundo temporal, el único que comprende lo que sucede, lo que pasa, es decir, lo que *es pasando*.

5. *Guardarse en fidelidad y humildad.* El don de ciencia, efectivamente, es don de Dios, pero es un don que Dios concede a los humildes, a los que, recibiendo la gracia de la humildad, le buscan, le aman y guardan fielmente sus mandatos:

«Tu mandato me hace más sabio que mis enemigos, siempre me acompaña. Soy más docto que todos mis maestros, porque medito tus preceptos. Soy más sagaz que los ancianos, porque cumplo tus leyes» (Sal 118,98-100).

6

El don de entendimiento

Sagrada Escritura

Si el don de entendimiento tiene como principal objeto las verdades reveladas, es indudable que *Jesús, ya desde niño, lo poseía perfectísimamente*. A los doce años, en el Templo, producía la mayor admiración entre los doctores de la ley: «cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas» (Lc 2,47).

Y como Jesús «crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres» (2,52), aún se acrecentó en él con los años este don de entendimiento. Cuando en la sinagoga de Nazaret, por ejemplo, explica las Escrituras en referencia a él, «todos le aprobaban y se maravillaban de las palabras llenas de gracia que salían de su boca» (4,22; +24,32).

El don de entendimiento obra también en altísimo grado sobre *los hagiógrafos* del Nuevo Testamento, iluminando la mente de los evangelistas, de Pablo, de Juan, y en uno u otro grado, alumbrando a todos los discípulos de Cristo, a todos los creyentes.

En Cristo Jesús, dice San Pablo, «habéis sido enriquecidos en todo, en toda palabra y en todo conocimiento» (1Cor 1,5). Y así los fieles han de estar «hinchidos de todo conocimiento y capacitados para aconsejarse mutuamente» (Rm 15,14). En efecto, «el mismo Dios que dijo “hágase la luz de las tinieblas”, Él ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar la ciencia de la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo» (2Cor 4,6).

El entendimiento de las verdades divinas reveladas requiere, sin duda, *meditación y estudio*, y hacer como María, que «guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19; +51); pero se consigue sobre todo en la *oración* de súplica. Son innumerables las oraciones bíblicas en las que se pide al Señor luz para entender sus pensamientos, sus mandatos y caminos, tan extraños al hombre adámico. Baste recordar el Salmo 118.

San Pablo pide con frecuencia este don del Espíritu Santo para los fieles que él, también con el auxilio del mismo Espíritu, ha evangelizado y convertido: «no dejamos nosotros de rogar por vosotros y de pedir que lleguéis al pleno conocimiento de Su voluntad, con toda sabiduría y entendimiento espiritual, para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo» (Col 1,9-10).

Teología

El don de entendimiento es un espíritu, un hábito sobrenatural infundido por Dios con la gracia santificante, mediante el cual el entendimiento del creyente, por obra del Espíritu Santo, penetra las verdades reveladas con una lucidez sobrehumana, de modo divino, más allá del modo humano y discursivo.

El don de entendimiento reside, pues, en la mente del creyente, en *el entendimiento especulativo*, concretamente, y perfecciona el ejercicio de la fe, que ya no se ve sujeta al modo humano del discurso racional, sino que lo trasciende, viniendo a conocer las verdades reveladas al modo divino, en una intuición sencilla, rápida y luminosa. Como dice Santo Tomás, «a la fe pertenece *asentir* [a las verdades reveladas]; y al don de entendimiento, *penetrarlas profundamente*» (STh II-II,8, 6 ad2m).

El don de entendimiento difiere, pues, de la virtud de la fe, y perfecciona su ejercicio; pero también es *distinto de los otros dones intelectuales* del Espíritu Santo, como señala el padre Royo Marín:

El don de *entendimiento* «tiene por objeto captar y penetrar las verdades reveladas por una profunda intuición sobrenatural, pero sin emitir juicio sobre ellas –“simplex intuitus veritatis”–. El de *ciencia*, en cambio, bajo la moción especial del Espíritu Santo, juzga rectamente de las cosas creadas, en orden al fin último sobrenatural. Y en esto se distingue también del don de *sabiduría*, cuya función es juzgar de las cosas divinas, no de las creadas» (El gran desconocido 164-165; +179).

Fácilmente se deduce, pues, *la necesidad del don de entendimiento* para que el conocimiento sobrenatural de las verdades reveladas venga a ser en el creyente alto, profundo e intuitivo, al modo divino, y para que supere así el modo humano de la fe, que al estar radicada en la razón, es virtud obligada a ejercitarse de manera discursiva, por análisis y síntesis, por composición y división.

El don de entendimiento es el que hace llegar a lo que un san Juan de la Cruz llama *fe pura*: es la *fe contemplativa* de los místicos, la que, como veremos en los santos, penetra profundamente en la Revelación divina.

A pocos les ha sido dado hablar de la fe tan altamente como a San Juan de la Cruz, que aproxima la fe a la visión beatífica. «Ésta es la gran satisfacción y contento del alma, ver que da a Dios más que ella en sí es y vale, con aquella misma luz divina [la fe] y calor divino [la caridad] que se lo da; lo cual en la otra vida es por medio de la *lumbre de gloria*, y en ésta por medio de la *fe ilustradísima*» (Llama 4,80). Esta fe lucidísima es aquella que está asistida por los dones intelectuales del Espíritu Santo, y en concreto, por el don de entendimiento cuando ha de penetrar las verdades reveladas.

Por el contrario, los vicios opuestos al don del entendimiento son *la ceguera espiritual* y *el embotamiento del sentido espiritual*. La primera priva completamente de la visión espiritual, y la segunda la debilita y entorpece notablemente. Santo Tomás muestra la vinculación de estos vicios a los pecados carnales, como la lujuria y la gula (STh II,15, 3). Pero también proceden, sin duda, de otros vicios espirituales, sobre todo de la soberbia y de la vanidad, pecados que hacen a los hombres especialmente insensatos: «alardeando de sabios, se hicieron necios» (Rm 1,12).

Es evidente, por lo demás, que el cristiano absorbe en las vanidades siempre cambiantes del mundo, que no se interesa más que por *lo que pasa*, que ni tiene oración ni recogimiento de la mente y de los sentidos exteriores, que es crédulo a

cualquier moda intelectual del mundo, pero reticente ante el Magisterio apostólico, este cristiano, aunque mal o bien guarde la fe, por mucho que lea y estudie, hace imposible que el Espíritu Santo le ilumine habitualmente con la lucidez sobrehumana del don de entendimiento.

Santos

El don de entendimiento, unido a los otros dones intelectuales, se manifiesta de forma maravillosa, como ya he señalado, en *los escritores de la sagrada Biblia*. Los dones del Espíritu Santo, especialmente el de entendimiento, brillan en ellos con un admirable fulgor continuo, tan maravilloso, que no puede atribuirse meramente a cualidades humanas. ¿Cómo explicar de otro modo la *inspiración* prodigiosa que, en una y otra página, y en unos mismos años, ilumina e impulsa internamente a San Pablo, a San Lucas, a San Pedro o a San Juan? Si no es por obra del Espíritu Santo, por el don de entendimiento, ¿cómo explicar la lucidez sobrehumana de todos sus pensamientos y palabras sobre las verdades reveladas?

Y de modo semejante, cuando el asombro se apodera de nosotros ante ciertas páginas de San Agustín o de Santo Tomás, de Santa Catalina de Siena o de Santa Teresa, ¿habremos de atribuir tanta verdad y tanta belleza, simplemente, a la virtud de la fe, es decir, a la *ratio fide illustrata*, que se ejercita en ellos cuando escriben? No; para esa verdad *divina* y esa belleza *celestes* que sale de sus plumas, sólo el don de ciencia, de entendimiento, de sabiduría, los dones del Espíritu Santo, son razón suficiente. Al escribir, pues, con tan alta y continua inspiración, esos santos no *se movían* por la gracia según la regla de la razón iluminada por la fe, sino que *eran movidos* directamente por el Espíritu Santo, el «Espíritu de la verdad», de un modo sobrehumano y divino.

Pensemos, por ejemplo, en el *Diálogo* de Santa Catalina de Siena, una de las obras más altas de la espiritualidad cristiana. Con toda su perfecta arquitectura interna, que hace pensar en una catedral gótica, fue *dictado* por esta santa virgen, joven e inculta, sin planes previos, orando en éxtasis, ante sus discípulos amanuenses, que iban escribiendo asombrados. Así lo testimonia el beato Raimundo de Capua:

«Si alguien examina el libro que ella compuso en su propia lengua, ciertamente bajo el dictado del Espíritu Santo, ¿cómo podrá imaginar o creer que ese libro fuera escrito por una mujer? El modo de expresarse es sin duda sublime, hasta el punto de que apenas se puede hallar un modo de hablar en latín que corresponde a la altura de su estilo. Yo, que me esfuerzo en traducirlo, lo experimento cada día. Los conceptos que contiene son tan altos y profundos que si los oyéramos en latín los creeríamos más de Agustín que de cualquier otro. Y en qué medida es útil a las almas que buscan la salvación es algo que no se explica en pocas palabras [...] Las cosas que en él se contienen, como me han contado sus escribanos, nunca las dictó cuando estaba en sí, sino siempre cuando, hallándose en éxtasis, hablaba con su Esposo. Por ello ese libro está compuesto a modo de un diálogo entre el Creador y el alma racional y peregrina creada por Él» (*Leyenda* 8).

El don de entendimiento, igualmente, se da con maravillosa intensidad en Santa Teresa del Niño Jesús, que desde niña fue alimentada por su Maestro interior con «pura harina». Ella misma lo confiesa:

«Porque yo era débil y pequeña, Él se abajaba hasta mí y me instruía en secreto en las cosas de su amor. Si los sabios que se pasan la vida estudiando hubiesen venido a preguntarme, se hubieran quedado asombrados al ver a una niña de catorce años comprender los secretos de la perfección, unos secretos que toda su ciencia no puede descubrirles a ellos, porque para poseerlos es necesario ser pobres de espíritu» (A49r).

Ya en el Carmelo, sus hermanas religiosas quedaban con frecuencia maravilladas de la facilidad de Teresita para penetrar la sagrada Escritura. Una de ellas testimonia en el *Proceso ordinario*:

«Interpretaba con una facilidad inaudita los libros de la Sagrada Escritura. Se decía que estos libros no tenían ya para ella ningún sentido oculto, de tal suerte sabía descubrir todas sus bellezas» (María de la Trinidad).

Santa Teresita, como Santa Catalina –ambas Doctoras de la Iglesia– no tiene grandes estudios de la doctrina cristiana; en absoluto. Teresita, de adolescente lee la *Imitación* de Kempis y pocos libros más. Uno de ellos, *El fin del mundo presente y los misterios de la vida futura*, de Arminjon, le ayuda mucho: «aquella lectura fue una de las mayores gracias que he recibido en mi vida» (A47r). Y ya en el Carmelo, sus lecturas son cada vez menos extensas y más profundas –*non multa, sed multum*–, llegando a reducirse finalmente a la *Imitación*, vuelta al principio, y a los *Evangelios*, más tarde descubiertos por ella. Para toda otra lectura está inapetente. No necesita más.

«Hallo en él [en el Evangelio] lo que necesita mi pobrecita alma. Siempre descubro en él [por el don de entendimiento] nuevas luces de sentidos ocultos y misteriosos. Comprendo, y sé por experiencia, que “el reino de Dios está dentro de nosotros” [Lc 17,21]. Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. Él es el Doctor de los doctores. Enseña sin ruido de palabras. Nunca le oigo hablar, pero sé que está dentro de mí» (A83v).

La conciencia tan cierta que Teresita tiene de que su altísimo entendimiento de las verdades reveladas es por obra del Espíritu Santo, hace que le sea *imposible cualquier actitud de soberbia o de apego desordenado a su sabiduría espiritual*:

«No siendo míos *los bienes de aquí abajo* [renunciados en el voto de pobreza], no tiene por qué resultarme difícil abstenerme de reclamarlos cuando alguien se los apropia. Pues bien, tampoco *los bienes del cielo* me pertenecen. Me han sido prestados por Dios, que puede retirármelos sin que yo tenga derecho alguno a quejarme. Sin embargo, esos bienes que vienen directamente de Dios, las intuiciones de la inteligencia y del corazón, los pensamientos profundos, todo eso constituye *una riqueza*, a la que solemos apegarnos como a un bien propio, que nadie tiene derecho a tocar». Inmenso error y pecado.

Pues bien, «Jesús me ha concedido la gracia de *no estar más apegada* a los bienes del entendimiento y del corazón que a los de la tierra... [Si me viene una alta idea], tal pensamiento *pertenece al Espíritu Santo y no a mí* [...] Él es muy libre de servirse de mí para comunicar a un alma un buen pensamiento. Pero si yo creyera que ese pensamiento me pertenece, me parecería a “el asno que llevaba las reliquias” [fábula de La Fontaine], que creía que los homenajes tributados a los santos iban dirigidos a él» (C18v-19v).

Santa Teresita que, como vemos, no considera *proprios* los altos pensamientos que por el don de entendimiento recibe del Espíritu Santo, *tampoco estima que en esa sabiduría espiritual consista la perfección cristiana*:

«No menosprecio los pensamientos profundos, que alimentan el alma y la unen a Dios. Pero hace mucho tiempo he comprendido que el alma no debe *apoyarse* en ellos, ni hacer *consistir la perfección* en recibir muchas iluminaciones. *Los pensamientos más hermosos no son nada sin las obras*» (C19v).

En los ejemplos precedentes –Catalina y Teresita– hemos comprobado que el Padre celestial se complace en revelar sus misterios especialmente a «los pequeños» (Lc

10,21). Pero, por supuesto, en muchos otros casos el maravilloso don de entendimiento ha sido concedido por Dios en grados altísimos a personas de mucho estudio, como a un Santo Tomás de Aquino, Doctor común de la Iglesia. Basta adentrarse en la *Summa Theologiae* para comprender al punto que tal catedral formidable del pensamiento cristiano, tan plena de claridad y armonía, tan exenta de oscuridades o contradicciones, no ha sido escrita meramente por mente humana, sino por obra del Espíritu Santo, es decir, bajo la acción potentísima de sus dones intelectuales, sobre todo los de ciencia, entendimiento y sabiduría.

Pero la misma luminosidad admirable de la *Suma* ha de ser superada en la mente de Tomás por la pura acción deslumbrante de los dones del Espíritu Santo:

Unos pocos meses antes de su muerte, cuando va camino del Concilio de Lyon, la iluminación interna de los dones del Espíritu Santo es tal que ya no puede seguir dictando la III parte de la *Suma*. «La mesa de trabajo de fray Tomás está completamente transformada. No hay en ella códices, ni papel, ni plumas, ni tintero. Todo lo ha archivado en un armario. Él no pasea, ni lee sentado. Está de rodillas, y sus ojos son dos fuentes de lágrimas».

«¿Qué le pasa?», le pregunta fray Reginaldo [su secretario]. «¿No quiere que sigamos trabajando en la *Suma*?»... «Hijo, no puedo», le contesta. Y al día siguiente continúa lo mismo, como fuera de sí». Parece no ser ya capaz sino de abismarse en la mística oración contemplativa, en la que pasa horas interminables. Hasta que un día fray Reginaldo, ya alarmado por el estado de fray Tomás y preocupado por la suerte de la *Suma*, le pregunta con lágrimas en los ojos: «¿dígame por amor de Dios por qué no puede». Al verse conjurado en nombre de Dios, él le contesta: “después de lo que Dios se dignó revelarme el día de San Nicolás, me parece *paja* todo cuanto he escrito en mi vida, y por eso no puedo escribir ya más”» (S. Ramírez, *Síntesis biográfica, Suma I*, BAC, Madrid 1957, 43-45*).

Así es. El Espíritu Santo, por los dones de entendimiento y de sabiduría, en uno u otro grado, anticipa de algún modo en los creyentes la *visión beatífica* propia del cielo. Y para expresar esa visión inefable ya no sirven las palabras humanas, que desfallecen todas: «ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1Cor 2,9).

Disposición receptiva

Para recibir el don de entendimiento lo más importantes es, por supuesto, la oración de *petición*. Pero a recibirlo debemos también *disponernos* activamente por los siguientes medios principales:

1. *Estudio de la Doctrina divina*. Trabajar por adquirir una buena formación doctrinal y espiritual, conforme a nuestra vocación y según nuestras posibilidades. ¿Cómo el Espíritu Santo concederá entendimientos luminosos a los que sólo se interesan por *lo que pasa* y no tienen, en cambio, interés alguno por *lo que no pasa*, es decir, por lo que las Palabras divinas, los santos y los maestros cristianos enseñan?

Dice Jesús: «el cielo y la tierra *pasarán*, pero mis palabras *no pasarán*» (Mt 24,35). Por eso dice san Pablo: «nosotros no ponemos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las visibles son temporales, las invisibles, eternas» (2Cor 4,18).

2. *Perfecta ortodoxia*. Alimentarse, como Teresita, de «pura harina», Escritura, Liturgia, Magisterio apostólico, y escritos siempre conformes a la Biblia y la Tradición. ¿Cómo el Espíritu de Verdad concederá la ilumina-

ción sobrehumana de sus dones a quienes le desprecian normalmente en las fuentes ordinarias por las que irradia esa luz divina? «Guardáos de entristecer al Espíritu Santo de Dios» (Ef 4,30), prefiriendo los pensamientos humanos –propios o ajenos– a los de Dios.

«Pasmaos, cielos, y horrorizaos sobremanera, palabra de Yavé. Es un doble crimen el que ha cometido mi pueblo: dejarme a Mí, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua» (Jer 2,12-13).

3. *Recogimiento interior y meditación*. María, trono de la Sabiduría, en la presencia de Dios, todo lo medita en su corazón. Si un cristiano dispersa excesivamente la atención de sus sentidos y de su mente, cebándolos siempre con las criaturas, en una curiosidad vana e insaciable, tendrá que seguir siempre su navegación espiritual a remo de virtudes; pero nunca avanzará en el conocimiento de las verdades divinas a velas desplegadas, bajo el viento impetuoso de los dones del Espíritu.

Ya oímos más arriba la queja de San Juan de la Cruz: «oh, almas creadas para estas grandezas y para ellas llamadas ¿qué hacéis, en qué os entretenéis?... ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos!» (*Cántico* 39,7).

4. *Fidelidad a la voluntad de Dios*. «Las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios» (1Cor 2,11), y el que cumple la voluntad de Dios, ése «se hace un solo espíritu con Él» (1Cor 6,17). De ahí es, sólomente de ahí, del Espíritu Santo, de donde viene la inteligencia profunda de las verdades reveladas.

Por eso, el cristiano que ignora esta *conditio sine qua non*, y procura la verdad divina sobre todo mediante el esfuerzo de sus estudios y reflexiones, se pierde, no llega a nada. Y si es teólogo, no es más que «un ciego guiando a otros ciegos» (Mt 15,14): se pierde él y extravía a otros. El mismo Cristo Maestro ve en la obediencia a la voluntad del Padre la clave que garantiza la veracidad de su doctrina: «mi sentencia es justa, *porque* no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Jn 5,30).

5. *Pureza de alma y cuerpo*. Ya vimos que Santo Tomás, como toda la tradición cristiana, vincula especialmente la ceguera o el embotamiento espiritual a la lujuria, la gula y a los demás pecados animalizantes.

Siempre ha sabido la Iglesia, concretamente, que la castidad perfecta, vivida en cualquiera de sus modalidades vocacionales, pero especialmente en el celibato, «acrecenta la idoneidad para oír la palabra de Dios y para la oración» (Pablo VI, *Sacerdotalis caelibatus* 27).

7

El don de sabiduría

Sagrada Escritura

El don de sabiduría, el más excelso de todos los dones, da un conocimiento altísimo del mismo Dios. Por eso la eterna Sabiduría del Padre, cuando se encarna, *llena el alma de Jesús con un grado inefable del don de sabiduría*.

Él asegura *conocer al Padre*: «Yo le conozco porque procedo de Él, y Él me ha enviado» (Jn 7,29). «Vosotros no le conocéis, pero yo le conozco; y si dijera que no le conozco sería semejante a vosotros, un mentiroso; pero yo le conozco y guardo su palabra» (8,55; +6,46).

Más aún, Jesús conoce al Padre en una forma única, y tiene poder de comunicar a los hombres esa sabiduría suprema: «nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quisiera revelárselo» (Mt 11,27).

También los discípulos, por la virtud de la fe, conocen a Dios con segura certeza, pero «como en un espejo y en enigma» (1Cor 13,12). En cambio, por *el don de sabiduría*, son iluminados por el Espíritu Santo con una sabiduría de Dios sobrehumana y que tiene modo divino. Es la altísima sabiduría de Juan, contemplando al Verbo encarnado en el prólogo de su evangelio. Es la visión que San Pablo tiene del misterio de Cristo y de su Iglesia. Es la sabiduría de las elevaciones místicas de Francisco, Tomás, Catalina, Teresa...

La Escritura sagrada muestra con frecuencia la sabiduría espiritual como *un don de Dios*, como un don gratuito que ha de *pedirsele* a Él con toda insistencia y esperanza: «Oré y me fue dada la prudencia. Invoqué al Señor y vino sobre mí el espíritu de sabiduría. Y la preferí a los cetos y a los tronos, y en comparación con ella tuve en nada la riqueza» (Sab 7,7-8).

Así pues, «si alguno de vosotros se halla falto de sabiduría, pídale a Dios, que a todos da largamente, y le será otorgada. Pero pida con fe, sin vacilar en nada» (Sant 1,5-6).

Teología

El don de sabiduría es un espíritu, una participación altísima en la Sabiduría divina, un hábito sobrenatural, infundido con la gracia, mediante el cual, por obra del Espíritu Santo, en modo divino y como por connaturalidad, se conoce a Dios y se goza de él, al mismo tiempo que en Él son conocidas todas las criaturas. Es el más alto y benéfico de todos los dones del Espíritu Santo.

Se dice que es *sabio* aquel que conoce las cosas por sus causas. Un ignorante, por ejemplo, conoce la lluvia, pero ignora sus causas. Un científico conoce la lluvia y sus causas próximas. Un filósofo va en sus conocimientos más allá de la física –metafísica–, y puede referir el fenómeno de la lluvia a sus últimos principios en el orden natural, llegando incluso a una Causa universal. El teólogo, por su parte, posee la máxima sabiduría, pues su razón, iluminada por la fe, puede elevarse al conocimiento del orden sobrenatural, y por él explicar el orden natural.

Pues bien, el don de sabiduría, sin esfuerzo discursivo alguno, ilumina de un modo divino, sapiencial y experiencial, el conocimiento que el creyente tiene *de Dios y de todas las cosas creadas*, haciéndole conocer a éstas en Dios, que es su última causa. Es, pues, la más alta sabiduría que el hombre puede alcanzar en este mundo.

Por el don de sabiduría el creyente *saborea y experimenta* al mismo Dios, en quien *cree* por la virtud teologal de la fe. Y por ese mismo don recibe, al conocer y tener experiencia inmediata de Dios, causa última de todos los seres, un conocimiento sobrehumano de todas las cosas creadas, las del cielo, las de la tierra y las del infierno.

El don de sabiduría es, pues, especialmente, el que en la oración hace posible *la contemplación mística* de la Trinidad santísima.

Santos

Podemos contemplar, por ejemplo, la acción maravillosa del don de sabiduría en Santa Angela de Foligno, madre de familia, terciaria de las primeras generaciones franciscanas. Un pariente suyo, el franciscano fray Arnaldo, nos puso por escrito sus confesiones:

«En esta manifestación de Dios, aunque suene a blasfemia el decirlo, entiendo y tengo toda la verdad que hay en el cielo y en el infierno, en el mundo entero, en todo lugar, en toda cosa; y también toda la felicidad que se halla en el cielo y en toda criatura; y lo poseo con tal certeza y tal verdad, que de ninguna manera y a nadie podría creer diversamente. Si todo el mundo me dijese lo contrario, me burlaría de él.

«*Veo a Aquél que es el ser, y cómo es el ser de toda criatura.* Veo cómo Él me hizo capaz de entender ahora las cosas dichas... Me veo sola con Dios, toda pura, santificada, recta, segura en él y celeste. Cuando estoy en Él no pienso en nada más.

«Alguna vez, estando yo en lo dicho, me dijo Dios: “hija de la sabiduría divina, templo del Amado y amada del Amado, hija de paz, en ti está toda la Trinidad, toda verdad. Como tú estás en mí yo estoy en ti”. Y una de las operaciones del alma es que yo entienda con gran capacidad y con gran gusto cómo Dios viene al Sacramento del altar...

«Dios me ha guiado y elevado hasta el estado que dije, sin tener yo parte en ello, pues ni supe quererlo. Estoy ahora *continuamente* en tal estado. Con mucha frecuencia, Dios arroba al alma sin que haya de dar yo mi consentimiento, pues no espero ni pienso en cosa alguna. De repente Dios levanta al alma y quedo dominada; comprendo el mundo entero y no me parece estar más en la tierra, sino en el cielo, en Dios» (*Libro de la Vida*, memorial IX,5).

A la luz de estas descripciones, coincidentes sin duda con la experiencia mística de otros muchos santos, parece como si el don de sabiduría diera ya a *vivir el cielo en esta tierra*, cuanto ello es posible. Hasta la misma cruz de Cristo, a la luz del don de sabiduría, puede ser contemplada con gozo inefable. Así lo confiesa Ángela: «no me es posible ahora tener tristeza alguna de la Pasión. Todo mi gozo está ahora en este Dios-hombre doliente» (ib. VI,6).

Ángela «ve y desea ver aquel cuerpo muerto por nosotros, y acercarse a él. Sin embargo, *siente grandísima alegría de amor sin dolor de la Pasión*... Yo comprendía cómo aquel cuerpo ha sido crucificado, atormentado y lleno de oprobios. Comprendía maravillosamente aquellas penas, injurias y desprecios; pero en nada me hacían sufrir, antes bien me causaban inenarrable gozo. Me quedé sin habla y pensé morir. El seguir viviendo me causaba grande pena por no alcanzar inmediatamente aquel bien inefable que yo veía. La visión duró tres días sin interrupción. No me impedía comer ni cosa alguna... Cuando oía hablar de Dios no lo podía soportar por el deleite inmenso que encontraba en él» (*Memorial* VII,2-3).

El don de sabiduría ilumina todo conocimiento sobrenatural de Dios, pero de un modo especial ayuda a penetrar la sagrada Eucaristía, el *Mysterium fidei*. Santa Catalina de Siena, por ejemplo, solía quedar en éxtasis durante horas después de haber recibido la comunión eucarística.

Esto daba ocasión a la envidia de algunas hermanas terciarias dominicas o a la burla odiosa de otras personas. Algunos, «mientras ella se encontraba en éxtasis, encolerizados, le daban puntapiés». Y en ocasiones, «los que habían sido soliviantados por las hermanas, se arrojaban alguna vez contra ella con tanta furia, que la cogían de cualquier modo y la levantaban a peso, insensible y entorpecida como estaba, y la arrojaban fuera de la iglesia como una inmundicia». Pero nada de esto era suficiente para alterar su paz y su alegría: «ella creía que todo había sido hecho con recta intención y por su bien» (*Leyenda* 405-406).

El don de sabiduría comunica al hombre «fuerza y sabiduría de Dios» allí donde los mundanos sólo hallan locura y escándalo (1Cor 1,23-24). *Su objeto pleno es, sin duda, el misterio mismo de la Santísima Trinidad.* Así, por obra del Espíritu Santo, llega a contemplarla, por ejemplo, Santa Teresa de Jesús:

«por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra [al alma] la Santísima Trinidad, todas tres Personas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios... Aquí se le comunican todas tres Personas y le hablan, y le dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor, que vendría Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos. ¡Oh, válgame Dios, qué diferente cosa es oír estas palabras y *creerlas* [por la virtud de la fe], a *entender* por esta manera [según el don de sabiduría] qué verdaderas son!» (*VII Moradas* 1,7-8).

Es ahora, por el don de sabiduría, cuando *la oración continua* puede ser vivida plenamente. Y así «cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece [que estas Personas divinas] se fueron de con ella, sino que notoriamente ve que *están en lo interior de su alma*, en lo muy muy interior; en una cosa muy honda –que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras– siente en sí esta divina compañía» (1,8).

Es ahora, por el don de sabiduría, cuando *la deificación* de la persona se hace perfecta, y llega a una total configuración a Jesucristo, cumpliendo la verdad del salmo: «contempladlo y quedaréis radiantes» (Sal 33,6). El alma, en efecto, con una paz indecible (*VII Moradas* 2,13), «de todo lo que pueda suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido», aunque al mismo tiempo, por supuesto, puede con fidelidad absoluta «hacer todo lo que está obligado conforme a su estado» (3,1).

Es ahora, por el don de sabiduría, cuando *se entiende con una nueva lucidez el mundo de las criaturas*, y cuando por fin se sale de todo engaño, mentira o alucinación acerca de él. El mismo don que da un conocimiento sabroso de Dios, *da también a conocer las criaturas en el mismo Dios*, que es su causa. Concede, pues, este don un *conocimiento sapiencial* –con *sabor* y por sus causas–, de todo el mundo creado. En la oración, por ejemplo, dice Santa Teresa, se le representa al alma «cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí. Saber escribir esto yo no lo sé» (*Vida* 40,9). San Juan de la Cruz, con más medios de conocimiento teológico y de lenguaje lírico, apenas logra decirlo en un texto maravilloso:

«Este recuerdo es un movimiento que hace el Verbo en la sustancia del alma de tanta grandeza, señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece al alma que todos los bálsamos y flores del mundo se trabucan y menean, revolviéndose para dar su suavidad, y que todos los reinos y señoríos del mundo y que todas las potestades y virtudes del cielo se mueven; y no sólo eso, sino que también todas las virtudes y sustancias y perfecciones de todas las cosas creadas relucen y hacen el mismo movimiento, todo a una y en uno...

Entonces, «... todos [los seres creados] descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura y gracias, y la raíz de su duración y vida; porque echa allí de ver el alma cómo todas las criaturas de arriba y de abajo tienen su vida y duración y fuerza en Él, y ve claro lo que Él dice en el libro de los Proverbios diciendo: “por mí reinan los reyes y por mí gobiernan los príncipes, y los poderosos ejercitan justicia y la entienden” (8,15-16).

«Y aunque es verdad que estas cosas son distintas de Dios, en cuanto tienen ser creado, y las ve en Él con su fuerza, raíz y

vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita inminencia todas estas cosas, que *las conoce mejor en Su ser que en ellas mismas.* Y éste es el deleite grande de este recuerdo: *conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas a Dios;* que es conocer los efectos por su causa, y no la causa por sus efectos, que es conocimiento trasero, y esotro esencial» (*Llama* 4,4-5). Y añade: «es cosa maravillosa» (4,6). El don de sabiduría, realmente, es maravilloso.

Ahora, por el don de sabiduría, *todo lo mundano se ve como locura*, los sabios parecen tontos, los ricos se ven como mendigos, y los fuertes como pobres inválidos (+Santa Teresa, *Vida* 20,26-27; 21,4-6). Todos están locos: es una mayoría cuantiosa la que corre alegre o desfallecida por el camino de la mentira que lleva a la perdición (+Mt 7,13).

Es ahora cuando, en justa reprobidad, *el mundo considera que el sabio está loco*. En efecto, el sabio piensa, dice y hace cosas muy raras, que son conformes a la divina lógica del Logos encarnado, pero completamente extrañas a la lógica del hombre carnal. El amor a la Cruz, en especial, da lugar ahora a unas actitudes sorprendentes. Un par de ejemplos de ello.

El jesuita San Pedro Claver era uno de los sacerdotes que en Cartagena de Indias solía ser llamado para atender en la cárcel a los condenados a muerte. Él les llevaba su mayor caridad, palabras de exhortación, el crucifijo, un librito para prepararse a bien morir ¡y algún cilicio o instrumento de penitencia!: «sufrir, hermano, ahora que puedes merecer» (Valtierra-M. de Hornedo, *S. Pedro Claver*, BAC pop.69, Madrid 1985, 122). Y eran muchos, por supuesto, los condenados que reclamaban su asistencia.

San Pablo de la Cruz, en sus cartas, felicita cordialmente a quienes se ven abrumados por diversas cruces. Calumnias: «me alegro de que Su Divina Majestad le dé ocasión de enriquecerse de tan altos tesoros, soportando las calumnias» (19-VIII-1742). Abandono, aridez: «doy gracias a Dios bendito, porque ahora se asemeja más al Esposo divino, abandonado de todos mientras agonizaba sobre la cruz» (9-VII-1769). Enfermedades y penas: «las cruces que padece, tanto de enfermedad como de otras adversidades, son óptimas señales para usted; porque Dios le ama mucho, por eso le visita con el sufrimiento, como suele hacer siempre» (28-XII-1769).

Por el don de sabiduría, sencillamente, los cristianos llegan a la perfecta madurez espiritual, y haciéndose imitadores del Apóstol «y del Señor, reciben la palabra con *la alegría del Espíritu Santo*, aun en medio de grandes tribulaciones» (1Tes 1,5-6).

Disposición receptiva

Para disponerse al don de sabiduría, además de la oración de petición, son medios específicamente indicados aquellos que señalé para el don de entendimiento. Pero añado aquí algunos otros medios principales:

1. *Humildad*. La Revelación nos dice una y otra vez que Dios da a los humildes una sabiduría espiritual que niega a los orgullosos. Si el ángel de Satanás abofetea a San Pablo, esto es permitido por Dios –según él mismo confiesa– justamente «a causa de la sublimidad de mis revelaciones», es decir, «para que yo no me engría» (2Cor 12,7). Y es que cualquier movimiento de vanidad o soberbia apagaría el don de sabiduría.

En no pocos casos, como en Santa Margarita María de Alacoque, se comprueba que Dios mantiene muchas veces en una *humillación continua* a quienes más comunica el don de sabiduría. De modo semejante, la altísima sabiduría espiritual de San Luis María Grignon de Montfort fue *pagada* por éste con las innumerables humillaciones que el Señor permitió que padeciera por parte del mundo eclesiástico de su tiempo.

2. *Amor a la Cruz.* La suprema sabiduría está cifrada en la Cruz de Cristo, y queda, pues, negada necesariamente para los que son «enemigos de la cruz de Cristo» (Flp 3,18). Éstos, «con artificiosas palabras», siempre han tratado de «desvirtuar la cruz de Cristo; porque la doctrina de la cruz de Cristo es necedad para los que se pierden, pero es poder de Dios para los que se salvan» (1Cor 1,17-18). Por eso San Pablo no presume de conocer nada de nada, sino «a Jesucristo, y a éste crucificado» (2,2).

Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, enseña que «la Pasión de Cristo basta totalmente como instrucción para nuestra vida... Ningún ejemplo de ninguna virtud falta en la Cruz» (*Exposición del Credo* 71-72). Y lo mismo dice Montfort: «éste es, a mi modo de ver el misterio más sublime de la Sabiduría eterna: la cruz» (*El amor de la Sabiduría eterna* 167).

3. *Perfecta libertad del mundo.* Cualquier complicidad mental o conductual con el mundo –basta con un guiño al Príncipe de este mundo, que es justamente el Padre de la mentira–, es suficiente para ahuyentar al Espíritu Santo y para frenar por completo su don de sabiduría.

Montfort, cuando señala los medios para alcanzar la divina Sabiduría, señala con toda claridad que para alcanzar la sabiduría es necesario

«no adoptar las modas de los mundanos en vestidos, muebles, habitaciones, comidas, costumbres ni actividades de la vida: “no os configuréis a este mundo” [Rm 12,2]. Esta práctica es más necesaria de lo que se cree. No creer ni secundar las falsas máximas del mundo. Éstas tienen una doctrina tan contraria a la Sabiduría encarnada como las tinieblas a la luz, la muerte a la vida» (198-199). En efecto, la Sabiduría divina y la sabiduría mundana se contraponen de modo irreconciliable, y hay que elegir una u otra (ib. 74-103).

4. *Devoción a la Virgen María.* En cuanto a ésta, sigue diciendo Montfort en su mismo libro:

«el mejor medio y el secreto más maravilloso para adquirir y conservar la divina Sabiduría es una tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen» (203). «Ella es el imán que atrajo la Sabiduría eterna a la tierra para los hombres, y la sigue atrayendo todos los días a cada una de las personas en que [por su devoción] Ella mora. Si logramos tener a María en nosotros, fácilmente y en poco tiempo, gracias a su intercesión, alcanzaremos también [del Espíritu Santo] la divina Sabiduría» (212).

5

Recibid el Espíritu Santo

Disposición receptiva a los dones del Espíritu Santo

Todos queremos que en la oración el campo de nuestra alma sea regado no en formas laboriosas y discursivas, sino por la lluvia de lo alto, en pasividad contemplativa. Todos deseamos, igualmente, que nuestra navegación espiritual, más bien que a remos de virtudes, sea a vela, según los dones del Espíritu Santo. En una palabra: *todos queremos que en nosotros actúen plenamente los dones del Espíritu Santo.*

Pero *¿cómo podríamos adquirirlos?*

Ya se ha respondido esta pregunta cuando se han señalado las disposiciones receptivas para la recepción de cada uno de los dones. Pero esta cuestión es tan importante que merece la pena considerarla más ampliamente, aún a costa de algunas repeticiones.

A la plena y habitual actividad de los dones del Espíritu Santo se llega por los deseos de santidad, la oración de petición, la devoción a la Virgen, la devoción al Espíritu Santo, el amor a la Cruz, el alejamiento del pecado y la expiación penitencial, el crecimiento en las virtudes y la fidelidad a las gracias actuales.

Deseos de santidad

La esperanza, es decir, el deseo confiado de la santidad, nos abre a los dones del Espíritu Santo. *Debemos aspirar a la santidad, con esperanza de alcanzarla, partiendo de la voluntad de Dios, que nos ha sido manifestada: «ésta es la voluntad de Dios, que seáis santos» (1Tes 4,3).* La rosa que la gracia hizo nacer por el bautismo en nuestros corazones ha de crecer y configurarse plenamente, pétalo a pétalo, hasta formar una rosa perfecta. La vida sobrenatural que se nos ha dado ha de desarrollarse, invadiendo más y más todos los planos de nuestra personalidad y de nuestra acción. Más aún, ha de llegar un momento en que la deificación nuestra llegue a tal perfección que incluso vivamos esa vida sobrenatural de un modo sobrenatural, esto es, divino. Ésta es nuestra vocación. Todos, por tanto, hemos de aspirar a los dones del Espíritu Santo, según aquello del Apóstol: «aspirad a los más altos dones» (1Cor 12,31)

«Nosotros todos reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor» (2Cor 3,18).

No recibiremos, sin embargo, los dones del Espíritu Santo si no aspiramos sinceramente a la santidad; es decir, si no creemos posible que en nosotros se produzca tal *milagro*, una transfiguración tan maravillosa. Jesús, en Nazaret, «no pudo hacer ningún milagro, fuera de curar a

unos pocos enfermos. Y él se asombraba de su poca fe» (Mc 6,5-6).

Jesús en los evangelios no reprocha a los discípulos tanto su egoísmo, su pereza, su poca abnegación y caridad, etc., sino que les echa en cara sobre todo su poca fe: «*¡hombres de poca fe!*» (Mt 6,30; 8,26; 14,31; 17,20; +paralelos; +Mc 9,19).

Oración de petición

Los dones del Espíritu Santo no pueden ser *adquiridos*: son *dones* que han de ser *pedidos* una y otra vez con toda confianza al Padre celestial, por Jesucristo nuestro Señor, pues como Él dice,

«si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial *dará* el Espíritu Santo a los que se lo *piden?*» (Lc 11,13).

Por tanto, pidamos siempre con esperanza al Padre: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con Espíritu firme» (Sal 50,12).

Devoción a la Virgen María

Desde el principio de nuestra fe, sabemos que Jesús se forma en María «por obra del Espíritu Santo». Y sabemos que Jesús se forma también en la Iglesia por obra del Espíritu Santo, estando reunidos los discípulos «con María, la Madre de Jesús» (Hch 1.14).

De ahí que la unión devocional a la Virgen María sea una disposición óptima para recibir los dones del Espíritu Santo. Así lo entiende Montfort cuando suplica: «¡Oh, Espíritu Santo!, concédeme amar y venerar mucho a María, tu Esposa fidelísima, a fin de que con Ella formes en mí a Jesucristo, grande y poderoso, hasta la plena madurez espiritual. Amén» (*El secreto de María* 67).

Y ésta no es una doctrina meramente respetable, pero particular, propia sólo de una cierta espiritualidad especialmente *mariana*, sino que, como afirma Pablo VI, fue enseñada ya desde antiguo por los Padres de la Iglesia, que conocieron muy pronto esa vinculación tan íntima entre María y el Espíritu Santo:

«Ellos vieron en la misteriosa relación Espíritu-María un aspecto sponsalicio, descrito poéticamente por Prudencio [+405]: “la Virgen núbil se desposa con el Espíritu”, expresión que subraya el carácter sagrado de la Virgen, convertida en mansión estable del Espíritu de Dios... Recurrieron a la *intercesión de la Virgen para obtener del Espíritu la capacidad de engendrar a Cristo en su propia alma*, como atestigua san Ildefonso [+667] en una oración sorprendente por su doctrina y por su vigor suplicante: “Te pido, te pido, oh Virgen Santa, obtener a Jesús por mediación del mismo Espíritu, por el que tú has engendrado a Jesús. Reciba mi alma a Jesús por obra del Espíritu Santo, por el que tu carne ha concebido al mismo Jesús... Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu, en el que tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo”» (exht. apost. *Marialis cultus* 26: 2-II-1974).

Vivir con María, muy unidos a Ella por el amor y la devoción, y solicitando siempre su intercesión, *atrae* a nuestros corazones los dones del Espíritu Santo. La Paloma divina, en efecto, como en la Encarnación y como en Pentecostés, acude donde está Ella, y allí se posa.

Devoción al Espíritu Santo

«Ven Espíritu Santo, ilumina los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor»... El Espíritu Santo, que «viene en ayuda de nuestra flaqueza y ora en nosotros con gemidos inefables» (Rm 8,26), nos mueve a llamarle: Él, que nos da la gracia de llamarle, Él nos concede la gracia de su venida, comunicándonos sus san-

tos dones.

La devoción al Espíritu Santo, evidentemente, crea en nosotros la disposición más adecuada para recibir sus dones, que, perfeccionando las virtudes, tan profundamente nos deifican.

El *recogimiento* de los sentidos, de la memoria, de la imaginación, la atención al dulce Huésped del alma, nos abre sin duda a los dones del Espíritu. Nos cierra a ellos, en cambio, la vida disipada, las dispersión de la atención en mil vanidades cambiantes y triviales, la carencia de una vida verdaderamente interior, el olvido y desprecio de la inhabitación de la Trinidad en nosotros.

Devoción a la Cruz

Es en la Cruz donde Jesús «entrega el espíritu», el Espíritu Santo, los dones del Espíritu Santo. Por eso la puerta estrecha y el camino angosto nos abren a los dones del Espíritu Santo, en tanto que la puerta ancha y el sendero espacioso nos conducen a la perdición (+Mt 7,13-14). El amor a la Cruz, es decir, el amor al Crucificado, la fidelidad para llevar la cruz personal de cada día, el sentido de expiación por el pecado y de mortificación del hombre carnal, todo eso –que es Cruz– nos abre a los dones del Espíritu Santo.

Dice Montfort: «Ya sabéis que *sois templos vivos del Espíritu Santo*, y que como piedras vivas, habéis de ser construídos por el Dios del amor en el templo de la Jerusalén celestial. Pues bien, disponéos para ser tallados, cortados y cincelados por el martillo de la Cruz. De otro modo, permaneceríais como piedras toscas, que no sirven para nada, que se desprecian y se arrojan fuera. ¡Guardaos de resistir al martillo que os golpea! ¡Cuidado con oponeros al cincel que os talla y a la mano que os pule! Es posible que ese hábil y amoroso arquitecto quiera hacer de vosotros una de las piedras principales de su edificio eterno, y una de las figuras más hermosas de su reino celestial. Dejadle actuar en vosotros: él os ama, sabe lo que hace, tiene experiencia, cada uno de sus golpes son acertados y amorosos, nunca los da en falso, a no ser que vuestra falta de paciencia los haga inútiles» (*Carta a los Amigos de la Cruz* 28). «Aprovecháos de los pequeños sufrimientos aún más que de los grandes... Si se diera el caso de que pudiéramos elegir nuestras cruces, optemos por las más pequeñas y deslucidas, frente a otras más grandes y llamativas» (49).

Alejamiento del pecado

Para recibir los dones del Espíritu Santo es preciso ante todo *no pecar*; evitar sobre todo aquellas culpas que, aunque sean leves, son conscientes y habituales. «No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios» (Ef 4,30).

El pecado mortal desprecia y rechaza abiertamente los dones del Espíritu Santo; pero basta un apego desordenado a algún pecado, aunque sean venial y leve, para impedir que el Espíritu divino ejercite en el alma sus dones de un modo habitual y profundo.

«Todas las criaturas *nada* son, y las aficiones [desordenadas] de ellas *menos que nada* podemos decir que son, pues son impedimento y privación de la transformación en Dios» (1 *Subida* 4,3). En este sentido, es muy importante advertir que los esfuerzos bienintencionados de un cristiano, por grandes que sean –oraciones, lecturas, reuniones, sacramentos, actividades apostólicas–, apenas le servirán para alcanzar la plena deificación que pretende, en tanto no venza esos apegos.

«Es una suma ignorancia del alma pensar que podrá pasar a este alto estado de unión con Dios si primero no vacía el apetito de todas las cosas naturales y sobrenaturales que le pueden impedir. Y tanto más pronto llegará el alma cuanto más prisa en esto se diere; pero hasta que cesen esos apetitos

[desordenados] *no hay manera de llegar, aunque más virtudes ejercite*, porque le falta el conseguirlas con perfección, la cual consiste en tener el alma vacía y desnuda y purificada de todo apetito» (1 *Subida* 5,2.6). Y es que «mucho agravio hace a Dios el alma que con Él ama otra cosa o se ase a ella; y pues esto es así ¿qué sería si la amase más que a Dios?» (5,5).

¿Cómo puede esperar alguien que el Espíritu Santo gobierne y dirija inmediatamente su vida por sus dones, si habitualmente se permite ciertas imperfecciones que le *resisten*, más aún, que le *entristecen*? Y para frenar los dones del Espíritu Santo no son necesarios los pecados más o menos graves, no. Bastan, y está dicho, las imperfecciones claramente conocidas y habitualmente consentidas.

«Estas imperfecciones habituales son: una común costumbre de hablar mucho, un asimiento a alguna cosa que nunca acaba de querer vencer, así como a persona, a vestido, a libro, celda, tal manera de comida y otras conversaciencillas y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír, y otras semejantes.

«Cualquiera de estas imperfecciones en que tenga el alma *asimiento* y *hábito* es tanto daño para poder crecer e ir adelante en virtud [hacia el pleno ejercicio de los dones] que, si cayese cada día en otras muchas imperfecciones y pecados veniales sueltos, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad ordinaria, no le impedirán tanto cuanto el tener el alma asimiento en alguna cosa, porque, en tanto que le tuviere, excusado es que pueda ir el alma adelante en perfección, aunque la imperfección sea muy mínima.

«Porque eso me da que un ave esté asida a un hilo delgado que a uno grueso, porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero, por fácil que es, si no le quiebra, no volará...

«Harto es de dolerse que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles más gruesos de aficiones de pecados y vanidades y, por no desasirse de una niñería que les dijo Dios que venciesen por amor de Él, que no es más un hilo y que un pelo, dejen de ir a tanto bien.

«Y lo que peor es que no solamente no van adelante, sino que por aquel asimiento vuelven atrás, perdiendo lo que en tanto tiempo con tanto trabajo han caminado y ganado; porque ya se sabe que en este camino el no ir adelante es volver atrás, y el no ir ganando es ir perdiendo» (1 *Subida* 11,4-5).

Aquéllos que quieren vivir la vida sobrenatural, pero que se autorizan siempre a vivirla de un modo humano, razonable, que excluye la locura y el escándalo de la Cruz, nunca llegarán a vivirla de un modo divino, pleno, perfecto. Van caminando, pero nunca llegan a volar. En cambio, aquéllos que son dóciles al Espíritu Santo y se empeñan en evitar toda resistencia contraria a Él, «renuevan sus fuerzas, y echan alas como de águila, y vuelan velozmente sin cansarse» (Is 40,31). En realidad, es que el Espíritu Santo «extiende sus alas y los toma, y los lleva sobre sus plumas» (Dt 32,11).

Expiación penitencial

Quienes han resistido tantas veces al Espíritu Santo, quienes, con tanto atrevimiento, han rechazado tantas gracias suyas, quienes por el pecado han convertido el Templo de Dios en cueva de ladrones, ¿cómo podrán vivir la vida sobrenatural a un modo divino, es decir, cómo podrán recibir los dones del Espíritu Santo, si no es por el camino de la penitencia? Ella es la virtud que, por la gracia de Dios, destruye en el hombre no sólo las culpas, sino también las huellas morbosas dejadas en su personalidad por el pecado.

Los dones del Espíritu Santo, como velas de un barco que cuelgan flácidas en la barca del cristiano, se van hin-

chando al soplo del Espíritu divino a medida que, con la gracia, va éste *purificándose del pecado y de sus terribles consecuencias por la virtud de la penitencia*.

Podemos, sí, *hablar* insistentemente del Espíritu Santo y encarecer su acción en los cristianos hasta cansarnos. Pero si no insistimos suficientemente en la necesidad de la penitencia –segundo bautismo en el fuego del Espíritu–, servirá de muy poco. Será no más que una moda pasajera.

Crecimiento en las virtudes

Los dones han de ser procurados por el ejercicio perseverante de las virtudes. Ellas no consiguen por sí mismas unos dones que sólo pueden ser dados-recibidos, pero sí pueden producir en el alma, con el favor de la gracia, *las disposiciones* más favorables para su recepción. Aquí recordaremos aquel adagio escolástico, *facientes quod est in se, Deus non denegat gratiam*. Es lo mismo que dice San Juan de la Cruz, cuando habla del paso de la oración activa-ascética a la oración pasiva-mística:

«Es imposible, cuando [el cristiano] hace lo que es de su parte, que Dios deje de hacer lo que es de la suya en comunicársele, a lo menos en secreto y silencio. Más imposible es esto que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado; pues que, así como el sol está madrugando y dando en tu casa para entrar si destapas la ventana, así Dios entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos. Dios está como el sol sobre las almas para comunciarse a ellas» (Llama 3,46-47).

Efectivamente, un cristiano en la oración, por ejemplo, no puede *adquirir* por sus esfuerzos virtuosos una contemplación pasivo-mística, si el Espíritu Santo no se la da por el ejercicio de sus excelsos dones. Pero sí puede y debe disponerse a conseguirla dedicándose con perseverancia a la oración laboriosa y discursiva que, con la gracia de Dios, está en su mano hacer.

Cuando Santa Teresa describe la oración plenamente pasiva-mística, la que se da como lluvia enviada del cielo sobre el campo del alma, dice: «aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada [para iniciarla, para mantenerla o prolongarla: es puro don del Espíritu Santo], mas para que Su Majestad nos haga esta merced, *podemos hacer mucho disponiéndonos*» (V *Moradas* 2,1).

Por tanto, el cristiano que quiere recibir, por ejemplo, el don de consejo, habrá de *pedirlo* ante todo, pero también deberá *disponerse* a ese don precioso del Espíritu mediante un fiel ejercicio de la virtud de la prudencia. Y para recibir el don de fortaleza nada mejor que ejercitarse en la virtud de la fortaleza. Y así en todos los demás dones.

Fidelidad a las gracias actuales

El Espíritu divino, que habita en nosotros, quiere llevarnos a la perfecta santidad, y *continuamente está iluminando nuestra mente y moviendo nuestra voluntad mediante sus gracias actuales*. En efecto, en cada momento «es Dios el que obra en nosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Flp 2,13).

Se entiende, *continuamente*: siempre que se dan actos conscientes y libres. Cuando decimos, por ejemplo, que *continuamente* el alma dirige los movimientos del cuerpo, no nos referimos tanto a cualquiera de los *actos del hombre (actus hominis)*, como toser o respirar, sino más bien a los *actos humanos (actus humanus)*, es decir, a aquéllos que proceden de entendimiento consciente y de voluntad libre. Pues bien, para todos estos actos humanos el Espíritu Santo ofrece la

dirección y la fuerza de su gracia, sea por íntima acción suya, *inmediatamente*, o bien sea *mediatamente*, a través de personas, objetos, libros, circunstancias providenciales, etc.

–*Fidelidad a las gracias*. Ya se comprende, pues, que toda la clave de la vida cristiana está en la docilidad incondicional a todos y a cada uno de los impulsos de la gracia del Espíritu divino, que habita y actúa en nosotros. Esto es «lo único necesario» (Lc 10,41): *dejarse mover* por el Espíritu Santo que, como el viento, «sopla donde quiere» (Jn 3,8), con soberana y divina libertad.

Garrigou-Lagrange explica esta maravilla simple y sobrehumana: «la gracia actual nos es ofrecida *continuamente* para que podamos cumplir con *el deber del minuto presente*, como el aire viene constantemente a nuestro pecho para permitirle respirar. Y así como nosotros hemos de *aspirar* para atraer a los pulmones el aire que renueva nuestra sangre, así debemos nosotros *querer recibir* la gracia que renueva nuestras energías espirituales para ir hacia Dios. Quien no respirase, acabaría muerto por asfixia, y quien no reciba dócilmente la gracia, acabará por morir de asfixia espiritual. Por eso San Pablo nos dice: “os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios” (2Cor 6,1). Es necesario, pues, recibir y cooperar generosamente a esas gracias. Se trata de una verdad elemental que, llevada a la práctica diariamente, nos conduce a la santidad» (*Las tres edades* I, 3,5).

–*El Señor, desde toda la eternidad, tiene un plan sobre cada hombre*, por puro amor suyo. Por eso, la historia personal de cada cristiano se nos muestra como una *historia sagrada*, como una serie continua de gracias, todas ellas vinculadas entre sí en el plan de Dios. *La fidelidad* a una gracia facilita recibir las siguientes, mientras que *la resistencia* a una priva de otras o hace más difícil su recepción. Es el misterio señalado en la parábola de los talentos: «a todo el que tiene, se le dará y le sobraré; pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene» (Mt 25,29).

Tal cristiano es invitado por un amigo a un retiro. Recibe esa gracia y asiste. Allí hace amistad con un buen sacerdote: nueva gracia. Un tiempo después le pide y recibe dirección espiritual: otra gracia. En la dirección espiritual conoce su propia vocación: otra gracia grande. Más tarde... etc.

–*Dejarle obrar al Espíritu Santo en nosotros*, eso es lo que nos va disponiendo más y más a la acción poderosa y perfectísima de sus dones. Hagamos todo y sólo – no más, ni menos, ni otras cosas, ni antes, ni después – lo que Él quiere *hacer en y con nosotros*.

Es ésta la pasividad-activa perfectamente fiel de la Virgen María: «*hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1,38); «*el Poderoso ha hecho en mí maravillas*» (1,49). Así vive y obra Jesucristo: «yo no hago nada de mí mismo, sino según me enseña el Padre» (8,28-29; +5,36; 10,25.37-38); «*el Padre que mora en mí, hace sus obras*» (14,10). Jesús no se dirige y mueve desde sí mismo, sino desde el Padre que le ha enviado. Ésa es toda la clave filial de su vida (5,30; 6,38; Lc 22,42).

Y así tenemos que vivir nosotros, en docilidad continua e incondicional al Espíritu que nos ha dado Jesús desde el Padre. *Y así como Cristo vive del Padre, nosotros vivimos del Espíritu de Jesús* (+Jn 6,57).

Un niño pequeño *no sabe ni puede* escribir. Le es totalmente imposible. Pero puede hacerlo si su padre, sentándole en sus rodillas, junto a la mesa, toma su mano y la va guiando, para que trace una tras otra las letras de un texto bello y significativo. Será justo decir que el escrito resultante ha sido *obra de los dos*: del padre, como causa primera y principal, y del niño, como causa segunda e instrumental.

De hecho, si el niño mueve su mano desde sí mismo, sólo puede conseguir hacer un garabato feo e insignificante; y si la

mantiene rígida, cerrándola así al influjo directivo de su padre, no consigue nada. Sólo en la *sinergia* del padre que dirige y del niño que, bajo su guía y su impulso, realiza, se logra la obra buena.

–*Fidelidad dócil y perseverante*. Cada gracia recibida nos abre a otras muchas gracias. Y de este modo, «el que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho» (Lc 16,10). La ascética fiel lleva a la mística, y la perseverancia en las virtudes a los dones.

El padre Lallement trata en su obra *La Doctrina espiritual de La docilidad a la guía del Espíritu Santo*, y allí dice:

«El fin al que debemos aspirar, después de habernos ejercitado largamente en la purificación del corazón, está en ser de tal modo poseídos y gobernados por el Espíritu Santo, que sea Él solo quien guíe todas nuestras potencias y sentidos, y el que ordene todos nuestros movimientos interiores y exteriores, de manera que nosotros nos abandonemos a Él totalmente, por un renunciamiento espiritual a nuestras propias voluntades y satisfacciones» (*IV principio*, art.1).

–*Fidelidad imperfecta*. Si la docilidad a una gracia nos abre a otras nuevas y mayores, cada gracia rechazada, en cambio, nos cierra a muchas iluminaciones y mociones del Espíritu Santo. Pequeñas infidelidades son suficientes para ir desbaratando grandes gracias, pues «el que no es fiel en lo poco, no es fiel en lo mucho». El padre Lallement lo sigue explicando:

«Nosotros quisiéramos ser santos en un día, y no tenemos paciencia para seguir el curso ordinario de la gracia. Y eso viene de nuestro orgullo y de nuestra cobardía. Sin embargo, con que seamos fieles cooperando en las gracias que Dios nos va ofreciendo, no dejará Él de conducirnos a la consumación de su plan sobre nosotros. Nuestra salvación no depende sino de nuestra correspondencia interior a la guía del espíritu de Dios.

«Ahora bien, *si no seguimos a Nuestro Señor con una gran fidelidad, estamos en gran peligro de perdernos, y es indecible el mal que hacemos a la Iglesia*. ¡Cuántos apegos de pecados veniales tenemos!, ¡cuánta imperfección!, ¡cuántos planes y deseos propios, que no están sometidos a las mociones de la gracia!, ¡cuántas cavilaciones diarias en pensamientos inútiles, tristezas y penas!

«Todo eso retarda, mucho más de lo que parece, el establecimiento del reino de Dios en nosotros, y causa gravísimos perjuicios al prójimo, porque Nuestro Señor nos ha hecho sus ministros...

«Nuestro mayor mal es la oposición que mantenemos a los designios de Dios y la resistencia que presentamos a sus inspiraciones, pues o no queremos escucharlas [atentos, como estamos, sólo a nosotros mismos], o habiéndolas escuchado las rechazamos; o si las recibimos, las debilitamos y ensuciamos con mil imperfecciones de apegos, de complacencia y de satisfacción en nosotros mismos» (art.1).

«La causa por la que se llega muy tarde, o por la que no se llega nunca, a la perfección está en que se sigue casi en todo la inclinación de la naturaleza y de los sentimientos humanos. Nos dejamos conducir muy poco o nada en absoluto por el Espíritu Santo, cuya misión es precisamente iluminar, dirigir, enardecer.

«La mayor parte de los religiosos, incluso los buenos y virtuosos, al conducirse a sí mismos o al guiar a otros, no siguen sino la razón y el buen sentido, en lo que algunos destacan. Es buena esta regla, pero no basta para llevar a la perfección cristiana.

«Estas personas ordinariamente se conducen por la actitud común de aquellos con quienes viven; y como éstos son imperfectos, aunque no llevan una vida desarreglada, nunca llegan a los caminos más altos del espíritu, ya que el número de los perfectos es muy pequeño; ellos viven como el común, y

su manera de conducir a los otros es imperfecta.

«El Espíritu Santo espera durante algún tiempo para que ellos entren en su interior, y para que, captando cuáles son las mociones de la gracia y las de la naturaleza, se dispongan a seguir u guía. Pero si abusan del tiempo y del favor que Él les ofrece, termina por abandonarles a sí mismos, y les deja en esta oscuridad y en esa ignorancia de su interior que se han buscado, y en la que viven en medio de grandes peligros para su salvación.

«Puede decirse con toda verdad que son muy pocas las personas que siguen continuamente los caminos de Dios. Muchos se desvían de ellos sin cesar. El Espíritu Santo les llama con sus inspiraciones; pero como ellos son indóciles, como están llenos de sí mismos, apegados a sus sentimientos, hinchados de su propia sabiduría, no se dejan conducir fácilmente, no entran sino raras veces en el camino del designio de Dios, y apenas permanecen en él, volviendo a sus propios planes e ideas.

«De esta forma no avanzan gran cosa, y la muerte les sorprende no habiendo dado más que veinte pasos, cuando hubieran podido caminar diez mil si hubieran seguido la guía del Espíritu Santo» (art.2).

–*Graves daños.* La falta de fidelidad al Espíritu Santo, día a día reiterada, cuando versa sobre cuestiones de importancia, conduce a la perdición. Pero aunque esa infidelidad sea acerca de cosas leves, va estableciendo en el cristiano una mediocridad espiritual crónica, en la que nunca las virtudes llegan a perfeccionarse en los dones del Espíritu Santo; es decir, en la que nunca llega a participar de la vida sobrenatural con la perfección, prontitud y seguridad propia del modo divino. Y esto produce inmensos daños:

–*en la misma persona,* dejándola vulnerable a pecados mortales sueltos; frenando su crecimiento en un infantilismo que se hace crónico; dándole una experiencia frustrada –falsa– de la vida de la gracia, de la oración, de los sacramentos, de la fuerza del Espíritu de Cristo para santificar, de la eficacia del apostolado, etc.;

–*y en otras personas:* nunca, por ese camino, llega el cristiano a tener fuerza espiritual para convertir a los malos, lo que es tan urgentemente necesario, ni tampoco consigue estimular a los buenos para que lleguen a la perfecta santidad, lo que es aún más urgente.

–*Fidelidad recuperada.* Nunca olvidemos, sin embargo, que «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rm 11,29), por parte Suya. Por mala o deficiente que haya sido hasta ahora nuestra vida, nunca Dios renuncia a su designio de *santificarnos plenamente*. La voluntad de Dios, «que seamos santos», nunca se cansa ni desiste, por lamentable que sea nuestra respuesta. Él, como cualquier padre bueno, como Santa Mónica con San Agustín, y mucho más y mejor, hasta la hora de nuestra muerte, sigue queriendo llevarnos a la santidad.

Por eso, aunque hayamos desbaratado el plan de Dios sobre nosotros en tantas ocasiones, Él siempre está dispuesto a *rehacer* nuestra historia personal, sin abandonar su primer designio. En efecto, el Padre, desde toda la eternidad, nos «predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea Primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29).

Así pues, *siempre estamos a tiempo* –por la fe en el milagro, por la súplica, por la expiación penitencial– para *recuperar* la historia de gracia que Dios quiso desde el principio realizar en nosotros. Siempre estamos a tiempo, sí, pero *cada día esa conversión es más urgente*. Por eso le decimos a Jesús, «quédate con nosotros, que *el día ya declina*» (Lc 24,29).

Es cierto que, como dice Lallement,

«pocas personas llegan a *recibir todas* las gracias que Dios les había destinado o, habiéndolas perdido, pocas consiguen después *recuperar* [totalmente] la pérdida. A la mayor parte les falta valor para vencerse y fidelidad para aprovechar bien los dones de Dios» (ib. art.1).

Pero también es cierto que, de hecho, *la mayor parte de los santos que han llegado a serlo, no siempre lo fueron*. En efecto, no sólo San Pablo, Santa Magdalena o San Agustín, no. Muchísimos santos, la mayoría de ellos, Catalina de Génova, Ignacio de Loyola, Francisco de Javier, Teresa de Jesús, Camilo de Lellis, Vicente de Paul, pasaron, por obra del Espíritu Santo, de una vida mala o mediocre a una vida santa. Los santos que, como Catalina de Siena o Teresita de Lisieux, fueron guardados siempre en la inocencia, son una excepción. En ellos el Espíritu Santo manifiesta que *también* puede hacer cristianos siempre santos. Pero su oficio normal es «santificar pecadores» (+Mc 2,17).

Siempre estamos a tiempo

–*Siempre estamos a tiempo,* lo repito. El Espíritu Santo nunca se cansa de santificar, y siempre su fuego divino es capaz de *purificar* todo lo malo que haya en el hombre, aunque sea lo peor, y de *iluminar y encender* en él cuanto sea preciso. Dispongámonos, pues, por la fe al milagro de nuestra propia conversión.

Y *las personas ya mayores,* endurecidas, por así decirlo, en su mediocridad espiritual, deben esperar con más firme esperanza todavía los dones del Espíritu Santo, pues a medida que pasan en ellos los años y se aproximan al fin de su vida, mayor es el apremio del Señor para santificarles plenamente, pues Él sabe que se les acaba el tiempo; y por otra parte, más *pasiva* ha de hacerse su manera de santificación, es decir, más inmediatamente Dios ha de ocuparse de producirla.

–*Por lo demás, ninguna situación circunstancial es suficiente para impedir la acción santificante del Espíritu Santo,* capaz de «renovar la faz de la tierra». Más aún, por obra Suya, todo es para bien, «todo colabora al bien de los que aman a Dios» (Rm 8,28); *etiam peccata,* añade San Agustín: también los pecados. Nuestra historia personal –enfermedades, triunfos, distanciamientos, trabajos, defectos, errores, aciertos, penalidades–, por pura gracia, se ve toda ella iluminada y transfigurada por el Espíritu Santo. Y parece increíble: ni siquiera dejaron cicatrices las antiguas heridas. De verdad, de verdad se nos ha dado «otro corazón, un espíritu nuevo» (Ez 11,19), por obra del Espíritu Santo.

6

Encíclica de León XIII sobre el Espíritu Santo

El 9 de mayo de 1897, el papa León XIII publicó una carta encíclica «sobre la presencia y virtud admirable del Espíritu Santo», titulada *Divinum illud munus*. Este documento pontificio nos da en una preciosa síntesis, tan exacta como autorizada, la sustancia misma de la doctrina de la Iglesia sobre el tema.

Introducción

1. Aquella divina misión que, recibida del Padre en beneficio del género humano, tan santísimamente desempeñó Jesucristo, tiene como último fin hacer que los hombres lleguen a participar de una vida bienaventurada en la gloria eterna; y, como fin inmediato, que durante la vida mortal vivan la vida de la gracia divina, que al final se abre florida en la vida celestial.

Por ello, el Redentor mismo no cesa de invitar con suma dulzura a todos los hombres de toda nación y lengua para que vengan al seno de su Iglesia: *Venid a mí todos; Yo soy la vida; Yo soy el buen pastor*. Mas, según sus altísimos decretos, no quiso Él completar por sí solo incesantemente en la tierra dicha misión, sino que, como Él mismo la había recibido del Padre, así la entregó al Espíritu Santo para que la llevara a perfecto término. Es grato, en efecto, recordar las consoladoras frases que Cristo, poco antes de abandonar el mundo, pronunció ante los apóstoles: *Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá vuestro abogado; en cambio, si me voy, os lo enviaré* (Jn 16,7).

Y al decir así, dio como razón principal de su separación y de su vuelta al Padre el provecho que sus discípulos habían de recibir de la venida del Espíritu Santo; al mismo tiempo que mostraba cómo éste era igualmente enviado por Él y, por lo tanto, que de Él procedía como del Padre; y que como abogado, como consolador y como maestro, concluiría la obra por Él comenzada durante su vida mortal. La perfección de su obra redentora estaba providentísimamente reservada a la múltiple virtud de este Espíritu, que en la creación *adornó los cielos* (Job 26,13) *y llenó la tierra* (Sab 1,7).

2. Y Nos, que constantemente hemos procurado, con auxilio de Cristo Salvador, príncipe de los pastores y obispo de nuestras almas, imitar sus ejemplos, hemos continuado religiosamente su misma misión, encomendada a los apóstoles, principalmente a Pedro, *cuya dignidad también se transmite a un heredero menos digno* (S. León Magno, *Sermo 2 in anniv. ass. suae*). Guiados, pues, por esa intención, en todos los actos de nuestro pontificado a dos cosas principalmente hemos atendido y sin cesar atendemos.

Primero, a restaurar la vida cristiana así en la sociedad pública como en la familiar, tanto en los gobernantes como en los pueblos; porque sólo de Cristo puede derivarse la vida para todos.

Segundo, a fomentar la reconciliación con la Iglesia de los que, o en la fe o por la obediencia, están separados de ella; pues la verdadera voluntad del mismo Cristo es que haya sólo un rebaño bajo un solo Pastor.

Y ahora, cuando nos sentimos cerca ya del fin de nuestra mortal carrera, place consagrar toda nuestra obra, cualquiera que ella haya sido, al Espíritu Santo, que es vida y amor, para que la fecunde y la madure. Para cumplir mejor y más eficazmente nuestro deseo, en vísperas de la solemnidad de Pentecostés, queremos hablaros de la admirable presencia y poder del mismo Espíritu; es decir, sobre la acción que Él ejerce en la Iglesia y en las almas merced al don de sus gracias y celestiales carismas.

Resulte de ello, como es nuestro deseo ardiente, que en las almas se reavive y se vigorice la fe en el augusto misterio de la Trinidad, y especialmente crezca la devoción al divino Espíritu, a quien de mucho son deudores todos cuantos siguen el camino de la verdad y de la justicia; pues, como señaló San Basilio *toda la economía divina en torno al hombre si fue realizada por nuestro Salvador y Dios, Jesucristo, ha sido llevada a cumplimiento por la gracia del Espíritu Santo* (*De Spiritu Sancto* 16,39).

El misterio de la Trinidad

3. Antes de entrar en materia será conveniente y útil tratar algo sobre el misterio de la sacrosanta Trinidad.

Este misterio, el más grande de todos los misterios, pues de todos es principio y fin, se llama por los doctores sagrados *sustancia del Nuevo Testamento*. Para conocerlo y contemplarlo han sido creados en el cielo los ángeles y en la tierra los hombres; y para enseñar con más claridad lo prefigurado en el Antiguo Testamento, Dios mismo descendió de los ángeles a los hombres: *Nadie vio jamás a Dios; el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, Él nos lo ha revelado* (Jn 1,18).

Así pues, quien escriba o hable sobre la Trinidad siempre deberá tener ante la vista lo que prudentemente amonesta el Angélico: *Cuando se habla de la Trinidad, conviene hacerlo con prudencia y humildad, pues –como dice Agustín– en ninguna otra materia intelectual es mayor o el trabajo o el peligro de equivocarse o el fruto una vez logrado* (*STh* I, 31,2; *De Trin.* 13). Peligro que procede de confundir entre sí, en la fe o en la piedad, a las divinas personas o de multiplicar su única naturaleza; pues *la fe católica nos enseña a venerar un solo Dios en la Trinidad y la Trinidad en un solo Dios*.

4. Por ello, nuestro predecesor Inocencio XII no accedió a la petición de quienes solicitaban una fiesta especial en honor del Padre. Si hay ciertos días festivos para celebrar cada uno de los misterios del Verbo Encarnado, no hay una fiesta propia para celebrar al Verbo tan sólo según su divina naturaleza. Y aun la misma solemnidad de Pentecostés, ya tan antigua, no se refiere simplemente al Espíritu Santo por sí, sino que recuerda su venida o externa misión.

Todo ello fue prudentemente establecido para evitar que nadie multiplicara la divina esencia, al distinguir las Personas. Más aún: la Iglesia, a fin de mantener en sus hijos la pureza de la fe, quiso instituir la fiesta de la Santísima Trinidad, que luego Juan XXII [+1334] mandó celebrar en todas partes, permitió que se dedicasen a este misterio templos y altares y, después de celestial visión, aprobó una Orden religiosa para la redención de cautivos, en honor de la Santísima Trinidad, cuyo nombre la distinguía.

Conviene añadir que el culto tributado a los Santos y Angeles, a la Virgen Madre de Dios y a Cristo, redundando todo y se termina en la Trinidad. En las preces consagradas a una de las tres divinas personas, también se hace mención de las otras. En las letanías, luego de invocar a cada una de las Personas separadamente, se termina por su invocación común. Todos los salmos e himnos tienen la misma doxología al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Las bendiciones, los ritos, los sacramentos, o se hacen en nombre de la santa Trinidad o les acompaña su intercesión.

Todo lo cual ya lo había anunciado el Apóstol con aquella frase: *Porque de Dios, por Dios y en Dios son todas las cosas, a Dios sea la gloria eternamente* (Rom 11,36), significando así la trinidad de las Personas y la unidad de naturaleza, pues por ser ésta una e idéntica en cada una de las Personas, procede que a cada una se tribute, como a uno y mismo Dios, igual

gloria y coeterna majestad. Comentando aquellas palabras, dice San Agustín: *No se interprete confusamente lo que el Apóstol distingue, cuando dice «de Dios, por Dios, en Dios»; pues dice «de Dios», refiriéndose al Padre; «por Dios», a causa del Hijo; «en Dios», por relación al Espíritu Santo (De Trin. 6,10; 1,6).*

Apropiaciones

5. Con gran propiedad, la Iglesia acostumbra atribuir al Padre las obras del poder; al Hijo, las de la sabiduría; al Espíritu Santo, las del amor. No porque todas las perfecciones y todas las obras *ad extra* no sean comunes a las tres divinas Personas, pues *indivisibles son las obras de la Trinidad, como indivisa es su esencia* (S. Agustín, *De Trin.*, 1,4 y 5), porque así como las tres Personas divinas *son inseparables, así obran inseparablemente* (ib.); sino que por una cierta relación y como afinidad que existe entre las obras externas y el carácter «propio» de cada Persona, se atribuyen a una más bien que a las otras, o –como dicen– «se apropian». *Así como de la semejanza del vestigio o imagen hallada en las criaturas nos servimos para manifestar las divinas Personas, así hacemos también con los atributos divinos; y la manifestación deducida de los atributos divinos se dice «apropiación» (STH I, 39,7).*

De esta manera, el Padre, que es *principio de toda la Trinidad* (S. Agustín, *De Trin.* 4,20), es la causa eficiente de todas las cosas, de la Encarnación del Verbo y de la santificación de las almas: de Dios son todas las cosas; «de Dios», por relación al Padre.

El Hijo, *Verbo e Imagen de Dios*, es la causa ejemplar por la que todas las cosas tienen forma y belleza, orden y armonía, él, que es camino, verdad, vida, ha reconciliado al hombre con Dios; «por Dios», por relación al Hijo.

Finalmente, el Espíritu Santo es la causa última de todas las cosas, puesto que, así como la voluntad y aun toda cosa descansa en su fin, así Él, que es la bondad y el amor del Padre y del Hijo, da impulso fuerte y suave y como la última mano al misterioso trabajo de nuestra eterna salvación: «en Dios», por relación al Espíritu Santo.

[Cita aquí León XIII, a pie de página, un documento de la *Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe* (22-II-1972)]:

Quando se abandona el misterio de la persona divina y eterna de Cristo, Hijo de Dios, se destruye también la verdad de la Santísima Trinidad, y, con ella, la verdad del Espíritu Santo, que, desde la eternidad, procede del Padre y del Hijo o, dicho con otras palabras, del Padre por medio del Hijo. Por esto, teniendo en cuenta recientes errores, hay que recordar algunas verdades de la fe en la Santísima Trinidad y particularmente en el Espíritu Santo.

La II carta a los Corintios termina con esta maravillosa fórmula: «la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros». Y en el mandato de bautizar, según el Evangelio de San Mateo, se nombran el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo como los «tres» que pertenecen al misterio de Dios y en cuyo nombre deben ser regenerados los nuevos fieles. Finalmente, en el Evangelio de San Juan, Jesús habla de la venida del Espíritu Santo: «Cuando después venga el Paráclito, que os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, El dará testimonio de mí».

Basándose, pues, en datos de la Divina Revelación, el magisterio de la Iglesia, al cual solamente está confiado «el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida por la tradición», en el Credo constantinopolitano ha profesado su fe «en el Espíritu Santo, que es Señor y dador de vida..., y con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado».

Igualmente, el concilio Lateranense IV [1215] ha enseñado a creer y a profesar «que uno sólo es el verdadero Dios..., Padre e Hijo y Espíritu Santo: tres personas, una sola esencia... El Padre, que no procede de ninguno; el Hijo, que procede solamente del Padre, y el Espíritu Santo, que procede de los dos juntos, siempre sin principio y sin fin».

El Espíritu Santo y Jesucristo

6. Precisados ya los actos de fe y de culto debidos a la augustísima Trinidad, todo lo cual nunca se inculcará bastan-

te al pueblo cristiano, nuestro discurso se dirige ya a tratar del eficaz poder del Espíritu Santo. Ante todo, dirijamos una mirada a Cristo, fundador de la Iglesia y Redentor del género humano. Entre todas las obras de Dios *ad extra*, la más grande es, sin duda, el misterio de la Encarnación del Verbo, en él brilla de tal modo la luz de los divinos atributos, que ni es posible pensar nada superior ni puede haber nada más saludable para nosotros. Este gran prodigio, aun cuando se ha realizado por toda la Trinidad, sin embargo, se atribuye como «propio» al Espíritu Santo, y así dice el Evangelio que *la concepción de Jesús en el seno de la Virgen fue obra del Espíritu Santo* (Mt 1,18,20).

Y con razón, porque el Espíritu Santo es la caridad del Padre y del Hijo, y este gran misterio de la bondad divina (1Tim 3,16), que es la Encarnación, fue debido al inmenso amor de Dios al hombre, como advierte San Juan: *Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito* (3,16). Añádase que por dicho acto la humana naturaleza fue levantada a la unión *personal* con el Verbo, no por mérito alguno, sino sólo por pura gracia, que es don propio del Espíritu Santo.

El admirable modo, dice San Agustín, *con que Cristo fue concebido por obra del Espíritu Santo, nos da a entender la bondad de Dios, puesto que la naturaleza humana, sin mérito alguno precedente, ya en el primer instante fue unida al Verbo de Dios en unidad tan perfecta de persona que uno mismo fuese a la vez Hijo de Dios e Hijo del hombre* (*Enchir.* 30. +STH II, 32,1).

Por obra del Espíritu Divino tuvo lugar no solamente la concepción de Cristo, sino también la santificación de su alma, llamada *unción* en los Sagrados Libros (Hch 10,38), y así es como toda acción suya *se realizaba bajo el influjo del mismo Espíritu* (S. Basilio, *De Sp.* S. 16). Él también cooperó de modo especial a su sacrificio, según la frase de San Pablo: *Cristo, por medio del Espíritu Santo, se ofreció como hostia inocente a Dios* (Heb 9,14).

Después de todo esto, ya no extrañará que todos los carismas del Espíritu Santo inundasen el alma de Cristo. Puesto que en Él hubo una abundancia de gracia singularmente plena, en el modo más grande y con la mayor eficacia que tenerse puede. En él están, en efecto, todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, las gracias *gratis datas*, las virtudes, y plenamente todos los dones, ya anunciados en las profecías de Isaías (4,1; 11,2,3), ya simbolizados en aquella misteriosa paloma aparecida en el Jordán, cuando Cristo con su bautismo consagraba sus aguas para el nuevo Testamento.

Con razón nota San Agustín que *Cristo no recibió el Espíritu Santo siendo ya de treinta años, sino que cuando fue bautizado estaba sin pecado y ya tenía el Espíritu Santo, entonces; es decir, en el bautismo no hizo sino prefigurar a su cuerpo místico es decir, a la Iglesia en la cual los bautizados reciben de modo peculiar el Espíritu Santo* (*De Trin.* 15,26). Y así la aparición sensible del Espíritu sobre Cristo y su acción invisible en su alma representaban la doble misión del Espíritu Santo, visible en la Iglesia, e invisible en el alma de los justos.

[Cita de nuevo el Papa el documento ya aludido de la S. C. de la Fe]: Se aparta de la fe la opinión según la cual la Revelación nos dejaría inciertos sobre la eternidad de la Trinidad, y particularmente sobre la eterna existencia del Espíritu Santo como persona distinta en Dios, del Padre y del Hijo. Es verdad que el misterio de la Santísima Trinidad nos ha sido revelado en la economía de la salvación principalmente en Cristo, que ha sido enviado al mundo por el Padre y que, juntamente con el Padre, envía al pueblo de Dios el Espíritu vivificador. Pero con esta revelación ha sido dado a los oyentes también un cierto conocimiento de la vida íntima de Dios, en la cual «el Padre engendra, el Hijo es engendrado y el Espíritu Santo, que procede», son «de la misma naturaleza, iguales, omnipotentes y eternos».

El Espíritu Santo en los apóstoles, obispos y sacerdotes

7. La Iglesia, ya concebida y nacida del corazón mismo del segundo Adán en la Cruz, se manifestó a los hombres por vez primera de modo solemne en el solemnisimo día de Pente-

costés con aquella admirable efusión, que había sido vaticinada por el profeta Joel (2,28.29). Y en aquel mismo día se iniciaba la acción del divino Paráclito en el místico cuerpo de Cristo, *posándose sobre los apóstoles, como nuevas coronas espirituales, formadas con lenguas de fuego sobre sus cabezas* (S. Cirilo de Jerusalén, *Catech.* 17).

Y entonces los apóstoles *descendieron del monte*, como escribe el Crisóstomo, *no ya llevando en sus manos como Moisés tablas de piedra, sino al Espíritu Santo en su alma, derramando el tesoro y fuente de verdades y de carismas* (In *Mat.* hom. 1; 2Cor 3,3). Así, ciertamente, es como se cumplía la última promesa de Cristo a sus apóstoles, la de enviarles el Espíritu Santo, para que con su inspiración completara y en cierto modo sellase el depósito de la revelación: *Aún tengo que decir muchas cosas, mas no las entenderíais ahora; cuando viniere el Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad* (Jn 16,12.13).

El Espíritu Santo, que es «espíritu de verdad» [Jn 16,13], pues procede del Padre, Verdad eterna, y del Hijo, Verdad sustancial, recibe de uno y otro, juntamente con la esencia, toda la verdad que luego comunica a la Iglesia, asistiéndola para que no yerre jamás, y fecundando los gérmenes de la revelación hasta que, en el momento oportuno, lleguen a madurez para la salud de los pueblos.

Y como la Iglesia, que es medio de salvación, ha de durar hasta la consumación de los siglos, precisamente el Espíritu Santo la alimenta y acrecienta en su vida y en su virtud: *Yo rogaré al Padre y Él os mandará el Espíritu de verdad, que se quedará siempre con vosotros* (Jn 14,16.17). Pues por Él son constituidos los obispos, que engendran no sólo hijos, sino también padres, esto es, sacerdotes, para guiarla y alimentarla con aquella misma sangre con que fue redimida por Cristo: *El Espíritu Santo ha puesto a los obispos para regir la Iglesia de Dios, que Cristo adquirió con su sangre* (Hch 20,28).

Unos y otros, obispos y sacerdotes, por singular don del Espíritu, tienen poder de perdonar los pecados, según Cristo dijo a sus apóstoles: *Recibid el Espíritu Santo: a los que perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a los que se los retuviereis, les serán retenidos* (Jn 20,22.23).

En las almas

8. Nada confirma tan claramente la divinidad de la Iglesia como el glorioso esplendor de carismas que por todas partes la circundan, corona magnífica que ella recibe del Espíritu Santo. Baste, por último, saber que si Cristo es la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su alma: *lo que el alma es en nuestro cuerpo, es el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia* (S. Agustín, *Serm.* 187 *de temp.*). Si esto es así, no cabe imaginar ni esperar ya otra mayor y más abundante manifestación y aparición del Divino Espíritu, pues la Iglesia tiene ya la máxima, que ha de durarle hasta que, desde el estadio de la milicia terrenal, sea elevada triunfante al coro alegre de la sociedad celestial.

No menos admirable, aunque en verdad sea más difícil de entender, es la acción del Espíritu Santo en las almas, que se esconde a toda mirada sensible.

Y esta efusión del Espíritu es de abundancia tanta que el mismo Cristo, su donante, la asemejó a un río abundantísimo, como lo afirma San Juan: *Del seno de quien creyere en Mí, como dice la Escritura, brotarán fuentes de agua viva*. Testimonio que glosó el mismo evangelista: *Dijo esto del Espíritu Santo, que los que en Él creyesen habían de recibir* (Jn 7,38.39).

En el Antiguo y en el Nuevo Testamento

9. Ciertamente es que aun en los mismos justos del Antiguo Testamento ya habitó el Espíritu Santo, según lo sabemos de los profetas, de Zacarías, del Bautista, de Simeón y de Ana; pues no fue en Pentecostés cuando el *Espíritu Santo comenzó a inhabitar en los Santos por vez primera: en aquel día aumentó sus dones, mostrándose más rico y más abundante en su largueza* (S. León Magno, *Hom.* 3 *de Pentec.*).

También aquéllos eran hijos de Dios, mas *aún permanecían* en la condición de siervos, porque tampoco *el hijo se diferencia del siervo*, mientras está *bajo tutela* (Gál 4,1.2). Además, la justicia en ellos no era sino por los previstos méritos de Cristo, y la comunicación del Espíritu Santo hecha después de Cristo es mucho más copiosa, como la cosa pactada vence en valor a la prenda, y como la realidad excede en mucho a su figura. Y por ello así lo afirmó Juan: *Aún no había sido dado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido glorificado* (7,39).

Inmediatamente que Cristo, *ascendiendo a lo alto*, hubo tomado posesión de su reino, conquistado con tanto trabajo, con divina munificencia abrió sus tesoros, repartiendo a los hombres los dones del Espíritu Santo (Ef 4,8): *Y no es que antes no hubiese sido mandado el Espíritu Santo, sino que no había sido dado como lo fue después de la glorificación de Cristo* (S. Agustín, *De Trin.* 1,4, c.20).

Y ello porque la naturaleza humana es esencialmente sierva de Dios: *La criatura es sierva, nosotros somos siervos de Dios según la naturaleza* (S. Cirilo de Alejandría, *Thesau.* 1,5, c.5). Más aún: por el primer pecado toda nuestra naturaleza cayó tan baja que se tornó enemiga de Dios: *Eramos por la naturaleza hijos de la ira* (Ef 2,3). No había fuerza capaz de levantarnos de caída tan grande y rescatarnos de la eterna ruina.

Pero Dios, que nos había creado, se movió a piedad, y por medio de su Unigénito restituyó al hombre a la noble altura de donde había caído, y aun le realzó con más abundante riqueza de dones. Ninguna lengua puede expresar ahora esta labor de la divina gracia en las almas de los hombres, por la que son llamados, ya en las Sagradas Escrituras, ya en los escritos de los Padres de la Iglesia, *regenerados, criaturas nuevas, participantes de la divina naturaleza, hijos de Dios, deificados*, y así más aún. Ahora bien: todos estos beneficios tan grandes propiamente los debemos al Espíritu Santo.

Él es el *Espíritu de adopción de los hijos, en el cual clamamos: «Abba», «Padre»*; Él inunda los corazones con la dulzura de su paternal amor: *Él da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios* (Rom 8,15.16). Para declarar lo cual es muy oportuna aquella observación del Angélico, de que hay cierta semejanza entre las dos obras del Espíritu Santo, puesto que, por obra del Espíritu Santo, *Cristo fue concebido en santidad para ser hijo natural de Dios, y los hombres son santificados para ser hijos adoptivos de Dios* (Sth III, 32,1). Y así, con mucha mayor nobleza aún que en el orden natural, la espiritual generación es fruto del Amor increado.

En los sacramentos

10. Esta regeneración y renovación comienza para cada uno en el bautismo, sacramento en el que, arrojado del alma el espíritu inmundo, desciende a ella por primera vez el Espíritu Santo haciéndola semejante a sí: *Lo que nace del Espíritu es espíritu* (Jn 3,7).

Con más abundancia se nos da el mismo Espíritu en la confirmación, por la que se nos infunde fortaleza y constancia para vivir como cristianos: es el mismo Espíritu el que venció en los mártires y triunfó en las vírgenes sobre los halagos y peligros. Hemos dicho que «se nos da el mismo Espíritu»: *La caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado* (Rom 5,5). Y en verdad, no sólo nos llena con divinos dones, sino que es autor de los mismos, y aun Él mismo es el don supremo porque, al proceder del mutuo amor del Padre y del Hijo, con razón es *don del Dios altísimo*.

Para mejor entender la naturaleza y efectos de este don, conviene recordar cuanto, después de las Sagradas Escrituras, enseñaron los sagrados doctores, esto es, que Dios se halla presente a todas las cosas y que está en ellas: *por potencia, en cuanto se hallan sujetas a su potestad; por presencia, en cuanto todas están abiertas y patentes a sus ojos; por esencia, porque en todas se halla como causa de su ser* (Sto. Tomás, *Sth I*, 8,3). Mas en la criatura racional se encuentra Dios ya de otra manera; esto es, *en cuanto es conocido y amado*, ya que según naturaleza es amar el bien, desearlo y buscarlo. En efecto, Dios, por medio de su gracia, está en el

alma del justo en forma más íntima e inefable, como en su templo; y de ello se sigue aquel mutuo amor por el que el alma está íntimamente presente a Dios, y está en él más de lo que pueda suceder entre los amigos más queridos, y goza de él con la más regalada dulzura.

En la inhabitación

11. Y esta admirable unión, que propiamente se llama *inhabitación*, y que sólo en la condición o estado, mas no en la esencia, se diferencia de la que constituye la felicidad en el cielo, aunque realmente se cumple por obra de toda la Trinidad, por la venida y morada de las tres divinas Personas en el alma amante de Dios –*vendremos a él y haremos mansión junto a él* (Jn 14,23)–, se atribuye, sin embargo, como peculiar al Espíritu Santo. Y es cierto que hasta entre los impíos aparecen vestigios del poder y sabiduría divinos; mas de la caridad, que es como «nota» propia del Espíritu Santo, tan sólo el justo participa.

Añádase que a este Espíritu se le da el apelativo de *Santo*, también porque, siendo el primero y eterno Amor, nos mueve y excita a la santidad, que en resumen no es sino el amor a Dios. Y así, el Apóstol, cuando llama a los justos *templos de Dios*, nunca les llama expresamente *templos* «del Padre» o «del Hijo», sino «del Espíritu Santo»: *¿Ignoráis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, pues le habéis recibido de Dios?* (1Cor 6,19).

Y a la inhabitación del Espíritu Santo en las almas justas sigue la abundancia de los dones celestiales. Así enseña Santo Tomás: *El Espíritu Santo, al proceder como Amor, procede en razón de don primero, por esto dice Agustín que, por medio de este don que es el Espíritu Santo, muchos otros dones se distribuyen a los miembros de Cristo* (STh I, 38, 2; + S. Agustín, *De Trin.* 15,19). Entre estos dones se hallan aquellos ocultos avisos e invitaciones que se hacen sentir en la mente y en el corazón por la moción del Espíritu Santo; de ellos depende el principio del buen camino, el progreso en él y la salvación eterna.

Y puesto que estas voces e inspiraciones nos llegan muy ocultamente, con toda razón en las Sagradas Escrituras alguna vez se dicen semejantes al susurro del viento; y el Angélico Doctor sabiamente las compara con los movimientos del corazón, cuya virtud toda se halla oculta: *El corazón tiene una cierta influencia oculta, y por ello al corazón se compara el Espíritu Santo que invisiblemente vivifica a la Iglesia y la une* (II, 8,1).

En los siete dones y en los frutos

12. El hombre justo, que ya vive la vida de la divina gracia y opera por congruentes virtudes, como el alma por sus potencias, *tiene necesidad de aquellos siete dones que se llaman propios del Espíritu Santo*. Gracias a éstos el alma se dispone y se fortalece para seguir más fácil y prontamente las divinas inspiraciones. Es tanta la eficacia de estos dones, que la conducen a la cumbre de la santidad; y es tanta su excelencia, que perseveran intactos, aunque más perfectos, en el reino celestial.

Merced a esos dones, el Espíritu Santo nos mueve y anima a desear y conseguir las evangélicas *bienaventuranzas*, que son como flores abiertas en la primavera, cual indicio y presagio de la eterna bienaventuranza. Y muy regalados son, finalmente, los *frutos* enumerados por el Apóstol (Gál v.22) que el Espíritu Santo produce y comunica a los hombres justos, aun durante la vida mortal, llenos de toda dulzura y gozo, pues son del Espíritu Santo, que *en la Trinidad es el amor del Padre y del Hijo y que llena de infinita dulzura a las criaturas todas* (S. Agustín, *De Trin.* 5,9).

Y así el Divino Espíritu, que procede del Padre y del Hijo en la eterna luz de santidad como amor y como don, luego de haberse manifestado a través de imágenes en el Antiguo Testamento, derrama la abundancia de sus dones en Cristo y en su cuerpo místico, la Iglesia; y con su gracia y saludable presencia saca a los hombres de los caminos del mal, cambiándoles de terrenales y pecadores en criaturas espirituales y casi

celestiales. Pues tantos y tan señalados son los beneficios recibidos de la bondad del Espíritu Santo, la gratitud nos obliga a volvernos a Él, llenos de amor y devoción.

Foméntese el conocimiento y amor del Espíritu Santo

13. Seguramente harán esto muy bien y perfectamente los hombres cristianos si cada día se empeñaren más en conocerle, amarle y suplicarle. A ese fin tiende esta exhortación dirigida a los mismos, tal como surge espontánea de nuestro paternal ánimo.

Acaso no falten en nuestros días algunos que, interrogados, como en otro tiempo lo fueron algunos por San Pablo, acerca de «si habían recibido el Espíritu Santo», contestarían a su vez: *nosotros ni siquiera hemos oído si existe el Espíritu Santo* (Hch 19,2). Que si a tanto no llega la ignorancia, en una gran parte de ellos es al menos muy escaso su conocimiento sobre Él. Tal vez con frecuencia tienen su nombre en los labios, pero su fe está llena de espesas tinieblas.

Recuerden, pues, los predicadores y párrocos que les pertenece enseñar con diligencia y claramente al pueblo la doctrina católica sobre el Espíritu Santo, eso sí, evitando las cuestiones arduas y sutiles y huyendo de la necia curiosidad que presume indagar los secretos todos de Dios. Cuiden recordar y explicar claramente los muchos y grandes beneficios que del Divino Dador nos vienen constantemente, de forma que sobre cosas tan altas desaparezca el error y la ignorancia, impropios de los *hijos de la luz*.

Insistimos en esto no sólo por tratarse de un misterio que directamente nos prepara para la vida eterna y que, por ello, es necesario creer firme y expresamente, sino también porque, cuanto más clara y plenamente se conoce el bien, más intensamente se le quiere y se le ama. Esto es lo que ahora queremos recomendaros: debemos amar al Espíritu Santo, porque es Dios. *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fortaleza* (Dt 6,5). Y ha de ser amado, porque es el Amor sustancial eterno y primero, y no hay cosa más amable que el amor. Por otra parte, tanto más le debemos amar cuanto que nos ha llenado de inmensos beneficios que si atestiguan la benevolencia del donante, exigen la gratitud del alma que los recibe. Este amor tiene una doble utilidad, ciertamente no pequeña.

Primeramente nos obliga a tener en esta vida un conocimiento cada día más claro del Espíritu Santo: *El que ama, dice Santo Tomás, no se contenta con un conocimiento superficial del amado, sino que se esfuerza por conocer cada una de las cosas que le pertenecen intrínsecamente, y así entra en su interior, como del Espíritu Santo, que es amor de Dios, se dice que examina hasta lo profundo de Dios* (1Cor 2,10; I-II, 28,2).

En segundo lugar, así será mayor aún la abundancia de sus celestiales dones, pues como la frialdad hace cerrarse la mano del donante, el agradecimiento la hace ensancharse. Y cuídese bien de que dicho amor no se limite a áridas disquisiciones o a externos actos religiosos, porque debe ser operante, huyendo del pecado, que es especial ofensa contra el Espíritu Santo. Cuanto somos y tenemos, todo es don de la divina bondad que corresponde como propia al Espíritu Santo; luego el pecador le ofende al mismo tiempo que recibe sus beneficios, y abusa de sus dones para ofenderle, al mismo tiempo que, porque es bueno, se alza contra Él multiplicando incesantemente sus culpas.

No le entristezcamos

14. Añádase, además, que, pues el Espíritu Santo es espíritu de verdad si alguno falta por debilidad o ignorancia, tal vez tenga alguna excusa ante el tribunal de Dios; mas *el que por malicia se opone a la verdad o la rehuye*, comete gravísimo pecado contra el Espíritu Santo. Pecado tan frecuente en nuestra época que parecen llegados los tristes tiempos descritos por San Pablo, en los cuales, obcecados los hombres por justo juicio de Dios, reputan como verdaderas las cosas falsas, y al *príncipe de este mundo*, que es mentiroso y padre de la men-

tira, le creen como a maestro de la verdad: *Dios les enviará Espíritu de error para que crean a la mentira* (2Tes 2,10): *en los últimos tiempos se separarán algunos de la fe, para creer en los espíritus del error y en las doctrinas de los demonios* (1Tim 4,1).

Y por cuanto el Espíritu Santo, según antes hemos dicho, habita en nosotros como en su templo, repetamos con el Apóstol: *No queráis contristar al Espíritu Santo de Dios, que os ha consagrado* (Ef 4,30). Para ello no basta huir de todo lo que es inmundo, sino que el hombre cristiano debe resplandecer en toda virtud, especialmente en pureza y santidad, para no desagradar a huésped tan grande, puesto que la pureza y la santidad son las propias del templo.

Por ello exclama el mismo Apóstol: *Pero ¿es que no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno osare profanar el templo de Dios, será maldito de Dios, pues el templo debe ser santo y vosotros sois este templo* (1Cor 3,16-17). Amenaza tremenda, pero justísima.

Pidamos el Espíritu Santo

15. Por último, conviene rogar y pedir al Espíritu Santo, cuyo auxilio y protección todos necesitamos en extremo. Somos pobres, débiles, atribulados, inclinados al mal. Por eso mismo recurramos a Él, fuente inexhausta de luz, de consuelo y de gracia. Sobre todo, debemos pedirle perdón de los pecados, que tan necesario nos es, puesto que es *el Espíritu Santo don del Padre y del Hijo, y los pecadores son perdonados por medio del Espíritu Santo como por don de Dios* (STh III, 3,8 ad 3m), lo cual se proclama expresamente en la liturgia cuando al Espíritu Santo se le llama *remisión de todos los pecados* (In Miss. Rom. fer. 3 post Pent.).

Cuál sea la manera conveniente para invocarle, aprendámoslo de la Iglesia, que suplicante se vuelve al mismo Espíritu Santo y lo llama con los nombres más dulces de *padre de los pobres, dador de los dones, luz de los corazones, consolador benéfico, huésped del alma, aura de refrigerio*; y le suplica encarecidamente que limpie, sane y riegue nuestras mentes y nuestros corazones, y que conceda a todos los que en Él confiamos el *premio de la virtud, el feliz final de la vida presente, el perenne gozo en la futura*.

No cabe pensar que estas plegarias no sean escuchadas por Aquel de quien leemos que *rueda por nosotros con gemidos inefables* (Rm 8,26). En resumen, debemos suplicarle con confianza y constancia para que diariamente nos ilustre más y más con su luz y nos inflame con su caridad, disponiéndonos así por la fe y por el amor a que trabajemos con denuedo por adquirir los premios eternos, puesto que Él es la *prenda de nuestra heredad* (Ef 1,14).

Novena del Espíritu Santo

16. Ved, venerables hermanos, nuestros avisos y exhortaciones sobre la devoción al Espíritu Santo, y no dudamos que por virtud principalmente de vuestro trabajo y solicitud, se han de producir saludables frutos en el pueblo cristiano. Certo que jamás faltará nuestra obra en cosa de tan gran importancia. Más aún, tenemos la intención de fomentar ese tan hermoso sentimiento de piedad por aquellos modos que juzgaremos más convenientes a tal fin.

Entre tanto, puesto que Nos, hace ahora dos años, por medio del breve *Provida Matris*, recomendamos a los católicos para la solemnidad de Pentecostés algunas especiales oraciones a fin de suplicar por el cumplimiento de la unidad cristiana, nos place ahora añadir aquí algo más. Decretamos, por lo tanto, y mandamos que en todo el mundo católico en este año, y siempre en lo por venir, *a la fiesta de Pentecostés preceda la novena* en todas las iglesias parroquiales y también en los demás templos y oratorios, a juicio de los Ordinarios.

Concedemos la *indulgencia* de siete años y otras tantas cuarentenas por cada día a todos los que asistieren a la novena y oraren según nuestra intención, además de la indulgencia plenaria en un día de la novena, o en la fiesta de Pentecostés y aún dentro de la octava, siempre que confesados y co-

mulgados oraren según nuestra intención.

Queremos igualmente también que gocen de tales beneficios todos aquellos que, *legítimamente impedidos*, no pueden asistir a dichos cultos públicos, y ello también en los lugares donde no pudieren celebrarse cómodamente, a juicio del Ordinario en el templo, con tal que privadamente hagan la novena y cumplan las demás obras y condiciones prescritas.

Y nos place añadir del tesoro de la Iglesia que puedan lucrar nuevamente una y otra indulgencia todos los que en privado o en público renueven, según su propia devoción, algunas oraciones al Espíritu Santo cada día de la octava de Pentecostés hasta la fiesta inclusive de la Santísima Trinidad, siempre que cumplan las demás condiciones arriba indicadas. Todas estas indulgencias son aplicables también aun a las benditas almas del Purgatorio.

El Espíritu Santo y la Virgen María

17. Y ahora nuestro pensamiento se vuelve adonde comenzó, a fin de lograr del divino Espíritu, con incesantes oraciones su cumplimiento. Unid, pues, venerables hermanos, a nuestras oraciones también las vuestras, así como las de todos los fieles, interponiendo la poderosa y eficaz mediación de la Santísima Virgen. Bien sabéis cuán íntimas e inefables relaciones existen entre ella y el Espíritu Santo, pues ella es su Esposa inmaculada. La Virgen cooperó con su oración muchísimo así al misterio de la Encarnación, como a la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles. Que Ella continúe, pues, realzando con su patrocinio nuestras comunes oraciones, para que en medio de las afligidas naciones se renueven los divinos prodigios del Espíritu Santo, celebrados ya por el profeta David: *Manda tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra* (Sal 103,30).

Dado en Roma, junto a San Pedro el día 9 de mayo del año 1897, vigésimo de nuestro pontificado.

Bibliografía

—**MAESTROS ANTIGUOS:** **S. Cirilo de Jerusalén** (+386), *El ESanto* (Catequesis XVI-XVII), Ciudad Nueva, Madrid 1990; **Dídimo el ciego** (+398), *Tratado sobre el ESanto*, ib. 1997; **Sto. Tomás** (+1274), *Summa Theologiae*: Espíritu Santo (I,36-38), hábitos (I-II,49-54), virtudes (55-67), dones (68), bienaventuranzas (69), frutos (70); **S. Buenaventura** (+1274), *Colaciones sobre los siete dones del ESanto*, en *Obras* v. V, BAC 36, 1966, 351-511; **L. Lallemand** (+1635), *Doctrina espiritual*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1963 (IVº principio); **Juan de Sto. Tomás** (+1644), *Los dones del ESanto y la perfección cristiana*, I-II, Consejo Sup. Investig. Científicas, Madrid 1948.

—**AUTORES MODERNOS:** **AA.VV.**, *Esprit Saint*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, Beauchesne, París 1995, IV, 1246-1333; **AA.VV.**, «Semanas de Estudios Trinitarios», Salamanca, Secretariado Trinitario 1973ss; **J. A. Aldama**, *Sacrae Theologiae Summa*, I, I, cp. III; **J. G. Arintero**, *La evolución mística*, BAC 91, 1959; **L. Bouyer**, *Le Consolateur*, París, Cerf 1980; **Columba Marmion**, *Jesucristo, vida del alma*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1993³ (I,6); *La Trinidad en nuestra vida espiritual*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1952; *Jesucristo en sus misterios*, Edit. Litúrgica

Española, Barcelona 1948³; **Y. M. Congar**, *El ESanto*, Barcelona, Herder 1983; **J. de Guibert**, *Theologia Spiritualis ascetica et mystica*, Gregoriana, Roma 1946, q.III, sect. 2; **F. Durrwell**, *El ESanto en la Iglesia*, Salamanca, Sigueme 1986; **A. Fiocchi**, *Prælectiones Theologiæ Mysticæ*, Gregoriana, Roma 1934, cp. III; **A. Gardeil**, *Dons du Saint-Esprit*, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, París 1939, 1728-1781; **R. Garrigou-Lagrange**, *Las tres edades de la vida interior*, I-II, Madrid, Palabra 1995⁸ (I,3-4); **J. de Goitia**, *La fuerza del Espíritu*, Bilbao, Mensajero-Univ. Deusto 1974; **E. González**, *La perfección cristiana según S. Fco. de Sales*, Fax, Madrid 1953⁵; **C. Granado**, *El ESanto en la teología patristica*, Salamanca, Sigueme 1987; **L. Hertling**, *Theologiæ Asceticæ Cursus Brevior*, Gregoriana, Roma 1947; **F. Juberías**, *La divinización del hombre*, COCULSA, Madrid 1972; **D. J. Lallevent**, *La tres Sainte Trinité, mystère de la joie chrétienne*, París, Téqui 1994; **M. Llamera**, *Unidad de la teología de los dones según Sto. Tomás*, «Rev. Española de Teología» 15 (1955) 3-36, 217-270; **I. G. Menéndez-Reigada**, *Los dones del ESanto y la perfección cristiana*, Consejo Sup. Investig. Científicas, Madrid 1948; **H. Mühlen**, *El ESanto en la Iglesia*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998; **S. Muñoz Iglesias**, *El ESanto*, Ed. Espiritualidad, Madrid 1997; **M. M. Philipon**, *Los dones del ESanto*, Balmes, Barcelona 1966 y Palabra, Madrid 1997⁴; **G. Philips**, *Inhabitación trinitaria y gracia*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1980; **S. Ramírez**, *Los dones del ESanto*, Consejo Sup. Investig. Científicas, Madrid 1978; **J. Rivera**, *El ESanto*, Apt. 307, 45080 Toledo 1997³; **J. Rivera-J. M. Iraburu**, *Síntesis de espiritualidad católica*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1994⁵; *ESanto* (I,4), *Gracia, virtudes y dones* (II,1); **A. Royo Marín**, *Teología de la perfección cristiana*, BAC 114, 1968⁷; *Trinidad* (I,2), *virtudes y dones* (III,II,2); *–El gran desconocido; el ESanto y sus dones*, BAC min. 29, Madrid 1997⁷; **N. Silanes**, *El don de Dios*, Salamanca, Secretariado Trinitario 1976; **J.-P. Torrel**, *Saint Thomas, maître spirituel*, Cerf-Ed. Universitaires de Fribourg, Suiza, 1996 (I,7-9); **C. V. Truhlar**, *Structura theologica vite spiritualis*, Gregoriana, Roma 1966.

—**MAGISTERIO APOSTÓLICO: L'Esprit Saint dans l'enseignement des Papes**, Sablé sur Sarthe, Abbaye Saint-Pierre de Solesmes 1982. **León XIII** [o.p.], enc. *Divinum illud munus* 9-V-1897. **Juan Pablo II**, enc. *Dominum et vivificantem* 18-V-1986: DP 1986,112; *Creo en el ESanto*, Palabra, Madrid 1997. **Catecismo**, la espiritualidad cristiana en función del Espíritu Santo (683-741), perfección de las virtudes infusas en los dones del Espíritu Santo (1831); **Comité para el Jubileo del año 2000**, *El Espíritu del Señor*, BAC, Madrid 1997; **Comisión litúrgica para el Jubileo del año 2000**, *Ven, ESanto*, EDICE, Madrid 1997.

Indice

Introducción, 2.

1. La revelación del Espíritu Santo

1. *Sagrada Escritura*. –Antiguo Testamento, 3. –Nuevo Testamento, 3.

2. *Magisterio y teología*. –Tradición doctrinal, 4. –El Padre, principio sin principio, 4. –La generación del Hijo, 4. –La procesión del Espíritu Santo, 5.

3. *El Espíritu Santo*. –Las apropiaciones, 6. –Nombres del Espíritu Santo: Espíritu Santo, Amor, Don, 6. –Persona-amor, Persona-don, 7. –Otros nombres, 7.

2. La comunicación del Espíritu Santo

1. *Antes de Cristo*. –Divina presencia creacional, 7. –Presencia de Dios por la gracia, 8. –Primeros acercamientos de Dios, 8. –El Templo, 8. –La presencia espiritual, 8.

2. *En Cristo*. –Jesús, lleno del Espíritu Santo, 9. –El Espíritu Santo y María, 9. –Jesús, el Hijo encarnado por obra del Espíritu Santo, 9. –Es ungido, bautizado y santificado por el Espíritu Santo, 9. –Es reconocido por obra del Espíritu Santo, 9. –Es movido por el Espíritu Santo, 10. –Jesucristo, fuente del Espíritu Santo, 10. –Jesucristo, Templo de Dios, 10.

3. *Después de Cristo*. –Pentecostés, la Iglesia del Espíritu Santo, 11. –El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, 11: Unifica la Iglesia, 11. La vivifica, 12. La mueve y gobierna, 12.

3. El Espíritu Santo en los cristianos

1. *La inhabitación*. –La Trinidad divina en los cristianos, 13. –La inhabitación en la Tradición cristiana, 13. –Síntesis teológica, 14. –Eucaristía e inhabitación, 15. –Espiritualidad de la inhabitación, 15.

2. *Gracia, virtudes y dones*. –Antropología sobrenatural, 16. –La gracia en la Biblia, 16. –La gracia santificante, 16. –Hijos de Dios y coherederos con Cristo, 17. –Naturaleza de la gracia, 17. –Las gracias actuales, 18. –Las virtudes y los dones del Espíritu Santo, 18. –Necesidad de las virtudes y dones, 18. –Virtudes, 18. –Virtudes teológicas, 19. –Virtudes morales, 19.

3. *Los dones del Espíritu Santo*. –Dones del Espíritu Santo, 20. –Virtudes, al modo humano y dones, al modo divino, 20. –Actividad ascética y pasividad mística, 21. –Los dones del Espíritu Santo y la perfección, 22. –Perfección relativa de las virtudes y de los dones, 22. –Coinciden los teólogos y los místicos, 22. –A remo o a vela, 23. –Los dones son activados por el Espíritu Santo desde el principio, 23. –Historia teológica y actualidad de los dones del Espíritu Santo, 23.

4. Los siete dones del Espíritu

Siete dones, 24. –Correspondencia entre virtudes y dones, 25.

1. *El don de temor*. Sagrada Escritura, 25. –Teología, 25. –Santos, 26. –Disposición receptiva, 27.

2. *El don de fortaleza*. Sagrada Escritura, 27. –Teología, 28. –Santos, 28. –Disposición receptiva, 30.

3. *El don de piedad*. –Sagrada Escritura, 30. –Teología, 31. –Santos, 31. –Disposición receptiva, 32.

4. *El don de consejo*. –Sagrada Escritura, 32. –Teología, 33. –Santos, 34. –Disposición receptiva, 35.

5. *El don de ciencia*. –Sagrada Escritura, 35. –Teología, 36. –Santos, 36. –Disposición receptiva, 38.

6. *El don de entendimiento*. –Sagrada Escritura, 39. –Teología, 39. –Santos, 40. –Disposición receptiva, 41.

7. *El don de sabiduría*. –Sagrada Escritura, 41. –Teología, 42. –Santos, 42. –Disposición receptiva, 43.

5. Recibid el Espíritu Santo

–Disposición receptiva a los dones del Espíritu Santo, 44. –Deos de santidad, 44. –Oración de petición, 45. –Devoción a la Virgen María, 45. –Devoción al Espíritu Santo, 45. –Devoción a la Cruz, 45. –Alejamiento del pecado, 45. –Expiación penitencial, 46. –Crecimiento en las virtudes, 46. –Fidelidad a las gracias actuales, 46. –Siempre estamos a tiempo, 48.

6. Encíclica de León XIII sobre el Espíritu Santo, «Divinum illud munus»

Introducción, 49. –El misterio de la Trinidad, 49. –Apropiaciones, 50. –El Espíritu Santo y Jesucristo, 50. –El Espíritu Santo en los apóstoles, obispos y sacerdotes, 51. –En las almas, 51. –En el Antiguo y Nuevo Testamento, 51. –En los sacramentos, 51. –En la inhabitación, 52. –En los siete dones y en los frutos, 52. –Foméntese el conocimiento y el amor del Espíritu Santo, 52. –No le entristezcamos, 52. –Pidamos el Espíritu Santo, 53. –Novena del Espíritu Santo, 53. –El Espíritu Santo y María, 53.

Bibliografía, 53.

Indice, 54.